

INFRAPOLÍTICAS DE CIUDADANÍA

PRÁCTICAS DE CUALIFICACIÓN EN ENTORNOS MATERIALES

TESIS DOCTORAL
GONZALO CORREA MOREIRA

DIRECTOR
MIQUEL DOMÈNECH

Infrapolíticas de ciudadanía

Prácticas de cualificación en entornos
materiales

GONZALO CORREA MOREIRA

Universitat Autònoma de Barcelona
Facultat de Psicologia
Departament de Psicologia Social
Estudis de Doctorat en Psicologia Social • 2015





Puede compartir–copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente esta obra, bajo las siguientes condiciones:

Atribución / No Comercial / Sin Obras Derivadas

Infrapolíticas de ciudadanía

Prácticas de cualificación en entornos
materiales

Gonzalo Correa Moreira

Tesis Doctoral

Dirigida por

Dr. Miquel Domènech

Departament de Psicologia Social

Programa de Doctorado en Psicologia Social

Candidato a Doctor

Director

AGRADECIMIENTOS

Al programa Consolidación y Fortalecimiento de la Investigación en Psicología y de los Postgrados de la Facultad de Psicología (UdelaR), que me permitió llevar a cabo mis estudios de Máster mediante la financiación de una beca y que significó el primer impulso para venir a Barcelona.

A la Agencia Nacional de Investigación e Innovación por financiar la beca que me posibilitó la realización de este doctorado.

A Sònia por recibirme los primeros días en Barcelona y hacerme sentir como en casa.

A mi madre por todos los esfuerzos que ha realizado a lo largo de su vida para que mis hermanos y yo estudiemos, por transmitirme el gusto por la lectura, por la confianza depositada en mí y por estar ahí siempre que nos hemos necesitado.

A mis hermanos, compañeros de la vida, por todo lo que hemos aprendido juntos en los encuentros y en las distancias.

A mi padre del cual he aprendido de sus errores y también de sus aciertos.

A mis amigos de bares y militancia. Por caminar juntos en las buenas y en las malas.

A María José con quien tenemos la dicha de acompañarnos.

A Miquel, por haberme entusiasmado con la idea de hacer un doctorado en Barcelona, por enseñarme a trabajar en grupo con buenos y malos ejemplos, por su solidaridad con la gente con la que trabaja, por haber hecho más distendido este proceso, por su apoyo en momentos puntuales y por su amistad, acompañada de asados, viajes, deportes y proyectos que se vendrán.

A los compañeros y las compañeras del grupo de investigación con los que he aprendido en el andar, y de ellos especialmente a Guillem, compañero de varios proyectos y un amigo que Barcelona me ha dado.

A las personas que participaron de los dos proyectos de investigación que generosamente se ofrecieron al diálogo y al intercambio de ideas.

A todas las personas del Departamento con las que he coexistido estos años, con las que he conversado en pasillos y bares, y en especial a aquellas con las que aun tengo una cerveza pendiente.

A TEO por haberme permitido aprender jugando con infraestructuras.

A todas las personas majas que he conocido en Barcelona y que hicieron posible que esta ciudad sea para siempre mi casa.

ÍNDICE

<i>Introducción</i>	3
<i>I Política (y materia)</i>	11
La política como tecnología	11
Un ejemplo sobre la cualificación de la vida	16
Cinco tesis sobre la infraestructuración política	23
La cualificación de cualquier entidad	29
<i>II Cuerpo (y ciudadanía)</i>	43
El cuerpo como régimen de asociación	43
El cuerpo como práctica	52
El cuerpo de la ciudadanía	57
<i>III Infraestructuras de ciudadanía</i>	66
La infrapolítica o pensar la política de manera infraestructural	66
Infraestructuras de cuidado	74
Infraestructuras políticas	83
Los modos de infraestructuración ciudadana	89
<i>IV. Care Networking: A Study of Technical Mediations in a Home Telecare Service</i>	97

<i>V. Hackear la ciencia y la democracia.</i>	
<i>Decodificación y recodificación de un mecanismo de</i>	
<i>democracia deliberativa</i>	115
<i>VI. Conclusiones</i>	142
<i>VII. Bibliografía</i>	149

Introducción

Las investigaciones que sostienen esta tesis tienen que ver con personas mayores, participación ciudadana y cuidados. Pero también con personas legas en relación a la tecnología y al conocimiento científico. De este modo, trata sobre dos tipos diferentes de ensamblajes, uno explícitamente político (conferencia de consenso) y otro explícitamente de cuidados (teleasistencia domiciliaria) pero, a su vez, acerca de cómo esos entornos que se construyen, los actores que se definen en estos y las prácticas que se realizan conforman un complejo entramado donde el cuidado y la política aparecen simultáneamente como dos procesos importantes, sino imprescindibles, para la composición de los respectivos colectivos. Esta tesis se enmarca en los estudios de ciencia y tecnología (STS) y desde este repertorio conceptual y metodológico es que se piensan las prácticas de cuidado y políticas como acciones inherentes para el sostenimiento y la composición de los mundos comunes.

A lo largo de este proceso, un denominador común fue emergiendo para pensar el tipo de actor emergente en este interjuego entre cuidados y política. Por un lado, la existencia de la *Ley de Promoción de la Autonomía Personal y Atención a las personas en situación de dependencia* que habilita la puesta en marcha del servicio de teleasistencia domiciliaria, y por otro, la implementación de un dispositivo de participación cuyos protagonistas son personas consideradas *a priori* ciudadanas, me ofrecían a la ciudadanía como un hilo del cual comenzar a tirar para trazar el camino

para intentar explicar de qué está hecho aquello que sostiene a los cuidados y a las políticas como prácticas de composición.

La ciudadanía tal vez sea uno de los conceptos claves más complejos dentro de la teoría política ya que se constituye en la piedra angular de muchas de las formulaciones actuales sobre el significado de la política. La centralidad que se le ha adjudicado radica en que la ciudadanía, en tanto que concepto, ha sido llamada para encarnar los ideales democráticos modernos de libertad, igualdad, derechos, autonomía, autodeterminación, individualismo e incluso de agencia humana (Nyers, 2004). Como sostiene Rose, los asuntos aparentemente públicos de gobierno han sido vinculados con las cuestiones aparentemente privadas asociadas a cómo deberíamos regular nuestras conductas y cómo deberíamos juzgar nuestros comportamientos y el de otros (Rose, 1998). Pero el sujeto de la acción no es tan claro y lo que sí es seguro es que ese 'nosotros', encarnado en una pluralidad de individualidades que deben gobernarse, tiene que ser definido y en esa definición no 'todos' estamos presentes. Esa arquitectura de gobierno traza sobre el 'cuerpo social', a la vez que lo produce, diferentes líneas que establecen zonas donde algunos 'cuerpos' pueden ejercer la política y otros no. Siguiendo a Walker (2002) la ciudadanía es una de nuestras mayores prácticas de diagramación de líneas de inclusión y exclusión que definen quiénes son o no son agentes políticos en una comunidad. En este sentido más que ser un atributo universal de cualquier persona como se supone en la tradición liberal, la ciudadanía se presenta como una un proceso tecnológico que opera sobre cuerpos concretos. Esta última afirmación no es para nada novedosa ya que una amplia tradición, inspirada mayoritariamente en Foucault, ha puesto la mira en estos procesos de doble articulación del gobierno de sí y de las poblaciones.

Esta tesis intenta explorar ese vasto territorio donde la ciudadanía opera, como parte de ciertas tecnologías específicas, sobre cuerpos concretos, preocupándose no tanto

en *quién* es ciudadano sino *cuándo* y *cómo* se llega a serlo. Por tal motivo, no es menester explorar los diferentes procesos biopolíticos que conllevan la producción de un ciudadano, ni inmiscuirse en el análisis de ciertos poderes globales que operan en dicha conformación. Muy por el contrario, su foco y sus pretensiones son menores: su objetivo es pensar acerca de experiencias concretas donde la ciudadanía es producida, performada y enactada en composiciones híbridas en las que ciertas tecnologías forman y toman parte, para luego formular algunas teorizaciones sobre ciertos procesos semiótico-materiales dispuestos para la producción de ciudadanos pero no sólo, sino aquellos entornos que les posibilitan actuar como tales. Esto último no es menor pues en lugar de centrarme en el ciudadano como una figura humana, propongo pensar la ciudadanía como una figuración, resultado siempre inacabado de composiciones mestizas hechas de pedazos de naturaleza, sociedad, tecnología, o como sostienen Deleuze y Guattari (1987), de flujos discursivos, sociales y materiales, extendiendo el derecho de ciudadanía a las cosas (Latour, 2013).

Evidentemente este enfoque no es novedoso, una amplia tradición proveniente de campos como los estudios de ciencia y tecnología y los estudios culturales han agudizado y contribuido a desarrollar este enfoque semiótico-material (Latour, 2007; Haraway, 2004; Butler 2007). Así, este acercamiento ha permitido introducir el componente social al análisis de las prácticas inscriptas en la ciencia y en la tecnología y, viceversa, el componente científico-tecnológico al análisis de las prácticas sociales y sus implicaciones directas sobre los cuerpos y las vidas. En términos analíticos esta mirada simétrica aporta realidad a la explicación en lugar de restársela, ampliando nuestras posibilidades de pensar y reinventar nuestras teorías y justificaciones sobre el significado de vivir juntos (Latour, 2004). En lugar de pensar y reificar a la ciencia, a la política y a la tecnología como entidades definidas y delimitadas pone el acento en su

mestizaje, en sus matices y zonas de confluencia. Más que mirar y sostener seres puros, atiende y reensambla híbridos, monstruos y cyborgs.

La ciudadanía que quiero presentar es uno de esos seres impuros no solamente hecha de política, sino también de preocupaciones mundanas, económicas; no solamente compuesta por actores sino también por escenarios. Colmada de edificaciones, de instituciones y normativas y no sólo de derechos, la ciudadanía aparece como un compuesto integrado por muchas cosas más que personas. Esta ciudadanía que presento se aproxima a lo que Foucault denominó dispositivo, pero sin caer en una análisis explicativo que redunde en argumentar por qué lo sería o por qué no, quiero que esta afirmación sea un punto de partida o al menos unos de los vértices del dibujo que quiero presentar. Es un dispositivo porque existe una red heterogénea que hace que ciertos cuerpos devengan ciudadanos y otros no, en ciertos momentos y no en otros, subrayando su carácter precario y contingente y que, a pesar de este primer corte tajante, los productos derivados de su actuación emerjan matizados, inconclusos, siempre infieles al modelo pero con la pretensión de asemejarsele.

Partiendo de dos estudios, que tienen en común la presencia de personas mayores, me propuse explicar cómo la disposición de ciertas tecnologías y sus ensamblados con cuerpos humanos y otras entidades coadyuvan a la instalación de un proceso que he denominado *ciudadanización de los cuerpos*. Sin caer en pretensiones de originalidad, la utilización del sufijo derivado del latín *tion* en el neologismo que presento sólo es a los efectos de remarcar su carácter de proceso y no de esencia, pero también para dar cuenta de los efectos de dicha acción. La ciudadanía en vez de ser presentada como sustancia es presentada como un atributo dado sobre un ser indeterminado, pudiendo ser éste último un potencial atributo de otro ser de igual o diferente naturaleza (Latour, Jensen, Venturini, Grauwin y Boullier, 2012). De esta manera mi punto de partida se basa en una ontología relacional donde lo importante no es definir el ser en

cuestión sino la relación que lo establece y que amenaza su continuidad (Law, 2004). El primer caso es un estudio sobre teleasistencia domiciliaria en el que se relaciona las prácticas de cuidados con las tecnologías ofrecidas por un servicio particular y su introducción en los hogares de las personas (tele) asistidas. Quién cuida a quién – y por ende, cómo – aparece como la principal pregunta que ordena y da sentido a dicha relación (este caso será trabajado especialmente en el apartado IV). El segundo estudio refiere a los modos de ensamblajes materiales necesarios para poder llevar a cabo una experiencia deliberativa con personas mayores que nuestro propio equipo diseñó, implementó y analizó. Se trata de la Conferència Ciutadana de la Gent Gran de Barcelona sobre Digitalització de la Societat¹. Lo importante no son las identidades definidas previamente ni los resultados identitarios sino los procesos de identificación que hacen posible la (tele) presencia de otros actores ausentes (al respecto, me centraré en el apartado V).

Si la ciudadanización aparece en escena como concepto explicativo para ambos casos, es porque en tales experiencias subsiste la idea del protagonismo de un sujeto basado en la plenitud de derechos y obligaciones: el ciudadano². En el caso del servicio de teleasistencia su presencia se justifica porque quien puede acceder a este tipo de servicios se supone de antemano un ciudadano. La universalización de la teleasistencia en España, para el cuidado de mayores y personas dependientes, en general, ha sido posible a fuerza de ley – en este caso, la *Ley de promoción de la autonomía personal y atención a las personas dependientes* – como uno de los últimos pilares del estado de bienestar, hoy claramente en peligro de extinción. Pero no sólo la ley ha sido el motor de su desarrollo, diferentes intereses provenientes del sector público y privado, del mundo empresarial y de las asociaciones civiles, también de instituciones relacionadas

¹ Por más información sobre esta experiencia, recomiendo visitar la siguiente página web <http://pagines.uab.cat/conferenciaciutadana/>

² El uso que hago del singular masculino no es casual. Más adelante trataré el asunto de la universalidad y el esencialismo alrededor de esta categoría.

con la innovación tecnológica, han contribuido a producir los entornos y las atmósferas necesarias para su implementación. La figura del ciudadano, como aquel sujeto de derechos, y del consumidor como aquel sujeto que consume bienes y servicios, se funde en la figura del usuario, aquellas personas que utilizan el servicio de la telasistencia.

En el caso de la conferencia ciudadana, la alusión al concepto de ciudadanía aparece más clara o al menos más evidente. En este tipo de mecanismo se presupone que quienes participan son considerados de antemano ciudadanos. No obstante, precisamente nuestra experiencia enseña que ser ciudadano no es una cosa que se sea de una vez para siempre, sino que muy por el contrario es algo que debe hacerse, no constantemente, pero sí en ciertas ocasiones. Precisamente, el estudio sobre cómo se produce una ciudadanía en el marco de un mecanismo deliberativo, como lo es la conferencia de consenso, muestra la necesidad de ciertos espacios de verificación, espacios materiales por toda regla que operan como instancias performativas de la ciudadanía.

Ambos casos son ejemplos de cómo un cuerpo puede ser ciudadanizado pero de diferentes modos. Los artículos que forman parte de este compendio han intentado dar cuenta de esos procesos mostrando distintas facetas del problema. No obstante, puede que no hayan sido explícitos del todo al respecto. A pesar de ello, en y con este compendio, dado su cualidad de resumen y de lugar donde resaltar los aspectos centrales ya analizados, intento dar cuenta de manera más sistemática de estos procesos de ciudadanización, tal vez como el aroma que emerge de los casos analizados.

Para llevar a cabo esta tarea, utilizo esta introducción para presentar algunos bloques temáticos que se disponen como organizadores de mi argumento. Para facilitar al

lector, creo conveniente explicitar cada uno de estos componentes. El orden de aparición no es casual y responde a una lógica argumental que me parece la más adecuada para formular la noción de ciudadanización de los cuerpos y cómo estos procesos de ciudadanización son posibles a través de un trabajo infraestructural.

El primer bloque es sobre política y materia. Lejos de buscar una definición universal de política que dé cuenta de todo el fenómeno político en su totalidad, me centro en el desarrollo de una noción de política operativa que ponga el acento en las tecnologías y que sirva para comprender cómo la política es indisociable de éstas. Esta definición que no es una sino muchas, está inspirada en las dos experiencias estudiadas y que ya han sido descritas en los párrafos precedentes. No obstante, su aplicabilidad las trasciende y posibilita el desarrollo de algunos postulados para pensar cómo la política es siempre infraestructurada.

El segundo bloque aborda la cuestión del cuerpo y la ciudadanía, concepto central para el desarrollo de la tesis que presento. Al igual que con el concepto de política no me interesa llegar a una definición universal del mismo, ni centrar mis desarrollos sobre el significado del cuerpo –muchos otros lo han hecho ya de mejor manera– sino basarme en algunas conceptualizaciones para dar cuenta de qué procesos relacionados con los cuerpos posibilitan la conexión con un conjunto de tecnologías y otros cuerpos para producir uno investido de y en la figura del ciudadano. El cuerpo aquí es presentado como intensidad, como algo que debe ser hecho permanentemente en la práctica; se trata de un cuerpo que no se reduce ni a lo orgánico, ni a lo biológico, sino uno que está siempre abierto al interjuego entre composición y descomposición. La ciudadanía aparece aquí como una de esas modalidades de enactar esos cuerpos inmanentes.

Finalmente, en un tercer bloque, como síntesis de los dos anteriores, presto atención en los procesos de infraestructuración que posibilitan hablar de ciudadanía. En este

apartado, presento formalmente el concepto de infrapolítica insinuado sobre todo en la primera parte y que va tomando cuerpo a lo largo de todo el desarrollo. Se trata de aquella política que posibilita el sostenimiento de las prácticas políticas y de cuidados, que de manera infinitesimal incluye estos procesos como parte de su hacer.

Cierto estilo rumiante puede atentar contra la coherencia de esta tesis. Lejos de ser un estilo retórico, sus efectos en este escrito es producto de un pensamiento vivo que se fue haciendo en el escribir. Muchas reflexiones son producto de esa modalidad de rumiación que de no ser así, seguramente no habrían surgido. Puede que el estilo atente contra la fluidez y la limpieza de palabras tan caras para un lector. Desde ya pido que se me sepa disculpar.

I. Política (y materia)

“El orden y la conexión de las ideas es lo mismo que el orden y la conexión de las cosas”

(Baruch de Spinoza, *Ética demostrada según el orden geométrico*)

La política como tecnología

¿Qué es la política? Uno de los conceptos claves que atraviesa esta tesis, es la noción de política. Sin pretensiones de hacer una teoría innovadora acerca de su significado, creo conveniente no evadir esta discusión, y mostrar, aunque sea en términos aproximativos, qué significado o significados le otorgo. Como punto de partida, mi interés se centra en la relación que guarda con la tecnología, y será desde esa relación que desarrollaré algunos significados. Esta elaboración, síntesis y reconceptualización es sólo a los efectos de dar cuenta del objeto de esta tesis, a saber, cómo ciertos conjuntos tecnológicos producen modos particulares de ser ciudadanos.

Inevitablemente la política conlleva un espacio, pero más que un espacio, un conjunto tecnológico. La polis como dispositivo técnico, constructo de edificaciones, caminos, redes de abastecimiento de aguas, espacios destinados para la religión y el comercio, y para el desarrollo de demás actividades económicas (*oikos* en su sentido primogénito), halla en su interior, a modo de diagrama, una tecnología muy concreta que llega hasta nuestros oídos modernos como eco arcaico de la esencia de la democracia: el ágora. Pero ésta, lejos de ser un mero símbolo como hoy suele presentarse, era, ante todo, la tecnología de inclusión y exclusión que reunía cuerpos y excluía otros en cierto momento y espacio histórico-geográfico, inscripto en un modo particular de producción, la *polis*. Ser ciudadano, como veremos más adelante, era una

cuestión espacial y técnica, lo eran aquellos que podían estar dentro de los límites materiales que establecía el artefacto *ágora* previo a las delimitaciones realizadas por otros artefactos que constituían la *polis* como un todo funcional (por ej. el esclavo habitando la tierra de su *telestai*, o la mujer habitando y circunscribiéndose al *oikos*, es decir, el *oikos* como unidad territorial de reproducción de la vida social que establecía modos singulares de relaciones). En resumen, la propia constitución material y disposicional de la *polis*, su arquitectura y su distribución espacial y el uso temporal de dichos espacios, operaban como criterios de organización de los cuerpos que potencialmente circularían por el *ágora*, y que en su efectivización o concreción al atravesar sus límites, se definían a sí mismos y eran definidos por otros como ciudadanos. Es decir, no alcanzaba con reunir las condiciones para serlo, sino que además era necesario frecuentar ese espacio para que la condición se actualizara. Pero al mismo tiempo se reconocían ciudadanos a aquellos que tenían la potestad de pisar sus límites, operando esta organización espacial como atributo formal de aquellos que eran considerados como tales.

Hoy esto no ha cambiado demasiado, por lo menos en cuanto a función respecta. Un ejemplo de ello puede ser visto en el sufragio universal; *a priori* todos somos considerados ciudadanos pero nuestra ciudadanía debe ser confirmada, puesta en práctica, al menos cada cierta cantidad de tiempo en las urnas (sin lugar a dudas la urna no es el único de los aparatos de verificación a tales efectos, pero sí es una de esas tecnologías que establecen distinciones entre aquellos que ejercen la ciudadanía; a modo de ejemplo, en muchos países a los condenados se les suspende el derecho al voto o los inmigrantes no tienen derecho a ejercerlo; sin mencionar los menores de edad a los cuales se les priva este ejercicio). En este sentido, propongo llamar *artefactos agóricos* a aquellas tecnologías que posibilitan la delimitación de un adentro de la política y por contrapartida un espacio fuera de ella. Se trata de un conjunto

material que opera para delimitar un orden que establece y purifica relaciones de convivencia en las que se especifican distinciones entre tipos de ciudadanos. Son aquellas tecnologías interconectadas que permiten la activación de ciertos criterios de selectividad posibilitando la presencia de cuerpos – algunos pese a su ausencia – y la ausencia de otros – pese a su incuestionable presencia–. Tenemos aquí un primer elemento para definir la política: la disposición espacial, inevitablemente temporal, de los cuerpos y, como consecuencia, una cuestión de distancias entre éstos, a su vez algunos artefactos operando para realizar tal distinción.

Vayamos más despacio en este razonamiento. El célebre *zoon politikón* de Aristóteles puede ser comprendido como una abstracción y una conceptualización de la necesidad de establecer distancia entre cuerpos (más adelante, en el siguiente apartado, abordaré la composición de estas entidades). La primera distancia que se establece es entre aquellos cuerpos vivos que simplemente viven y aquellos cuerpos cuyas vidas son políticamente calificadas (la propia distinción de la vida afecta la definición y delimitación de esos seres). Como afirma Agamben, en Aristóteles el adjetivo *politikón* no refiere a un atributo del viviente como tal sino a una diferencia particular del género *zoon*. Y esa particularidad, o cualificación que distingue unas vidas de otras, se expresa en ciertas atribuciones claramente distinguibles, por un “*suplemento de politicidad*”, dice Agamben, “(...) *ligado al lenguaje y a una comunidad de bien y de mal, de justo y de injusto, y no simplemente de placentero y doloroso*” (Agamben, 1998:11). Para el argumento que presento, me interesa especialmente subrayar la idea de un *suplemento de politicidad*. Precisamente, ese suplemento de politicidad donde el lenguaje es posible, donde una escala de valores transcendentales se pone en juego, no es más que un efecto derivado del conjunto tecnológico que es una polis. La politicidad encierra los atributos y efectos de los agenciamientos socio-técnicos que producen el territorio desde el que se define lo político o la cualificación de ciertas

vidas, siendo las distribuciones de los cuerpos en ese espacio delegadas en el suplemento. Dicho de otro modo, si hay lenguaje y valores para juzgar los actos es porque existen artefactos tecnológicos y culturales que los posibilitan y los disponen. En esta dirección, me permito definir *politicidad* como la síntesis abstracta del funcionamiento sinérgico, inercial, simultáneo, complementario, heterogéneo de una ciudad (polis) y sus consecuencias sobre las vidas que la habitan de un modo privilegiado; asimismo, como la producción de dichos privilegios. Sobre este punto intentaré hablar con mayor precisión más adelante cuando me dedique específicamente a tratar la cuestión de la ciudadanía. Pero ahora, permítaseme continuar con el argumento de Agamben que nos ayudará a pensar lo tecnológico que subsiste en lo político. Nos dice que esa politicidad es un suplemento, o para ser más fiel a sus palabras que lo que produce esa diferencia (*politikón* como atributo de *zoon*) es un suplemento de politicidad. Precisamente el suplemento es definido como aquella cosa o accidente que es añadido a otra cosa para hacerla perfecta e íntegra. La cosa a la cual se le añade es sin dudas esa vida o vidas que serán diferenciadas de otras, aquellos cuerpos vivientes a los cuales se les dotará de atributos especiales, políticamente cualificados, y lo añadido serán aquellas cosas y accidentes que son el constituido y el constituyente de la polis como conjunto tecnológico, produciendo como novedad, como resultado de esa síntesis, las cualidades que define Aristóteles para el *zoon politikón*.

Si el humano es definido como *zoon politikón* sólo lo es por el influjo de la *polis* que conlleva una serie de suplementos, multiplicidad de cosas y accidentes, que coexisten de un modo distribuido y heterogéneo dentro de los límites que establece. Aquí es posible explorar una definición de tecnología particular donde diferentes cosas heterogéneas y sus accidentes (Virilio, 2006) producen efectos sobre el vivir juntos, lo que comúnmente se define como sociedad. Partiendo de este supuesto, la política

deviene una serie de cualidades resultantes de la confluencia accidental e incidental de múltiples tecnologías dispuestas para la vida común de cuerpos privilegiados (insisto en la idea de privilegio por el corte tajante con respecto a otras vidas y por la cualificación, como mostraré más adelante, de las cosas con las que se relacionan). Visto así quienes pueden ejercer políticamente serán aquellos que han sido dotados de suplementos de politicidad como resultado de ciertas composiciones tecnológicas (políticas). Aquí la política aparece como un atributo asignado a ciertos vivientes. Pero puede haber vidas cuya asignación y designación política estén en duda o sean cuestionadas o incluso algunas que se las designa políticamente pero no se las asigna y viceversa. Al respecto, las formulaciones de Agamben (1998) en relación al *homo sacer* y la *nuda vida* son más que claras y dejan en evidencia que mecanismos como la excepción además de ser jurídico-normativos, son materiales-arquitectónicos (como los campos de exterminio lo atestiguan). Lejos de ser la excepción o los dispositivos de la excepción un hecho aislado dentro de la composición de la política de los cuerpos y la diagramación de los espacios, opera desde el interior de la política como el regulador de una serie de dispositivos o aparatos de verificación por los cuales los cuerpos circulan a la vez que son producidos. Esto demuestra que el carácter político atribuido a los cuerpos privilegiados no es de una vez para siempre, sino que su atribución debe ser puesta a prueba y/o debe ser actualizada en ciertos dispositivos o aparatos de verificación, no teniendo por qué ser la supresión de la ciudadanía el único destino (en este sentido esto sí opera de manera excepcional). El privilegio, entendido como la legitimación del provecho de ciertos beneficio materiales, aparece como el objeto de la política.

Pero esta distinción, este carácter político propio del animal humano no puede ser pensado sin el surgimiento de la institución política ¿Pero en qué momento la política emerge como hecho histórico, como una forma específica de gestión de lo común? La

política emerge como institución en Atenas del siglo V a.c. en el momento en que la democracia acontece como una novedosa modalidad para gobernarse (esto no quiere decir que antes de eso o incluso en simultáneo no hayan existido modos de organización de lo común que, desde una mirada formal y a-histórica puedan ser consideradas como política) ¿Cuál es la relación de la política con la democracia? Rancière (2006) presenta la democracia como el fundamento que advierte que no existe fundamento para gobernar. En este sentido no es una forma de gobierno ni un régimen político, se trata de una condición formal que posibilita la emergencia de la política. Dice Rancière de manera tajante, sin democracia no hay política, ésta es su condición. Llevemos esta afirmación hacia nuestras aguas: Si la democracia es el fundamento que posibilita la existencia de la política, lo es porque la democracia es la expresión abstracta del modo de organizar materialmente la polis. Sostengo esto último a partir del argumento de Deleuze que afirma que el diagrama de la polis griega eran hombres libres luchando entre sí de manera libre (Deleuze, 2014).

Un ejemplo sobre la cualificación de la vida

Me gustaría ilustrar lo que vengo desarrollando con un ejemplo extraído de un hecho político producido a mediados del siglo pasado. Se trata de una acción protagonizada por Rosa Parks, una persona blanca y un asiento de autobús (sin dudas los protagonistas son más que éstos). El análisis de este ejemplo no es arbitrario, lo escojo porque es uno de los ejemplos que toma Rancière para presentar su concepción estética de la política, también porque es un caso histórico que muestra claramente la exclusión de cierta humanidad de ciertos suplementos (siempre materiales) y su devenir ciudadano, y porque el ejemplo tal como lo expondré dará pistas sobre algunos de los tópicos centrales que quiero presentar en esta tesis.

En 1955, en la ciudad de Montgomery, Rosa Parks, una trabajadora negra que solía usar el autobús para trasladarse de su casa al trabajo, se negó a ceder el asiento ante la petición de una persona blanca. Las leyes segregacionistas en muchos estados del sur de Estados Unidos aun estaban vigentes y reacciones como la de ella eran penadas. Al negarse, provocando con ello la presencia policial, Rosa Parks fue acusada de desorden público y desacato y posteriormente encerrada en prisión. Su acción situada en un espacio público, un medio de transporte, se convirtió en uno de los principales hechos políticos del siglo pasado, activando una serie de luchas locales, como el boicot a los autobuses de Montgomery liderado por Martin Luther King, hecho que dio inicio a una serie de luchas por los derechos civiles en Estados Unidos. Rosa Parks no había sido la primera mujer negra en negarse a ceder el asiento, Irene Morgan Kirkaldy en 1944 y Claudette Colvin también en 1955, unos meses antes que Rosa Parks, hicieron el mismo acto. Evidentemente no se puede entender el efecto que tuvo el arresto de Rosa Parks si no se comprende como parte de un conjunto distribuido en el tiempo que incluye los arrestos previos de Morgan y Colvin y el trabajo de las organizaciones por los derechos civiles en el que ellas militaban desde hacía muchos años (en el caso de Colvin y Parks, la National Association for the Advancement of Colored People). Muchas de las críticas que vinieron mayoritariamente por parte de personas opuestas al movimiento de los derechos civiles se centraban en que Rosa no era una mujer cualquiera, una "simple trabajadora", sino que era una activista. En esa dirección se habló de que el hecho fue un montaje, no porque no hubiese ocurrido -los arrestos de Colvin y Morgan son testimonios de la existencia de este tipo de prácticas discriminatorias muy común durante décadas- sino porque, decían, la NAACP ya tenía todo preparado para actuar del modo que lo hizo si un hecho como éste ocurría, ocultando la afiliación política de Rosa como parte de su estrategia. Incluso llegaron a decir que Rosa deliberadamente decidió aquel día no dar

el asiento. Dos versiones del mismo hecho se contraponían: la versión del evento que derrama la última gota del vaso, una suerte de espontaneísmo político, y la versión de que todo ya venía orquestado desde tiempo atrás, una suerte de maquiavelismo negro. Estas dos versiones, dos parodias, aparecen como las dos caras de la misma moneda, en este caso, la moneda de la política. Por una lado la eventualidad que rodea y constituye a lo político y por otro toda la estructuración, todo el trabajo, muchas veces invisibilizado que hay que hacer para que un hecho político acontezca.

Como comenté más arriba, Rancière utiliza el ejemplo que vengo desarrollando. A través del mismo, explica una doble dualidad entre el carácter singular y situado de la acción y la cuota de universalidad que suscita. Dice Rancière:

"«Tener» y «no tener» son términos que se desdoblan. Y la política es la operación de este desdoblamiento. La muchacha negra que un día de diciembre de 1955, en Montgomery (Alabama), decidió permanecer en su lugar en el autobús, lugar que no era el suyo, decidió con ello, en tanto ciudadana de los Estados Unidos, tenía el derecho que no tenía en tanto habitante de un Estado que prohibía ese lugar a cualquier individuo que tuviera un poco más de de 1/16 de sangre «no caucásica». Y los Negros de Montgomery que, a raíz de este conflicto entre una persona privada y una empresa de transportes, decidieron hacerle un boicot de la compañía, actuaron políticamente al poner en escena la doble relación de exclusión e inclusión inscrita en la dualidad del ser humano y del ciudadano" (Rancière, 2006: 89).

Tener y no tener hace referencia a los derechos asumidos y negados por y para ciertas vidas. La dualidad que denuncia Rancière y que antes fuera denunciada por autores como Burke, Arendt y Marx, como él bien reconoce, es la dualidad entre el hombre público y el individuo privado, es decir entre los derechos del hombre y los del ciudadano. La democracia, según Rancière, es un proceso de lucha contra la

privatización, es un acto de lucha contra la repartición de lo público y privado que asegura la doble dominación de la oligarquía en el Estado y la sociedad. Hombre y ciudadano aparecen como dos categorías que garantizan la existencia de dichos espacios claramente delimitados. Precisamente, el trabajo democrático implica un doble ensanchamiento, por un lado hacer reconocer la cualidad de iguales y de sujetos políticos a aquellos que la ley estatal coloca como vidas inferiores, y por otro, reconocer el carácter público de ciertos espacios y relaciones que eran abandonadas a la discreción del poder de la riqueza (aquí podría agregar, otros tantos poderes). En este sentido, hombre y ciudadano no pueden ser considerados los sujetos de la acción política. Hombre y ciudadano, afirma Rancière, son ambos nombres de lo común, cuya extensión y comprensión son igualmente litigiosas y que, debido a ese litigio, se prestan a una suplementación política, es decir a un ejercicio práctico de verificación que define a qué sujetos se aplican estos nombres y cuál es la potencia que ellos portan.

"Pero el ciudadano de los textos constitucionales tampoco es un sujeto político. Justamente, los sujetos políticos no se identifican ni con «hombres» o agrupamientos de poblaciones, ni con identidades definidas por textos constitucionales. Se definen siempre por un intervalo entre identidades, sea que estén determinadas por las relaciones sociales o por las categorías jurídicas (...) Sujetos políticos existen en el intervalo entre diferentes nombres de sujetos." (Rancière, 2006: 85-86).

Desde esta perspectiva la dualidad del hombre y del ciudadano ha servido a la construcción de sujetos políticos, evidenciando la doble lógica de la dominación, aquella que separa al hombre público del individuo privado, garantizando en las dos esferas una misma dominación. Así, para Rancière, la política no es sólo la acción de diferenciación sino que luego también deviene la operación de desdoblamiento de

aquello que fue diferenciado. Cuando Rosa Parks se niega a dar el asiento a la persona blanca "ella" realiza el desdoble invocando por un lado su carácter de ser humano excluido de los derechos de ciudadanía, mostrando que es ciudadana como cualquier estadounidense, y por otro, haciendo evidente la contradicción que supone que ella como cualquiera, que pertenece universalmente a una nación, es considerada como una nuda vida en su estado local. Dos topografías entran en colisión, como un movimiento de placas los dos territorios colisionan, el territorio de Estados Unidos y el territorio de Montgomery. Lo local se estremece ante un territorio de alcances mayores, no sólo hay un bus, una mujer negra y una persona blanca que reclama su asiento, la situación deviene política porque un desdoblamiento ha sido inducido. En este sentido, la acción política opone a la lógica policial de separación de esferas, otra interpretación del mismo marco jurídico (en este caso las leyes segregacionistas de Montgomery), proponiendo así otra puesta en escena diferente de la dualidad del hombre público y del hombre privado. Esta inversión implica confrontar mutuamente al hombre y al ciudadano como categorías. Dice Rancière al respecto:

"Como nombre político, el ciudadano opone la regla de la igualdad fijada por la ley y su principio a las desigualdades propias que caracterizan a los «hombres», es decir, de los individuos privados sometidos a los poderes del nacimiento y de la riqueza. Y, a la inversa, la referencia al «hombre» opone la igual capacidad de todos a todas las privatizaciones de la ciudadanía: las que excluyen de la ciudadanía tal o cual parte de la población o las que excluyen del reino de la igualdad ciudadana a tal o cual sector de la vida colectiva. Cada uno de estos términos cumple entonces, polémicamente, el papel de lo universal opuesto a lo particular. Y la oposición de la «vida desnuda» a la existencia política es ella misma politizable"(Rancière, 2006: 86-87).

Hombre y ciudadano aparecen como dos nombres asignados a dos espacios diferenciados. Precisamente la política es la ruptura de esa designación así como el trasbase de los espacios purificados de lo público y lo privado. Dotar de capacidades universales a sujetos locales aparece como una función de la política, pero ese movimiento conlleva un desplazamiento de un polo de la asignación a otro y por ende una suspensión de las identidades asociadas a éstos. Hombre y ciudadano en tanto universales o nombres de lo común, bien podrían ser otros, son evocados como los elementos de la igualdad frente a la desigualdad. En este sentido, la política tiene que ver con una operación basada en tornar a un cuerpo cualquiera como parte de un agrupamiento o colectivo universal. Esta construcción de pertenencia, implica un movimiento de afuera a adentro, un adentro que paradójicamente está fuera porque su existencia real es virtual. Cuando se realiza el boicot de los autobuses en Montgomery, las personas negras que se movilizan evocan con ello su doble condición de seres humanos y de ciudadanos, pero a la vez reafirman su singularidad como negros. El universal a evocar aparece como un conjunto de características indefinidas que apela a un ideal colectivo de igualdad. Todo el pueblo de Estados Unidos ha sido llamado, pero también todos los negros de ese país, en el gesto desafiante y movilizador de no ceder el asiento, en el gesto desafiante de tomar como estandarte ese asiento.

Tomemos de Rancière los siguientes elementos y procesos: 1) el orden de lo sensible es sostenido por una arquitectura trascendental, basada en categorías universales que definen los parámetros de lo posible, mediante la función de policía que apuntala el orden de distribución de lo público y lo privado (esos parámetros o nombres de lo común son de naturaleza litigiosa); 2) de las categorías universales que sostienen dicho orden se desprende un suplemento que dota de politicidad de manera *a priori* a cualquiera (es decir, la democracia como fundamento de la política, la declaración de

que no existe ningún principio previo que diga quién puede gobernar); 3) la política es la emergencia de la desigualdad en la igualdad, es el proceso de ruptura de la lógica policial; 4) para que esa ruptura acontezca debe evocarse un universal otro (invertido) que opera como el orden azaroso que vuelve a proponer una nueva distribución de lo sensible; y 5) el sujeto político no corresponde ni a un ciudadano ni a un hombre discretos o cualquier otro tipo de colectivo sino al intervalo que se produce entre el pasaje de un sujeto a otro.

El ejemplo de Parks muestra una contradicción, un litigio entre dos lógicas diferentes, por un lado aquella que reconocía a los negros como ciudadanos estadounidenses y por otro aquella que reconocía el derecho a las compañías de autobuses a diferenciar los espacios ocupados para personas blancas y para personas negras. Pero como vimos eso no era para nada nuevo. Ese orden existía desde hacía muchas décadas – con sus variaciones claro está– como consecuencia de la manera en que se resolvió el fin de la esclavitud, pero además de este ordenamiento de tipo policial existían prácticas de resistencias (como vimos con los casos de Colvin y Morgan) que posibilitaron un acumulado de experiencias y prácticas por los menos en actores como la NAACP y que definen también el orden de lo sensible. En este sentido, dicho orden operó como condición de posibilidad. Lo que hacen los negros de Montgomery a partir del episodio del asiento es forzar los límites de lo sensible para ensanchar el espacio de lo público, alterando con eso un espacio privatizador y excluyente (en este caso el autobús) pero con el propósito de ensanchar en el mismo movimiento sus derechos individuales en tanto que ciudadanos de una nación libre. Visto de esta manera es clara la apelación a un universal ubicado en un límite extraño entre dentro/fuera de la situación local. Pero es en lo local de la esfera pública, donde el transporte es definido como tal, donde a los intereses privados e individuales se le oponen los intereses

públicos y colectivos y, de manera recursiva, donde se construye la propia noción de lo público y de lo privado.

Lo que me interesa resaltar de esta cuestión es el componente estético que subsiste en la interpretación de Rancière, la política aparece como un acontecimiento que altera el orden de lo sensible, es decir, el orden de lo sensiblemente distribuido y por tanto materialmente interconectado; no obstante, forzaré su argumento hacia un materialismo relacional al menos por dos cuestiones, primero, porque este esquema conceptual para pensar la política se ubica en un plano abstracto donde el movimiento de los actores parece estar definido previamente, y segundo, porque, su foco sigue centrado en lo humano y mi interés en cambio reside en pensar cómo lo material y lo tecnológico participan activamente en este tipo de procesos.

Cinco tesis sobre la infraestructuración política

Ampliar el campo de la acción política, incluyendo a las materias como actores, posibilita interferir directamente en el objeto del privilegio que opera como límite del reconocimiento de derechos de los actores humanos. Dotar de agencia a la materia es afirmar que ese objeto de disputa, que no es simplemente un objeto como veremos más adelante, forma parte activa del desenlace de la acción. En esta dirección me interesa resaltar lo siguiente:

1) *La política es inseparable de su puesta en escena*: el ejemplo muestra cómo la política debe ser escenificada. Para que un hecho sea político debe producirse en un emplazamiento espacio-temporalmente definido. En este sentido la política como acontecimiento ocurre en ciertas infraestructuras, algunas diseñadas explícitamente como políticas (por ejemplo, los parlamentos), otras no, como sucede en este caso. Un

estrato infraestructural debe existir en ese ensamblaje. Una infraestructura de comunicación, como lo es un autobús que se desplaza por una infraestructura vial de la ciudad, deviene infraestructura política porque en ella el orden de lo sensible es subvertido: una persona se niega a dar el asiento, como respuesta a su arresto se produce una huelga de personas que se niegan a tomar los buses de esa compañía, la compañía pierde dinero por eso, disminuye sus ganancias, y eso afecta a toda la estructura de su negocio, etc.. En ese gesto, la infraestructura (el transporte público) es desinfraestructurada, invertida, deviniendo una infraestructura de otro orden (el autobús donde ocurrió la situación actualmente descansa en un museo). Pero para que devenga política esa escenificación debe estar conectada con ciertas infraestructuras de información que posibilitan la expansión del hecho (no alcanza con que hayan habido testigos, tampoco con el acto de negarse a dar el asiento). La pregunta central es cómo hacer que el hecho político sea sostenido en el tiempo, cómo hacer que esa ruptura producida localmente cambie su naturaleza saltando a un registro de escalas diferente, en un esfuerzo de multiplicación de actores. La respuesta es clara, eso se logra a través de la conexión con otras infraestructuras de información que pueden ser medios de comunicación, redes sociales, boca a boca, manifestaciones callejeras, entre otras. Sin expansión y circulación del hecho, delegado a través de relatos, fotografías, ficciones o lo que sea, su existencia quedaría reducida a una cuestión local. La consigna feminista que dice que lo privado es político sólo es cierta si se producen medios para desprivatizar el espacio de lo privado y hacerlo público (siendo estos dos intensidades de los entramados materiales en relación al tipo de actores y relaciones cualificados que se movilizan). Como vimos la respuesta siempre es tecnológica. En este sentido, la infraestructura de transporte deviene política cuando los activistas o las personas concernidas logran reunir los medios necesarios, o son reunidas por esos mismos medios, para objetivar el hecho, en este caso, mediante la contraposición del

atributo público del transporte contra la propiedad privada de la compañía de autobuses. Sin el asiento no hubiera habido política, pero tampoco sin las leyes que avalaban que una empresa pudiera disponer un orden determinado. Sin una mujer que se negara a darlo a una persona blanca tampoco, pero tenía que ser necesario que esa situación conectada a otros ausentes. Como se ve la política sólo es posible en un agenciamiento y mediante un trabajo de infraestructuración que implica como primer movimiento la desinfraestructuración de una infraestructura cualquiera. La puesta en escena se da en ese sitio, en ese intervalo de desinfraestructuración que debe lograr conectar con otras infraestructuras para que el cuerpo presente en ese aquí-ahora logre, adquiera forma de información para estar presente en otros puntos lejanos. Y viceversa, otros ausentes puedan ser transportados a la escena para lograr el efecto de universalización de los cuerpos comprometidos en el acto.

2) *El objeto del litigio siempre es material y relacional en todos sus términos:* el objeto del litigio es claro en este ejemplo. Por definición litigio implica un conflicto reglado en todos sus términos. El litigio acontece cuando un orden constitucional se confronta con un orden normativo local, o en otros casos, cuando un orden de justicia se enfrenta a un hecho injusto. Evidentemente ninguno de los términos es dado de antemano. No se puede entender el orden constitucional sin la mujer que reclama ser tratada bajo sus preceptos ni tampoco un orden normativo local, en este caso las normativas de Montgomery que habilitan que la compañía de autobuses discrimine, sin los asientos. En este sentido el objeto del litigio es el asiento que Rosa Parks se niega a ceder. Pero no es el asiento en tanto objeto discreto, sino que son el conjunto de relaciones que ese asiento transporta en ese momento determinado o dicho de otra manera es cuando el asiento deja de ser objeto y deviene cosa (Latour 2004). Es por tanto el orden de distribución de asientos asignados para personas blancas y negras que habita potencialmente en ese asiento particular. El objeto del litigio es un objeto potencial

cargado de múltiples relaciones actuales y virtuales, reales y posibles; en este sentido es el objeto que permite la desinfraestructuración de todo el conjunto. Si hay inversión infraestructural la hay porque existe un objeto de tales características que posibilita que se desdoble todo el conjunto material. Al realizarse el desdoble, el objeto deviene escenario del acontecimiento político. Así dicho objeto opera como un objeto frontera político (political boundary object) que en lugar de permitir la cooperación sin necesidad de consenso, como el boundary object de Star (2010), posibilita el disenso sin necesidad de cooperar. Pero también confluyen en él diferentes nodos, constituyéndose en un objeto multi-nodal que reconfigura la naturaleza de las infraestructuras que los soportan. Como afirman Mol y Law, respecto a la ontología múltiple de la diabetes, pero que bien podría aplicarse a nuestro caso, “[o]ften is not so much a matter of living in a single mode of ordering or of choosing between them. Rather it is that we find ourselves where these modes join together. Somewhere in the interferences something crucial happens...” (Mol and Law 2002: 11).

3) *La política implica una confrontación diagramática*: Ese objeto del litigio no está solo. De manera abstracta opera en él un diagrama de poder singular (Deleuze 1987). El diagrama es concebido como una singularidad de relaciones de fuerza distribuidas de manera abstracta que operan sobre un sustrato material para producir un nuevo orden. Un ejemplo que da Deleuze clarifica este punto: una multiplicidad humana cualquiera puesta a trabajar en un espacio cerrado, ese es el diagrama del disciplinamiento. La resistencia de Rosa Parks, que no es sólo la de ella, fuerza un diagrama concreto (aquel que establece que el orden de asignación de los asientos sea posible) alterando su forma. En este sentido, se podría esbozar que la política emerge cuando un diagrama es afectado por otro, cuando dos, tres o el número que sean de ellos se confrontan, alterándose sus formas. Una formación histórica tiene su serie de diagramas, éstos lejos de ser formas estáticas son afectados, van cambiando (Deleuze,

2014). Lo que los hace estables es su capacidad de afectar distintos tipos de cuerpos en distintas situaciones durante cierto período de tiempo (he ahí su carácter abstracto). El diagrama segregacionista que opera en el interior de la distribución de asientos cambia su forma, esto explicaría en parte por qué el arresto de Rosa Parks tuvo el efecto que tuvo y consecuencias políticas distintas a las de Colvin y Morgan. La idea de diagrama aporta singularidad a la noción de orden de lo sensible, subrayando el carácter múltiple de su constitución y reafirmando su dimensión agonista y situada. Lo sensible no es sólo una cuestión de percepción sino también una cuestión de poder. No es que Rancière niegue este supuesto, pero entiendo que la noción de diagrama aporta explícitamente esta idea de que las fuerzas no responden sólo a una cuestión humana. La distribución de lo sensible es, en este sentido, una tensión permanente entre distintos diagramas de poder, no sólo una asignación de lo público y lo privado como ejercicio de la oligarquía y las resistencias de los oprimidos.

4) *Nacimiento de focos de resistencias*: esa confrontación diagramática produce un choque de fuerzas produciendo un foco de resistencia. Como el nacimiento de una estrella, ese foco de resistencia emergente cambia el orden y la distribución de todo el conjunto de la galaxia política. Por tanto se establece un foco de resistencia conectado a otros eventos (por ejemplo los casos de Morgan y Colvin) y al trabajo invisible de actores individuales y colectivos como NAACP y otros que se sumaron a esta causa. Los focos no conectan actores entre sí, los focos conectan resistencias y prácticas. En este sentido el proceso de desinfraestructuración es la emergencia del foco y su reinfraestructuración, su devenir infraestructura política, el conjunto de relaciones formales que se establecen entre distintos focos.

5) *Toda acción política es una práctica de cualificación*: todo este proceso trae aparejado que ciertos cuerpos se ciudadanicen. Esto no quiere decir que la ciudadanía

sea el único destino de la política. La ciudadanía entra en proceso en tanto que es uno de los nombres de lo común y en tanto que enacta una serie de derechos que garantizan que las personas negras devengan personas físicas en todo sus términos. Este movimiento de ciudadanía trae consigo un movimiento de humanización en paralelo, que posibilita esta doble confrontación en el seno del orden policial, tal como lo describe Rancière. Pero paradójicamente la ciudadanía también puede ser un trabajo de clausura de la política. No sólo aparece como una condición para el ejercicio político, que sin dudas lo es, sino que en el mismo momento en que se instaura comienza la despolitización de aquello que fue politizado. O dicho de otro modo, la ciudadanía viene a cerrar el proceso de suspensión de las identidades característico de las prácticas políticas. Pero esta cualificación no es sólo sobre ciertos vivientes, sino sobre éstos en tanto partes constitutivos de entramados situacionales. Por lo tanto, los procesos de cualificación no se producen sobre lo humano, sino sobre relaciones híbridas. De ahí que el ciudadano no sea humano.

Vale la pena subrayar que todos estos cinco procesos descritos, presentados a modo de tesis, son simultáneos. No se trata de una secuencia lineal sino de ciertos cambios y condiciones que se producen en un entramado para que emerja un hecho político. Evidentemente cada uno de éstos tiene su duración pero lo interesante es que confluyen en un punto que se constituye en la emergencia del hecho político como tal. Cada una de estas líneas tiene su materialidad, a veces comparten los mismos componentes, y son por tanto sostenidas en un sustrato infraestructural.

La cualificación de cualquier entidad

La idea de política que quiero presentar no se centra exclusivamente en la existencia del público. Público es una de las formas posibles de la irrupción de la política en un sentido estético, cuyo abordaje me ayudará a desarrollar la idea de la cualificación de las cosas. Tal vez sea Benjamin quien ha planteado de mejor manera la relación que incumbe a la política y a la estética. Por un lado, la estetización de la política, donde la estética queda subsumida a la política de manera instrumental, y por otro, que es el que nos interesa, la politización de la estética, es decir los cambios de formas producen cambios políticos (Martínez 2008) y viceversa. De este modo continuaré ahondando esta relación.

La descripción pragmática que intento dar de la dimensión estética de la política me acerca inevitablemente a enfoques como el de John Dewey. Particularmente me interesa resaltar su idea de que sin asunto (issue) no hay público, subrayada principalmente en los trabajos de Noortje Marres (2005). Como vimos en los puntos 1 y 2, el objeto del litigio es material, en definitiva se trata de cosas, y para que un asunto devenga político es necesario que sea transmitido. La siguiente cita de Dewey es ilustrativa de lo que quiero enseñar:

"...la sociedad existe y continúa existiendo no sólo por medio de la transmisión y de la comunicación, sino que debe decirse justamente que existe en la transmisión, en la comunicación. Hay más que un vínculo verbal entre las palabras común, comunidad, y comunicación. Los hombres viven en una comunidad, en razón de cosas que tienen en común, y la comunicación es la manera en la que vienen a poseer cosas en común" (Dewey 1916, citado en González Hernández, 2011).

La sociedad existe *en* la transmisión, y es a través de la comunicación que las comunidades humanas logran la posesión de cosas comunes. Esta idea interesa por varias razones. En primer lugar la sociedad ya no es concebida como un cuerpo estático y formal hecho de una vez para siempre que persiste a la dinámicas cotidianas sino una acción que es producida por el intercambio de relaciones y cosas. En segundo lugar, porque lo material adquiere relevancia para el logro de lo común. Y en tercer lugar, porque esas cosas y las redes de transmisión por las que circulan definen las condiciones que facilitan el surgimiento de la comunidad. En este sentido, la materia de la política está hecha de lo mismo. Precisamente la política puede ser concebida como ese esfuerzo de creación de lo que es común pero no lo común.

El ejemplo que trabajamos incluye la cualificación de la vida, pero también la cualificación de las cosas. En esta dirección todo parece indicar que la política no es una actividad exclusivamente humana sino que incluye de un modo activo a otras entidades. Más que tratarse de un hecho puntual o de un conjunto de acciones formalizadas y normativizadas, la política se muestra como un devenir donde distintas configuraciones que involucran humanos sí, pero no sólo, van adquiriendo nuevas formas. El asiento de Rosa Parks, así como ella, es cualificado adquiriendo capacidades políticas y morales (Marres y Lezaun 2011), es decir, un suplemento de politicidad es adherido a sus formas, hecho que lo diferencia de otros asientos. No cualquier objeto deviene cosa política, así como vimos en Aristóteles, no cualquier ser viviente deviene animal político (aunque está claro que cualquier objeto o cualquier viviente lo podría ser).

El enfoque pragmatista, inspirado en John Dewey y Walter Lippmann, tiene como foco de preocupación cómo sostener la democracia en las sociedades complejas. Lo que que comparten ambos autores es la concepción de la participación pública en la política como algo que es producido en el seno de las controversias emergentes que

las instituciones existentes no han podido resolver, y como algo que al mismo tiempo puede proporcionar su resolución (Marres 2007). Es este sentido que Dewey desarrolló una comprensión socio-ontológica de los asuntos, que comprende que el involucramiento del público en la política es mediado por los problemas que les afectan. Esto quiere decir que la emergencia del público es de por sí *problemática* (Latour 2007b). Este enfoque no es novedoso en los STS y responde a un intento por dar cuenta de cómo los actores humanos no son los únicos que participan en la conformación del mundo en común. De acuerdo a autores como Callon o Latour, la articulación de asuntos no sólo constituye una notable dimensión de los procesos democráticos, sino que implica la totalidad de dichos procesos (Marres 2007). Es decir, mientras la ciencia política concibe la conformación del asunto como un proceso discursivo que involucra la movilización de términos, símbolos e ideas para definir cuál es el problema, los STS la conciben como una manera de intervenir en diferentes colectivos y mundos que incluyen asociaciones de componentes sociales y materiales.

Uno de los elementos centrales en Dewey para explicar la emergencia del público es la idea de la existencia "de consecuencias indirectas perjudiciales" en las sociedades industriales, que se constituyen además en el objeto de toda gobernanza (Beck, 2002; Thompson, 2002, referenciados en Marres 2007). Dice Dewey al respecto:

"The public consists of all those who are affected by the indirect consequences of transactions, to such an extent that it is deemed necessary to have those consequences systematically cared for ... This supervision and regulation [of these consequences] cannot be effected by the primary groupings themselves. ... Consequently special agencies and measures must be formed if they are to be attended to" (Dewey, 1991 [1927]: 15-16, citado en Marres 2007).

Las consecuencias indirectas suponen un cuasi-tercero excluido que está fuera de toda institucionalidad política formal y que es afectado (su carácter de cuasi es porque carece de forma definida). Como insisten tanto Lippman como Dewey el público emerge de la incapacidad de dar respuesta de las instituciones, esta incapacidad hace que estos grupos de afectados se movilicen y produzcan o inciten la creación de nuevas agencias y medidas para atender el asunto. Pero este movimiento no es tan fácil, en este proceso de emergencia la institucionalidad política opera obstruyendo este proceso.

"These changes are extrinsic to political forms, which, once established, persist of their own momentum. The new public which is generated remains inchoate, unorganized, because it cannot use inherited political agencies. The latter, if elaborate and well institutionalized, obstruct the organization of the new public. ... To form itself, the public has to break existing forms" (Dewey, 1991 [1927]: 30-31, citado en Marres 2007).

En el esquema de Dewey existen ciertas "formas políticas" y "agencias políticas" que son previas al público y que a su vez operan como su límite. El público nace en el afuera de la institucionalidad estatal quebrando las "formas existentes", sin antes no sufrir las resistencias institucionales. Este público es una masa amorfa en formación, siempre "incipiente", "desorganizada", hecha de afecciones y, sobre todo, problemática. Problemática porque está hecha de *problemas* y porque su existencia supone un *problema* para las instituciones formales.

Marres (2007) señala un aspecto importante en relación a esto último. Dewey da una razón de peso de por qué las prácticas de involucramiento del público no pueden ser contenidas en formas institucionales establecidas, tales como los procesos de participación: si las formas pre-existentes aportaran soluciones no habría emergencia

del público. Del mismo modo, Lippmann sugiere algo parecido, dice Marres, cuando argumenta que los públicos están concernidos con problemas que no pueden ser manipulados dentro de los marcos de producción de conocimiento y de toma de decisión política existentes (Marres 2007: 769). Lo central de estos autores, más allá de sus diferencias, es que ambos escapan de la idea que el involucramiento del público en la política está dedicado a expresar la voluntad del pueblo. En cambio ellos proponen pasar de la formación de la voluntad a la formación del asunto (issue). Así la cuestión central es cómo los actores pueden organizarse como público. Ya no la voluntad general como forma trascendental, sino una suerte de voluntad de las cosas, immanente, situada, localizada y redistribuida en las prácticas y en la vida cotidiana de los actores.

La idea de que sin asunto no hay público (Marres 2005) se va clarificando en este enfoque. La voluntad general es una forma abstracta carente de materialidad, en cambio el asunto, que es cualquier asunto, uno contingente y localizado, que se presenta como una consecuencia indirecta que afecta a cuerpos concretos, aparece como aquello que se conecta a un público emergente de esa afección que es efecto de sus alcances materiales a través de su cualificación como asunto público (public affair). Pero como vimos más arriba, esa afección en parte es producto de la incapacidad de actuar de las instituciones políticas formales. Hay algo que delimita qué es dentro y fuera, la institucionalidad política aparece como el adentro, siendo sus artefactos agóricos los que marcan esta frontera. El público emerge como el extraño, el cualquiera que encarna los principios de la democracia. Lo interesante aquí es que los aparatos agóricos funcionan indirectamente en la cualificación del asunto en tanto que fallan, de aquí en parte el carácter accidental de la política.

Inspirado en el mismo enfoque, Bruno Latour (2007b) sostiene que todo es política pero de diferentes maneras. Su punto de partida implica asumir que la política se ha

expandido hasta devenir coextensiva a las sociedades contemporáneas, en la medida que incluye fragmentos de ciencia y pedazos de tecnología. Ahora que “todo es política”, afirma, el adjetivo político sufre lo mismo que antes sufrió el adjetivo social, al estar en todas partes pierde sentido. Frente a este problema, argumenta que la principal contribución de los STS para pensar la política ha radicado en concebirla como cosmopolítica, para ello se sirve del enfoque pragmatista dado que éste provee la noción de asunto público. Tomando dicho concepto se propone focalizar cómo los diferentes significados del adjetivo político podrían ser repensados como momentos sucesivos en la trayectoria de un asunto cualquiera.

A partir de un ejemplo que dará De Vries (2007), quien propone un giro aristotélico para pensar la relación entre política y ciencia y tecnología, Latour, tomando como eje la trayectoria del asunto, dará cinco definiciones de política que me interesa resumir. Al igual que todos los autores que hemos visto, la política se produce más allá de las instituciones políticas formales. Dice Latour al respecto:

“The machinery of what is officially political is only the tip of the iceberg compared with the many other activities generated by many more ‘activists’ than those who claim to do politics per se” (Latour 2007b: 813).

Nuestra preocupación compartida, es mostrar cómo emerge la política de manera inseparable de la materia que la constituye y que los actores implicados son muchos más que los políticamente cualificados, especialmente los humanos, por las instituciones políticas. En este sentido, política no es una esencia, es algo que moviliza, que por tanto tiene una trayectoria. Así los múltiples significados del adjetivo político deberían ahora cualificar ciertos momentos, fases y procesos en el complejo y errático destino de un asunto. El punto de partida radical del pragmatismo es proponer que política no es un adjetivo que define una profesión o cierta esfera del acontecer social,

sino aquello que cualifica un *tipo de situación* (Latour 2007b: 814). Este aspecto es interesante, de la cualificación sobre la vida que significa la política en Agamben pasamos a la cualificación de un tipo de situación. Y esas situaciones son arreglos materiales hechos de cuerpos, de afecciones, de materias, tecnologías, virus, etc, es decir de una multiplicidad de entidades incluyendo las vidas. Lo que nos enseña el pragmatismo es a centrarnos en los objetos de la preocupación (matter of concern) y luego, con el propósito de manipularlos, producir los equipamientos necesarios para comprender las cuestiones que se nos plantean y que están irremediamente enredadas en ellos. Pero si el asunto es material y es algo que acontece, su forma no será la misma durante el desarrollo de su vida. Precisamente un asunto evoluciona, cambia, deviene, estableciendo relaciones singulares con otros tantos actores. Es precisamente por eso que Latour definirá la política tomando como punto de partida la trayectoria de cualquier asunto. De manera poco estética, llama a esas cinco políticas de las que hablábamos 1, 2, 3, 4 y 5.

¿Qué sería política 1 para Latour? Cada nueva entidad no humana puesta en relación con el ser humano modifica el colectivo y fuerza a todos sus componentes a redefinir los diversos cosmogramas. Un ejemplo que da de esto es la aparición de un nuevo planeta. Su emergencia no sólo preocupa a los astrónomos sino que cambia radicalmente nuestra comprensión de lo que es el mundo. Un ejemplo radical y aleccionante de esto sería el giro copernicano. Así esta política aparece como subpolítica. Política 2 sería cuando ese cambio cosmogramático se presenta como un problema. Actores inesperados aparecen y comienzan a movilizarse en torno al asunto como una cuestión problemática. Como vimos aquí es donde entraría la formación del público descrita del modo deweyniano. En esta fase de la trayectoria del asunto es cuando se produce la formación de grupos concernidos (Callon y Rabeharisoa, 2003), movimientos sociales y cualquier otro tipo de forma que implique la emergencia de un

público. Política 3 es el momento de la trayectoria en el que las instituciones políticas formales, la maquinaria del estado, intenta convertir el problema del público en una cuestión claramente articulada de bien común y voluntad general, es decir, de soberanía. En cambio, política 4 es cuando el asunto deviene deliberable y debatible y se traslada al campo de la ciudadanía. Aquí se pasa del público como problema al público como solución. Los mecanismos deliberativos, como las conferencias de consenso, son un claro ejemplo de este trayecto. Finalmente, política 5 es la fase del asunto "*que fascinó a Foucault*", nos dice Latour, y que sugirió como "*gubernamentalidad*", es decir todas aquellas instituciones aparecen en la superficie como absolutamente apolíticas, e incluso sus modos silenciosos, ordinarios, completamente rutinizados son perversamente los aspectos más importantes de lo que entendemos como el vivir juntos. Se trata del gobierno de las poblaciones, de la problemática de las relaciones de género instituidas. De esta manera, la cosmopolítica aparece como un proceso de composición progresiva de los mundos comunes donde la exploración, en un sentido pragmatista, se hace necesaria. Esta exploración implica seguir las trayectorias que conectan las diferentes formas de hacer política en la conformación del mundo común de un modo empírico (Rodríguez Giral, Rojas y Farías 2014: 4). Pero vale subrayar que esta trayectoria no es sucesiva, no se trata tampoco de un círculo que se vuelve a cerrar sobre sí mismo; otros trayectos pueden aparecer, puesto que la política carece de una estructura a priori que la encarne. Si hay un a priori el único son las prácticas (Deleuze, 2014).

En este sentido, política no será sólo aquello que los científicos políticos creen, a partir de ahora se definirá como el edificio del cosmos en el que cada quien vive, es decir la progresiva composición del mundo común (Latour, 2004); y esa composición implicará la clasificación agónica de ciertos cosmogramas que entran en conflicto (Tresch, 2005), es decir, aquellas formas de articular entidades y sus relaciones que conforman un

mundo común (Rodríguez Giral, Rojas y Farías 2014). Así política recibe un nuevo nombre: cosmopolítica, la política del cosmos (Stengers, 1996).

Recapitulando, hemos pasado por distintas definiciones de política que entiendo complementarias, más allá de las incompatibilidades filosóficas que puede haber entre los diferentes autores que las presentan. En primer lugar tienen en común el hecho de que la acción política modifica el orden del mundo. En Agamben implica una cualificación de la vida que la distingue de otros tipos; en Rancière, un cambio en el orden de lo sensiblemente distribuido; en la propuesta pragmatista el público emerge como producto de la afección de un asunto cuestionando las instituciones política pre-existentes; y en la cosmopolítica de Latour se producen cambios en los cosmogramas, en las relaciones que conforman un mundo común. Pero estos cambios estéticos no son meramente subjetivos, se trata de profundos cambios radicales en las ontologías de dichos mundos. Otro aspecto vinculado con esto, es que dichas modificaciones se dan en un plano translocal, desbaratando cualquier pretension de plantear niveles o parámetros escópicos tales como local-global (Martinez 2008). En Agamben vimos la presencia de ciertos dispositivos de verificación que ponen en suspenso la cualificación política de la vida, aparatos situados témporo-espacialmente pero que afectan a otros actores; en Rancière, un espacio es desprivatizado afectando al conjunto del orden de la distribución entre lo público y lo privado; en el enfoque pragmatista ciertas acciones afectan a terceros que comienzan a movilizar nuevas asociaciones trascendiendo el espacio de la afección, redistribuyendo con ello el sentido de lo democrático; y en la propuesta cosmopolítica algo similar, el asunto va enredando a diferentes actores, la multiplicación de relaciones, la aparición de nuevos, dan vida al asunto transcurriendo por caminos generalmente concebidos como apolíticos.

Pero aun más cosas en común tienen estos enfoques y que me interesa resaltar (aquí nunca mejor dicho "cosas en común"). Uno de los aspectos centrales que los caracteriza es que la política no puede ser pensada sin lo material. En Agamben subrayaba el suplemento de politicidad que hace que una vida sea cualificada como mejor respecto a otra. La distribución de la ciudad, la construcción de espacios de cualificación hacen patente toda una arquitectura política vinculada con el lugar que ocupa cada quien en una trama productiva y reproductiva. En Rancière el orden de lo sensible no es solamente una simple impresión sobre el mundo sino que atañe a cómo se distribuyen las cosas signadas por los procesos de privatización, es decir por una manera particular de vincularse con las materialidades. La irrupción de la política se da en espacios que han sido privatizados, por tanto a los que se les ha limitado su condición política. En la perspectiva pragmatista, como bien explica Marres, el asunto es lo que produce el público, de ahí que sin asunto no haya tal. Esta perspectiva se focaliza en los objetos de preocupación. Como dice Latour objeto es por supuesto una palabra equivocada, Dewey habla de "*consecuencias inesperadas y desatendidas de acciones colectivas*" (Latour 2007b: 814). Se trata de complejos entramados de actores humanos, cosas, efectos, acciones que producen el enredado del cual emerge el público como actor democrático. Y en la propuesta cosmopolítica este enredado de cosas, de entidades tan variables como animales, virus, comunidades de vecinos, científicos, equipamientos técnicos, laboratorios, entre otros imaginables, se radicaliza trascendiendo el espacio de la deliberación.

Aunque suene redundante es necesario remarcar que la política se da fuera de espacios formalmente políticos. Las instituciones políticas formales forman fronteras de exclusion. En este sentido la política es la emergencia de lo ausente, de lo imprevisto, la formación de entidades que han sido excluidas de ciertos espacios y que reclaman su inclusion, ha de leerse aquí, performan su derecho, en un acto de jurisprudencia, de

ser parte de la definición de lo común. En Agamben ciertas instituciones que conforman el Estado operan como reguladoras de los privilegios ciudadanos, pero esta función rebasa la institucionalidad explícita de lo estatal para inmiscuirse en toda la trama social, estableciendo una zona de indistinción (Agamben 1999), es así como un aeropuerto o un estadio, como lo fue en el caso de los inmigrantes albanos encerrados en el estadio de Bari en 1991, pueden devenir instituciones de excepción que afectan no sólo a esos inmigrantes sino a todo el régimen de ciudadanía. En Rancière las instituciones políticas formales operan bajo la órbita de la policía cuya función es mantener el orden de lo sensiblemente distribuido. Es así como la política emerge en las fronteras de dichas instituciones, porque incluso éstas son aquello que hay que modificar para transgredir el orden de lo sensible. Esto se ve claramente en su famoso ejemplo que trabaja sobre Olympe de Gauges (¿son las francesas ciudadanas?) o en el caso de Rosa Parks que analizamos (Rancière 2006: 87-89). En el punto de vista pragmatista esto es aun más claro. Tanto en Dewey como en Lippman, el público emerge cuando las instituciones formales fracasan. Un asunto deviene tal cuando los medios políticos y técnicos de las agencias estatales son incapaces de dar respuesta a una problemática que comienza a afectar a terceros. El público es una respuesta a ese problema y es en su emergencia que irá produciendo asociaciones con otros actores, con otros arreglos materiales, para producir su propio conjunto de instituciones. En la propuesta cosmopolítica, la política transcurre en laboratorios, en las relaciones que éstos producen, en sus objetos de experimentación, en la protesta de grupos concernidos. Todo esto ocurre sin necesidad de ingresar en un parlamento, o en las oficinas de cualquier ministerio. Estos espacios no son excluidos pero no son imprescindibles para que emerja la política como práctica de construcción de lo común. De alguna manera, ciertas instituciones técnicas y científicas devienen límites de lo político cuando ocupan el lugar de las instituciones estatales.

Como vimos más claramente en Agamben, la política es una práctica de cualificación de la vida, pero no solo de ésta. La cualificación no es un acto de declaración, es una práctica sujeta a arreglos materiales, por tanto debe ser actuada y dicha actuación no sólo compromete a actores (humanos y no humanos) sino a los escenarios de actuación que conforman todo el entramado de la malla actoral. Lo que se cualifica es algo más que la vida como describe Aristóteles: se cualifica todo un orden material que rodea esa vida; se cualifica un entramado que compromete acciones, efectos, cosas, como pudimos apreciar a través del enfoque pragmatista; se cualifica todo el conjunto de prácticas, sus restricciones y potencialidades, como analizamos en el caso de Rosa Parks. La cualificación es la politización de una entidad, entendida siempre como inseparable del entramado que la conforma, es por tanto un movimiento de separación de su función técnica, la puesta en suspenso de su identidad asignada, la parte del todo que se revela reclamando para sí la constitución de ese nuevo todo. En este sentido la cualificación puede ser entendida como una traducción en el sentido dado a este término por la teoría del actor-red. Pero cualificar, por si quedan dudas, no sólo refiere a la cualidad de algo, sino también a su cantidad. Toda cualificación precisa de un quantum que le dé espesor y soporte, ese quantum está compuesto de todos aquellos pre-actores que se movilizan para y son movilizados en el proceso de suspensión de las identidades asignadas.

Como sumario, presento a la política como una experiencia de orden estético (referido al trabajo directo sobre formas) que afecta la constitución de ciertas ontologías particulares comunes a partir de encuentros agonistas. Es en un sentido microfísico, el afuera que desborda como potencia el umbral de lo posible definido dentro de los marcos de los dispositivos policiales. No obstante, como vimos, la política es distribuida, se relaciona directamente con las prácticas de resistencia, afectando los diagramas de poder que establecen relaciones estratificadas de dominación. La

relación dentro-fuera es quebrada por una continuidad infraestructural. Como vimos, la política emerge en un sustrato infraestructural con una cara volcada sobre un metastrato virtual, su potencia creadora, su potencial de actualización y de innovación. Materia in-forme y materia formada son las materias de la política, pero estas no son patrimonio exclusivo de ésta, lo que la diferencia de otras prácticas es el proceso de cualificación que describimos. La cualificación implica la suspensión de la identidad de una cosa para la redefinición identitaria del entramado que la comporta. Pero esto sólo es posible mediante la existencia de una infrapolítica que se diferencia de cualquier conceptualización subpolítica. Si todo es política, o cosmopolítica como dice Latour, pero de diferentes modos, los diferentes entramados tecnológicos que subsisten en nuestra cotidianeidad y que forman parte de lo que habitualmente se entiende como aquello que sostiene nuestras acciones (escenarios) se constituyen en entidades potencialmente políticas. La política no es una esencia, ni un conglomerado de instituciones, menos una cultura particular; si es, es un momento, un intervalo de suspensión de ciertos mundos tal como los conocemos. Y nuestros mundos están hechos de cosas que permanecen estables, la estabilidad es más que un mal necesario para el desarrollo de la vida, es parte constitutiva para la relación corte-flujo que caracteriza los procesos maquínicos, por tanto, la formación de agenciamientos pero, sobre todo, algo también contingente. En este sentido, la política implica una inteligibilidad ontológica, un darse cuenta que las cosas han cambiado o pueden cambiar.

Como hemos visto hasta el momento, la política implica un interjuego entre ausencia y presencia de actores, entre visibilidad e invisibilidad, y para abarcar todos los sentidos que se comprometen, entre sensibilidad e insensibilidad. Vimos que no sólo se actúa sobre un cuerpo sino sobre un entramado que los incluye y que su accionar no está dirigido sólo a la construcción de un mundo común, aunque a veces sí lo hace, sino a

mundos que pueden devenir comunes. Aunque la política en un sentido moderno apela a un único espacio, ya sea desde el que se plantean los problemas y las soluciones (por ejemplo el ágora o parlamento) y al que éstos se remiten aludiendo a un bien o mundo común, hemos visto que los espacios de la política son tan múltiples como los actores que en ella intervienen y los problemas que se plantean. También vimos que el carácter local y situado de las prácticas políticas no impide que éstas tengan efectos a distancia. Si esto último es posible lo es por el impulso agencial de las tecnologías que le son inmanentes (en el apartado IV se podrá ver esta afirmación ejemplificada en el servicio de teleasistencia). En el siguiente apartado quiero detenerme a pensar el cuerpo en un sentido amplio, incluyendo la presencia de cuerpos no orgánicos, y su relación con una de las fuentes y destinos a la vez de la política: la ciudadanía. A lo largo de esta primera parte hemos hecho alusión a este concepto por un lado como el resultado de la cualificación de la vida, y por otro, como el comienzo de la cualificación de una situación.

II. Cuerpo (y ciudadanía)

El cuerpo es una gran razón, una pluralidad dotada de un
único sentido, una guerra y una paz, un rebaño y un pastor
(Friedrich Nietzsche, Así habló Zaratustra)

El cuerpo como régimen de asociación

En el apartado anterior el cuerpo aparecía como uno de esos materiales de la política. Precisamente la asignación y la designación aparecían como procesos semiótico-materiales que contribuían a su delimitación. No obstante, el cuerpo que quiero presentar es precisamente aquel cuerpo cuyas fronteras son permeables y cuyos límites están en permanente disputa. Es un cuerpo que no distingue las composiciones orgánicas e inorgánicas, un cuerpo, como veremos más adelante, abierto a relaciones de conveniencia. En los dos casos estudiados y que soportan esta tesis, el cuerpo tuvo un rol importante. Por un lado, como un sustrato material a cuidar y con el que se cuida, y por otro, como el sustrato material de una figura que debe ser sostenida, el ciudadano de una conferencia de consenso. Así como su delimitación es política de diferentes maneras, su sostenimiento es cuidadoso, también por distintos medios. En este sentido, el cuerpo discreto sólo puede ser sustraído de un entramado por procesos complejos de extracción; muchas de nuestras disciplinas están entrenadas para esta tarea. Si traigo el cuerpo en este apartado es porque el cuerpo es el objeto de la política y el estrato carnal del sujeto de la política, sí, pero más que eso, y sobre todo, el cuerpo es la condición de asociación a la vez aquello que justifica dicha asociación de manera práctica.

En las últimas décadas, el cuerpo ha ido asumiendo una presencia viva y protagónica en muchas disciplinas, incluida la teoría política (Csordas, 1995; Latour, 2004b). Como Agamben (1998) muestra, la política, desde sus comienzos, ha estado vinculada con la vida cualificada (bios), y por ende con el cuerpo. Éste no puede ser considerado un simple hecho bruto de la naturaleza ni tampoco una mera entidad material sujeta únicamente a las reglas y a los avatares de las ciencias biológicas (Csordas, 1995). En esta dirección, como Rose (1998) sostiene, es necesario abandonar la idea común que el cuerpo es sinónimo de "carne" por una sencilla razón, el "cuerpo" está muy lejos de ser material y unificado del modo que lo pensamos. Si es material es por otras razones que intentaré explicar más adelante. Como Grosz afirma el cuerpo no es:

"...an organic totality which is capable of the wholesale expression of subjectivity, a welling up of the subject's emotions, attitudes, beliefs, or experiences, but is itself an assemblage of organs, processes, pleasures, passions, activities, behaviours, linked by lines and unpredictable networks to other elements, segments and assemblages" (Grosz, 1994:120 citado en Rose 1998).

Precisamente, los cuerpos son posibles en redes sociotécnicas, o dicho de otra forma, *"rather than speak of 'the body', we need to analyze just how a particular body-regime has been produced"* (Rose, 1998: 184). Pero aquí sociotécnico debe ser comprendido más allá de una perspectiva humana, entendiendo por socio cualquier tipo de asociación, en el sentido atribuido por Tarde (2006), y por técnico, el conjunto de procedimientos, habilidades y recursos empleados en la práctica por diversas entidades para la ejecución de un fin.

¿Qué puede un cuerpo? La pregunta spinoziana reinstalada por Deleuze aparece como la condición de posibilidad para pensar la estrecha relación que guarda el cuerpo con la

política. Lejos de ser elementos antagónicos, la política moderna se funda sobre la subordinación del primero a una abstracción que tiene como consecuencia la construcción de un *cuerpo político*, a la vez que el cuerpo funciona como la fuente de potencia de la segunda (en tanto que virtud) pero a su vez como el objeto sobre el que esta última actúa. Como enseña Agamben, esta operación implica, por un lado, la distinción entre una vida contenida en un tipo de cuerpo con capacidades especiales (habla y juicio moral, básicamente) que lo separan de otros cuerpos y, por otro lado, la construcción de aparatos de verificación y control que ponen en suspenso la calidad política otorgada a los cuerpos que son incluidos en esa categoría especial (como explicamos en el apartado pasado). Esto lo lleva a afirmar que toda política es siempre biopolítica dado que es indisoluble de la vida. Esta división lejos de responder a una descripción de la naturaleza de los cuerpos, es posible en un ambiente tecnológico específico que posibilita discernir y operativizar dicho discernimiento mediante operaciones específicas de clasificación, nominación, especificación, comparación y producción. Si un cuerpo es posible de ser definido de un modo u otro y si esa distinción es el origen mismo de la política, es porque el propio cuerpo contiene el atributo de ser conectado y desconectado de una forma o de otra. Esto se debe a que el cuerpo no es una unidad discreta cuyos límites están establecidos positivamente, tampoco se reduce a su 'carnosidad' ni a ser el objeto de una disciplina como la biología; el cuerpo, en tanto que tal, es conectivo y por ende inseparable de otro tipo de relaciones definidas como su ambiente. Esto conduce, como traté de explicar en el apartado anterior, a sostener que la cualificación no es sólo corporal sino además situacional (y aquí comprendo situación como la describía Dewey). Pero la duda spinoziana, *no sabemos que puede un cuerpo...*, aparece como un punto de partida metodológico que toma al cuerpo como el modelo para pensar y que contribuye a superar la brecha que separa el pensamiento de la extensión a través de la inclusión

del paralelismo como alternativa (Deleuze 2004), aportándonos herramientas para pensar el cuerpo en situación.

En un ensayo magistral sobre la historia del alambre de púas, Reviel Netz (2013) argumenta que el principal objetivo de aquella tecnología era, y aun lo sigue siendo, controlar el movimiento a través del dolor. Así el impedimento del movimiento se constituye en el eje central de la historia de la modernidad, movimiento que no es propiedad exclusiva de los cuerpos humanos. Desde aquellos rebaños de vacas salvajes en el Oeste americano, pasando por los cuerpos de los Boer atrapados por una diagramación territorial cuadrangular a base de alambre en Sudáfrica, hasta llegar a los campos de concentración Nazis y los Gulags soviéticos, el cuerpo ya sea animal o humano, ha sido colocado en el centro desplegando para su control una inmensidad de tecnologías. Pero como estos ejemplos ilustran, se trata siempre de agenciamientos particulares (carne-hierro, en el caso del alambre de púas) que presentan lo corporal en un sentido dinámico no así anatómico.

La relación entre cuerpo y política ha sido constitutiva de la noción moderna de la segunda. Así la imagen del Leviathan ilustrada en la primera edición del libro de Hobbes, nos enseña un cuerpo humano, un monarca, hecho de millares de pequeños cuerpos. La existencia de tal rey sólo es posible si se logra mantener sincronizados y coordinados esos millares. La subordinación de esta multiplicidad, aquella multitud, a un cuerpo bien organizado y dirigido se presenta como la obsesión de la política moderna. Como muestra de ello podemos detenernos en esta cita de John Locke:

“Pues cuando un número cualquiera de hombres, con el consentimiento de cada individuo, ha formado una comunidad, ha hecho de esa comunidad un cuerpo con poder de actuar corporativamente; lo cual sólo se consigue mediante la voluntad y determinación de la mayoría. Porque como lo que hace actuar a una comunidad es

únicamente el consentimiento de los individuos que hay en ella, y es necesario que todo cuerpo se mueva en una sola dirección, resulta imperativo que el cuerpo se mueva hacia donde lo lleve la fuerza mayor, es decir, el consenso de la mayoría. De no ser así, resultaría imposible que actuara o que continuase siendo un cuerpo, una comunidad, tal y como el consentimiento de cada individuo que se unió a ella acordó que debía ser. Y así, cada uno está obligado, por consentimiento, a someterse al parecer de la mayoría. Vemos, por lo tanto, que en aquellas asambleas a las que se ha dado el poder de actuar por leyes positivas, cuando un número fijo no ha sido estipulado por la ley que les da el poder, el acto de la mayoría se toma como acto del pleno; y desde luego, tiene capacidad decisoria, pues tiene el poder del pleno, tanto por ley de naturaleza como por ley de razón” (Locke 1990: 111-112).

El uso del cuerpo como metáfora, pero no sólo sino además como régimen de asociación, impregna gran parte de la política moderna. Este uso encierra al menos dos cuestiones que me parecen centrales: por una lado, la necesidad de controlar el movimiento de estos cuerpos autónomos como si fuera uno (un cuerpo de por sí tiende a moverse, la pregunta sobre la sujeción aparece en escena: ¿cómo hacer para que esos cuerpos se coordinen y vayan por el mismo camino?), y por otro lado, asociado a esto último, la idea de que todo cuerpo posee una estructura y un sistema donde algunos de sus componentes se subordinan a un órgano de dirección. En la cita, Locke, como buen anatomista político que es, sostiene que la fuerza de la mayoría aparece como aquella voluntad positiva y racional de todo cuerpo. Para que un cuerpo avance de manera coherente debe tener una sistema nervioso central (la fuerza de la mayoría en tanto que voluntad), una parte menor que la suma de todos sus componentes que logre alinear y seducir a cada uno de los millares de pequeños agentes que lo componen. Esta idea de un cuerpo finito y organizado continúa siendo

el paradigma de lo corporal en la política. Pero lo que esconde Locke son los modos en que se logra que esa multitud actúe como uno.

Pero este problema no es sólo de la teoría política sino que también de la sociología, como afirma Tarde en esta cita:

“El conocimiento científico siente tanto la necesidad de apoyarse ante todo sobre semejanzas y repeticiones que, cuando no las tiene a mano, crea unas –lo repito– imaginarias, mientras espera las verdaderas. Y desde este punto de vista hay que situar la famosa metáfora del organismo social entre muchas otras concepciones simbólicas que han tenido la misma utilidad pasajera” (Tarde, 2013 [1898]: 65).

Michel Foucault ha sido inspirador para toda una serie de estudios que se dedican, precisamente, a responder las preguntas nacidas de esa metodología del control unitario de los cuerpos y superar aquella imagen homogénea y ahistórica del cuerpo social. Los estudios sobre gubernamentalidad, ampliamente desarrollados a partir de sus ideas, han dado múltiples respuestas y aun siguen aportando insumos para comprender esta articulación. En Foucault, se puede ver bien claro en *Vigilar y Castigar* (1975), las disciplinas operan sobre el cuerpo inscribiendo en ellos toda una serie de códigos, pero también de formas que modifican su naturaleza, a través de su sujetamiento en espacios cerrados y en series temporales de conductas que se repiten con el propósito de hacerlos obrar como uno (anatomopolítica). Pero también, como lo explica en *Defender la Sociedad* (2001), a través de su argumamiento estadístico en conjuntos mayores, llamados poblaciones, pasibles de ser controlados como un gran rebaño pero esta vez uno en el que el cordero prescinde del pastor para ello (biopolítica). El cuerpo aparece como un material que puede inscribirse y a la vez como una materia inscripta que puede agruparse; ambos procesos son correlativos y operan en conjunto de manera coordinada. Entre la especificación y la generalización de esos

cuerpos reside la gubernamentalidad como metodología de constitución del cuerpo social.

¿Cómo desembarazarnos de la idea que marca la existencia de un gran cuerpo, que subsume a la sociedad en la metáfora biológica homogeneizando la multiplicidad de asociaciones que se establecen para sostener figuras tan sólidas como ésta? Para el bien de nuestros oídos, para el bien de nuestro pensamiento, existen otras formas de concebir el cuerpo y su relación con la política, que nos permiten escapar del predominio liberal al que ambos elementos han sido expuestos. Ya no *ello* como un instrumento subordinado a la racionalidad, ya no *ello* como un territorio anatómicamente definido. El cuerpo aparece como algo que se compone y se descompone en relación a otros cuerpos y a sí mismo. En esta dirección la relectura que hace Deleuze sobre el pensamiento de Spinoza aporta algunas herramientas prácticas para utilizar, no sólo la idea del cuerpo, sino el cuerpo en la política, modificando sus alcances y dimensiones. Apoyándose en una ética inmanente, en contra de una ética trascendental basada en el Bien y el Mal, Spinoza coloca su atención en las relaciones de necesidad que se producen en los encuentros de los cuerpos. Ya no el Bien y el Mal como árbitros morales que rigen las relaciones corporales (esto lo pudimos ver en Aristóteles), sino lo bueno y lo malo como efecto de (des)composición.

"Lo bueno tiene lugar cuando un cuerpo compone directamente su relación con la nuestra y aumenta nuestra potencia con la parte suya, o con todo entera. Por ejemplo, un alimento. Lo malo tiene lugar, para nosotros, cuando un cuerpo descompone la relación del nuestro, aunque se componga luego con nuestras partes conforme a relaciones distintas a las que corresponden a nuestra esencia, como actúa un veneno que descompone la sangre" (Deleuze 2004: 33)

La composición aparece como un proceso en el que la conciencia, tan cara para la constitución de la política moderna, queda a un lado perdiendo su rol central en la tarea de asociación. Un cuerpo se compone a través de los encuentros parciales que realizan pequeños corpúsculos entre sí, cuyos límites identitarios son definidos en la propia relación. Es así que *"No nos inclinamos por algo porque lo consideramos bueno, sino que, por el contrario, consideramos que es bueno porque nos inclinamos por ello"* (Spinoza, *Ética* III, 9, esc. citado en Deleuze 2004).

De estas ideas se desprende la noción de conveniencia desarrollada por Spinoza. La conveniencia aparece como el principio de composición que rige el gobierno de las pequeñas partes que se unen para componer un cuerpo. Este esquema de pensamiento traslada el eje de la constitución de un cuerpo homogéneo a un registro múltiple hecho de intensidades, afectos y efectos. Como afirma Deleuze:

*"Un individuo es primero **una esencia singular, es decir, un grado de potencia**. A esta esencia corresponde una relación característica; a este grado de potencia corresponde un **poder de afección**. Aquella relación, en fin, subsume las partes, este poder de afección se encuentra necesariamente satisfecho por las afecciones. De modo que **los animales se definen no tanto por las nociones abstractas de género y especie** como por un poder de afección, por las afecciones de las que son capaces, por las excitaciones a las que reaccionan en los límites de su potencia. La consideración de los géneros y las especies todavía implica una moral; en cambio la *Ética* es una etología que, para hombres y animales, sólo considera en cada caso su poder de afección. Ahora bien, precisamente desde el punto de vista de una etología del hombre, deben distinguirse en primer lugar dos tipos de afecciones: **las acciones que se explican por la naturaleza del individuo afectado y derivan de su esencia, y las pasiones, que se explican por otra cosa y derivan del exterior**. El poder de afección se presenta entonces como potencia de acción en cuanto que se*

le supone satisfecho por afecciones activas, pero también como potencia de pasión en cuanto lo satisfacen las pasiones. Para un mismo individuo, esto es, para un mismo grado de potencia, supuestamente constante dentro de ciertos límites, el poder de afección se conserva asimismo constante dentro de sus límites, pero la potencia de acción y la potencia de pasión varían profundamente y en razón inversa' (Deleuze, 2004: 38, el resaltado de algunas frases corresponden al autor de esta tesis).

El cuerpo pierde su cualidad de esencia para ser definido como un grado de potencia, así sus límites ya no se definen por su pertenencia abstracta a una especie o conjunto sino por sus capacidades de afectar y de ser afectado. De este modo, la conveniencia es el resultado de la afección de un cuerpo o partes de uno por otro cuerpo o partes de este otro, pero no de cualquier afección sino de ellas que son productos de encuentros buenos. Este principio encierra la idea que la estabilidad y la forma durable de un cuerpo es producto de los encuentros parciales que se realizan en su devenir. La duda spinoziana puede traducirse en la siguiente pregunta: ¿qué le conviene a un cuerpo? Si el cuerpo puede ser inscripto, como en el ejemplo de la disciplina, es porque su intensidad en tanto tal lo permite, el ejercicio, la dieta, el despertarse por la mañana, el uso del uniforme, entre otros son elementos que convienen en esa relación. Como dice Serres, para que un cuerpo sea inscripto debe ser un material lo suficientemente blando pero a la vez lo suficientemente duro para poder trazar sobre él. La composición y la descomposición no son morales, sino que tienen que ver con la continuidad o el cambio ontológico del cuerpo compuesto (su esencia en un sentido spinoziano). En un pasaje conocido de la *Ética*, Spinoza afirma que más se parece un caballo de carga a un asno que a un caballo de carrera. No se trata de formas anatómicamente definidas sino de intensidades que se combinan con otras intensidades. A fin de cuentas un caballo de carrera no es sólo el cuerpo delimitado por la epidermis del caballo ni su pertenencia a la especie *equus ferus caballus*, sino

también la alimentación de ese caballo, el entrenamiento, y la relación que se establece con su jinete así como la función que se le impone a sus carnes, entre otras cosas, es decir la serie indefinida de relaciones determinadas de conveniencia. De esta manera, la conveniencia aparece como un concepto simétrico para pensar el cuidado y la política, otorgándole al cuerpo otro lugar distinto como régimen de asociación.

El cuerpo como práctica

Esta idea del cuerpo propuesta por Spinoza amplía los horizontes conceptuales para entender la relación corporal. Como afirman Mol y Law (2004), sabemos que el cuerpo vivo es definido tanto como un objeto que como un sujeto. Es objeto cuando es manipulado, observado, evaluado mediante diferentes tecnologías; cuando se convierte en aquello que atañe y ocupa a la medicina o al deporte, por ejemplo, cuando es cuantificado, fragmentado anatómicamente en pro de un mejor rendimiento (deportivo, laboral, médico, militar). Y este cuerpo-objeto puede ser sentido como tal por un sujeto, por ejemplo, cuando las manos del doctor lo palpan. Pero el cuerpo vivo también es sujeto, es nuestra condición primera para decir que pertenecemos a la especie humana; su reconocimiento es fundamental para la presencia del sujeto como modo de acción y de percepción característico de nuestra época. En este sentido, el cuerpo aparece como la condición carnal de nuestros modos de existencia, esa parte biológica, inconsciente a través de la cual experimentamos sensaciones de angustia, alegría, rabia, etcétera. Lo interesante de esta distinción es que mientras el cuerpo-objeto es expuesto públicamente (pensemos en las imágenes de guerra, en las noticias deportivas, o en una sala de espera de un hospital), el cuerpo-sujeto aparece reservado a la dimensión de lo privado (¿cuántos secretos guardamos sobre nuestros cuerpos, cuántos pliegues, protuberancias, ondulaciones nos avergüenzan o

sencillamente cuántas singularidades preferimos mostrar sólo a unos pocos o directamente a nadie?). Así tenemos un cuerpo-objeto público, el cuerpo que se expone, y somos un cuerpo-sujeto privado, aquel que constituye nuestra intimidad (Mol and Law 2004: 43); bien podría agregar, en un guiño a Foucault, que esta doble distinción operativa y existencial se sitúa en el registro de las prácticas de gubernamentalización antes comentadas. Lejos de responder a algo natural, como si esta frontera existiera de por sí, la distinción ha sido posible y ha sido articulada por el trabajo de disciplinas como la filosofía, la antropología, la sociología y la medicina; a fin de cuentas, la emergencia del cuerpo-objeto propio de la ciencia ha producido su par, el cuerpo-sujeto como medida de contemplación individual.

Esto que parece tan evidente, la separación del cuerpo como sujeto y objeto, no ha sido siempre así. Mol y Law nos recuerdan que, en *El Nacimiento de la Clínica*, Foucault (1989) muestra cómo esta arquitectura del cuerpo fue una invención posible del siglo XIX mediante la introducción de nuevas tecnologías de observación. La enfermedad deja de ser una entidad autónoma que afecta el cuerpo y que es inferida por el médico a través de escuchar al paciente o analizada cuando el cuerpo ha muerto. El nuevo cambio epistémico implica que ahora el tejido, lo que está bajo de la piel, puede ser observado, prescindiendo de la experiencia del paciente mediante la inclusión de nuevas tecnologías. En este contexto, lejano a aquel siglo XIX, el desafío es el siguiente: ¿cómo conciliar la mirada experta y objetiva del especialista acerca del cuerpo que se tiene, de la mirada experiencial y subjetiva de quien es un cuerpo? ¿Cómo pensar otro tipo de relación que escape del atolladero del punto de vista subjetivo y el objetivo, o dicho en otras palabras cómo reducir el quiebre instalado entre tener un cuerpo y ser un cuerpo? (Mol and Law 2004).

Si planteamos este problema propio de la relación de la medicina con el cuerpo a partir del trabajo de Mol y Law, es porque dicho problema nos plantea dos planos, a tener en

cuenta, para pensar la política desde el cuerpo: por una lado, la relación de experticia que se establece en su objetivación, deviniendo el cuerpo en material que puede ser gestionado, y por otro, el modelo de cuerpo que subyace en la propia definición del cuerpo político. Para salir de tal atolladero, Mol and Law nos proponen pensar el cuerpo que hacemos, privilegiando la acción por encima del conocimiento como respuesta epistemológica a la fractura impuesta:

"We all have and are a body. But there is a way out of this dichotomous twosome. As part of our daily practices, we also do (our) bodies. In practice we enact them. If the body we have is the one known by pathologists after our death, while the body we are is the one we know ourselves by being self-aware, then what about the body we do? What can be found out and said about it? Is it possible to inquire into the body we do? And what are the consequences if action is privileged over knowledge?" (Mol and Law 2004: 46).

El privilegio de la acción implica reconocer el conocimiento como una práctica más que forma parte de este hacer cuerpo. Son diferentes tipos de prácticas las que confluyen en este proceso. Aquí cobra relevancia el concepto de *enactment* propuesto por Anne-Marie Mol. *Enactment* es definido por ella como un proceso de constitución de entidades mediante diferentes prácticas. Así describe el propósito de su libro *The body multiple*:

"(...) this is a book about the way medicine enacts the objects of its concern and treatment (...). Thus, unlike many other books on medicine and its processes, this one does not speak of different perspectives on the body and its diseases. Instead it tells how they are done. This means that the book comes to talk about a series of different practices. These are practices in which some entity is being sliced, colored, probed, talked about, measured, counted, cut out, countered by walking, or prevented. Which

entity? A slightly different one each time. Attending to enactment rather than knowledge has an important effect: what we think of as a single object may appear to be more than one' (Mol 2002: VII).

Las ideas de devenir y multiplicidad están contenidas y presentes en esta definición. Un objeto que va cambiando de forma a partir del desarrollo de las distintas prácticas que lo conforman; pero a su vez un objeto que no es uno sino muchos. *Enact* aparece como un proceso/acontecimiento que mediante la realización de diferentes prácticas provoca que las entidades vayan cambiando de formas, emergiendo nuevas y desapareciendo otras. Uno bien podría decir que ya existe un concepto para definir esto, performatividad, pero Mol presenta sus reparos al respecto:

"But then again, the performance metaphor has some inappropriate connotations as well. It may be taken to suggest that there is a backstage, where the real reality is hiding. Or that something difficult is going on, that a successful accomplishment of a task is involved. It may be taken to suggest that what is done here and now has effects beyond the mere moment—performative effects. I don't want those associations to interfere with what I want to do here: to shift from an epistemological to a praxiographic inquiry into reality. So I need a word that doesn't suggest too much. A word with not too much of an academic history. The English language has a nice one in store: enact. It is possible to say that in practices objects are enacted. This suggests that activities take place—but leaves the actors vague. It also suggests that in the act, and only then and there, something is—being enacted. Both suggestions fit in fine with the praxiography that I try to engage in here" (Mol 2002: 32-33)

El *enactment* es situado, el trasfondo o backstage forma parte de la acción, es inmanente a ésta. No se trata sólo de la acción de unos sujetos sino que se centra en cómo diferentes prácticas producen efectos en y movilizan diferentes entidades a la

vez que las construyen (incluso como afirma, los sujetos adquieren formas imprecisas y vagas). El significado de *enact* en inglés, ese objeto de su inmensa tienda, refiere a actuar (to act), a tomar lugar (to take place), a poner en práctica (to put into practice) y a hacer (to make). En castellano la traducción literal sería promulgar, pero dicha traducción pierde todo el sentido y la riqueza que posee *enact* en inglés. En este sentido, es más oportuno introducir un neologismo, enactar, ya de uso común entre la comunidad STS en castellano, para hacer referencia al concepto propuesto por Mol. Pero centrándonos en su uso, adquiere sentido sólo si se lo emplea para descentrar los objetos de la epistemología colocando su producción en el eje de las prácticas, la investigación praxiográfica (praxiographic inquiry) a la que Mol alude.

Pensar el cuerpo desde la práctica implica pensar las diferentes relaciones que se establecen en torno a una entidad, supuestamente definida, pero que es producida en diferentes conjuntos de acciones que afectan sus estados de composición (esto implica ser fiel al cuerpo como modelo propuesto por Spinoza y asumiendo que esas relaciones son de conveniencia). También, conlleva concebir que aquellas entidades que serán estudiadas no estén dadas como un todo homogéneo, cerrado y concluido, sino todo lo contrario:

"[...] knowledge-in-practice involves yet more of the body – such as hands that have to manipulate and should not shake too much. Other ways of enacting hypoglycaemia depend not only on the hands, but also on the biting mouth, the digesting intestines and the sugar metabolism of each individual cell. Enacting hypoglycaemia involves the whole body. But this body is not a well defined whole: it is not closed off, but has semi-permeable boundaries" (Mol and Law 2004: 51).

Asumir que el cuerpo no es una entidad cerrada y hecha de una vez por todas (al respecto no habría quien pudiera objetar esa sentencia) tiene como consecuencia

tomarlo como una entidad en constante relación con otras entidades. No obstante esto no implica concebirlo de manera fragmentada o difusa, o como dice Mol en relación a su objeto: *"In practice the body and its diseases are more than one, but this does not mean that they are fragmented into being many"* (Mol 2002: VII).

Como hemos visto, este cuerpo no es sólo cuerpo, arrastra consigo una serie indefinida de relaciones con otros seres y cuerpos. El cuerpo, en tanto que singularidad, como dice Deleuze, es una intensidad que no conoce de un tipo particular de material más que esos que les conviene o aquellos que los descomponen cambiando su esencia.

El cuerpo de la ciudadanía

Vimos como en Locke la metáfora del cuerpo aparecía como una forma de persuadir el movimiento de múltiples cuerpos como si fueran uno. Asimismo, cómo el cuerpo ocupa un lugar central en los procesos biopolíticos. Dice Foucault al respecto:

"Society's control over individuals was accomplished not only through consciousness or ideology but also in the body and with the body. For capitalist society, it was biopolitics, the biological, the corporal, that mattered more than anything else" (Foucault 2000: 137).

El cuerpo aparece como un material privilegiado al momento de producir ciudadanos. Esta categoría contemporánea en su nacimiento al propio capitalismo, se constituye en un elemento central para la definición de las sociedades modernas. Como afirma Tarde lo que diferencia a las sociedades primitivas de éstas últimas es que en las primeras la relación del cuerpo con el entorno es más inmediata, la creencia y el deseo están al servicio de los impulsos vitales; en cambio, en las sociedades modernas, un individuo puede subordinarse y devenir una pieza de una gran maquinaria sin necesidad de

saber para qué lo hace (Tarde, 2006). Este segundo cuerpo se ha modificado, sus fuerzas de afirmación y voluntad han sido sustraídas por otro cuerpo, un cuerpo mayor que no es la suma de pequeños cuerpos como nos hace creer la mitología liberal, sino que es un cuerpo distribuido, que actúa desde la distancia y a distancia ayudado por la conveniencia de las tecnologías (quienes redefinen las relaciones causales a pesar de la lejanía). Precisamente de este tipo es el cuerpo del ciudadano.

“Existe una contradicción inadvertida en pretender, de una parte, que un organismo es un mecanismo formado en virtud de leyes puramente mecánicas y, de otra parte, que todos los fenómenos de la vida mental (...) son puro productos de la organización, creados por ella y no existiendo antes de ella. Si en efecto el ser organizado no es más que una admirable máquina, debe serlo como todas las otras, en las cuales no sólo ninguna fuerza nueva, sino tampoco ningún producto radicalmente nuevo podría ser creado en virtud de las más maravillosas disposiciones de engranajes. Una máquina no es más que una distribución y una dirección especial de fuerzas preexistentes que la atraviesan sin alterarse especialmente. Ella no es más que un cambio de forma dada a los materiales brutos que recibe de afuera y cuya esencia no cambia” (Tarde 2006: 43).

Tarde nos da otra versión del paralelismo llevando la conveniencia a un plano maquinal, de las funciones y los destinos de las pequeñas cosas. La simetría entre las máquinas y los organismos trasciende la metáfora, ambas pertenecen al plano de las intensidades y comparten elementos similares. Estas características son las que permiten a un viviente conectar convenientemente y, ahora puedo agregar, maquinalmente con una entidad inorgánica. De este modo la identidad de las entidades o cuerpos es apenas un momento, un apéndice de la continuidad funcional de los agenciamientos materiales basada en la diferenciación.

Vimos cómo son necesarios ciertos procesos de cualificación, no sólo sobre las vidas sino también sobre las cosas, para definir aquello que es común (política) y cómo esos actos de cualificación actúan sobre, a partir de, y producen entidades comunes que se definen a través de sus límites e interacciones (cuerpos). La noción de ciudadanía, tan cara para la política moderna, aparece como un proceso que unifica los anteriores o si se quiere como el producto/proceso de la modernidad en esta relación entre los modos de emergencia de lo común y los límites y la potencia de la vida. Por un lado, posee una dimensión normativa asociada al control de la multiplicidad expresada en la multitud, a la construcción de la nación como cuerpo unitario, a la instalación de la ley como sujeción formal; por otro, una dimensión productiva que posibilita el reconocimiento de la democracia como condición para la emergencia de la política, la pertenencia a ciertos valores y el disfrute de ciertos bienes y libertades. La universalización de la ciudadanía es reciente y coincide en todo sentido con la propia expansión de Occidente en el mundo pero, y he aquí un matiz, con la salvedad de que esa expansión sólo es una ficción etnocéntrica, y que si una imagen ilustra esta extensión es la de una miríada de encuentros expandidos en el mundo entre formas europeas y formas otras y sus múltiples traducciones (un mestizaje global).

En este sentido vale afirmar que este proceso de ciudadanía lejos de ser unívoco y lineal, es múltiple en todo sentido: existen diferencias entre distintas formas de ciudadanía en el mundo, pero también al interior de cada sociedad se expresan y realizan múltiples maneras de ser ciudadano. Hablar del ciudadano con mayúscula, género y de forma singular, sólo es posible en cuanto abstracción. Cuando el concepto, la idea, se usa de ese modo en un proyecto político, sea cual sea su tamaño, escala o capacidad de afectación, tiende a responder a un marco, una acción homogeneizante, cuando no a su crítica. Es una palabra que suele estar en leyes, discursos de políticos, promotores de participación, en la letra de muchas políticas públicas, en proyectos de

investigación; bastaría un simple análisis del discurso para entender cómo su uso suele, y este *suele* es sólo para dejar un margen de incertidumbre, asociarse a estrategias de reducción de la multitud, de silenciamiento de la diferencia, con miras a generar el cuerpo que Locke reclamaba.

Inspirado en el análisis que Aihwa Ong (2007) hace del neoliberalismo como una tecnología móvil, me gustaría dejar por sentado que la idea que manejo de ciudadanía no responde ni a un sistema de alcance mundial, ni a una forma universal, sino a un conjunto de prácticas que enactan una identidad política asociada al Estado articulada a través de asociaciones contingentes y convenientes entre ciertos cuerpos. La ciudadanía no puede ser pensada sin las infraestructuras que interconectadas producen la forma-estado ni tampoco sin el régimen corporal que la sustenta. La población aparece como el efecto estadístico que posibilita el control de la multitud y la ciudadanía como la desagregación controlada del conjunto para propiciar el autodomínio como forma estratégica de efectivización de dicho control. Siguiendo la metáfora del cuerpo que tanto gusta a los fundadores del liberalismo, la ciudadanía es el nervio que cala hondo en los músculos de la multitud y permite el control del cerebro-estado, llámese gobierno. Pero aun así todo sigue redundando en una metáfora que huele a mito, porque el control absoluto es una heterotopía (im)practicable. En el ejemplo de Parks quise mostrar, entre muchas cosas, cómo la forma ciudadana posibilita el reclamo de ser parte de la sujeción estatal, pero a la vez se presenta como la posibilidad de liberación de otros dominios como el racismo, expresado en las políticas de segregación.

Pero a todo esto, ¿qué es un ciudadano? La respuesta por más sencilla que sea es problemática, son ciudadanos los sujetos libres. El oxímoron deja entrever la complicación. Sujeto, sujetado, súbdito asociado a la libertad como atributo es el motor de la paradoja. Deleuze había dicho que el diagrama de la polis griega eran

hombres libres luchando entre sí. Si algo tiene en común esta democracia liberal con aquella es precisamente centrar la cuestión del gobierno en el equilibrio de la lucha de esos sujetos libres.

Dada la complejidad del concepto y su amplio y propagado uso, la tarea de hablar sobre ciudadanía de manera determinante es imposible. En este sentido me centraré, al igual como hice con las nociones de política y cuerpo, en algunos apuntes que sean de utilidad para pensar el carácter performativo y material de la ciudadanía, a la luz del objeto de esta tesis. Devenir ciudadano es la preocupación central que me ocupa; esto implica descentrar la noción de un plano trascendental para dar cabida a distintos procesos y prácticas que son puestos en juego para que un cuerpo viviente devenga ciudadano. La historia podría resumirse fácilmente en la evolución de los derechos humanos, es decir en las sucesivas generaciones de derechos que se fueron sumando desde las revoluciones francesa y estadounidense, pero es más complejo que eso. Como vimos en el apartado I, la diferencia de naturaleza entre humanidad y ciudadanía es algo que no puede obviarse.

Siguiendo a Stengers, una definición de humano la podemos encontrar en Platón. Pueden considerarse tales, aquellos cuyas almas son movidas por la erótica del poder de las ideas, un poder que se distingue de la fuerza coercitiva. En esta dirección, prosigue, es bien sabido que las posturas platónicas forman parte de un movimiento antidemocrático que sostiene que la inmensa mayoría no está capacitada para gobernar al mundo y gobernarse y que sólo la guía del filósofo puede dar norte a aquellos que viven atrapados en la famosa caverna. Y aquí, lo específico que nos interesa del planteo de Stengers:

"However, we have also to recall that those who were allowed to take part in political debates in the Athenian democratic city were never humans as such, but citizens.

Plato's proposition, even if it was -meant to denounce democracy, is about humans and not citizens" (Stengers, 2010: 6)

Esta distinción resulta de suma utilidad para mi planteo. Aquellos que conforman la ciudadanía no son específicamente humanos, es más se diferencian de ellos, son otro tipo de formación. El cuerpo como especie ha devenido otro (un humano pertenece al género *zoon*), modificando sus atributos mediante la cualificación. La ciudadanía implica una serie de agenciamientos singulares asociados a normativas, prácticas y comportamientos singulares. Declaraciones universales de derechos y obligaciones, códigos civiles y penales, constituciones, sistemas de registros cívicos, carnet de identificación, prácticas habilitantes que se desprenden de los anteriores como poder recibir atención sanitaria o recibir instrucción, son algunos de esos componentes heterogéneos que conforman la ciudadanía como singularidad. No obstante, todos los atributos que pueden compartir los cuerpos enactados ciudadanos, la ciudadanía en tanto forma de existencia nunca alcanza el carácter universal que se le pretende.

Ong (2006) sostiene que es posible trazar ciertos cambios y mutaciones sufridos por el concepto de ciudadanía; la preeminencia actual de un paisaje siempre cambiante, conformado por flujos de mercados, tecnologías y poblaciones, desafía la noción de ciudadanía ligada al terreno y a la imaginación del estado-nación. Los diferentes elementos que la componían (derechos, deberes, obligaciones) comienzan a desarticularse entre sí y a rearticularse con fuerzas y estándares universalizantes que atraviesan el territorio del estado. En este sentido, las nuevas articulaciones entre elementos de ciudadanía y formas móviles sugieren que nos hemos movido más allá de la idea de la ciudadanía como estatuto protegido por el estado-nación así como condición opuesta a la condición de apátrida. Esta nueva ciudadanía cambiante, que se articula con nuevos flujos y que se desprende del dominio del estado, y que por ende transita fronteras de manera más fluida que antaño, se produce en lo que Aihwa Ong

denomina agenciamientos globales. Estos agenciamientos definen zonas de nuevos reclamos y derechos políticos. Pero bien, podría afirmar que la mutación que la autora describe lejos de ser un fenómeno actual ha sido una fuerza inmanente propia de la ciudadanía desde sus comienzos. Si algo ha mutado, en los términos que Ong los define, ha sido la imagen estabilizada de la ciudadanía, la cual halló su umbral de esplendor en la postguerra.

Olympe de Gouges, en medio de la ebullición naciente del concepto moderno de ciudadanía, ya denunciaba el carácter restrictivo del mismo: *Si las mujeres tienen el derecho de morir en la guillotina como ciudadanas, ¿por qué no tienen el derecho de vivir como tales?* Como he intentado explicar en el primer apartado, la ciudadanía opera como un límite móvil –de ahí que la mutación le sea inherente–, y ese límite, topológicamente, atraviesa los cuerpos en umbrales de intensidad variable, y topográficamente se produce en agenciamientos concretos. Como bien explica Ong (2006) no es lo mismo ser ciudadano en el sureste asiático que en un campo de refugiados en África; mientras que en el primero lo que está en juego es cómo adaptarse a las tendencias de flexibilización signada por los mercados globales, en el segundo lo que se juega es el reconocimiento como humano. Como se ve en los ejemplos, las intensidades varían en función de los arreglos materiales singulares que las componen. Lo interesante del planteo, y aquí creo es donde reside su preocupación por la mutación, es el descentramiento de la figura del estado-nación.

"Government is no longer interested in taking care of every citizen, but wants him/her to act as a free subject who self-actualizes and relies on autonomous action to confront globalized insecurities. There is thus a fundamental shift in the ethics of subject formation, or the ethics of citizenship, as governing becomes concerned less with the social management of population (biopolitics) than with individual self-governing (ethico-politics) (Rose, 1999)" (Ong, 2006: 501)

Lo que le interesa subrayar a Ong es que esta eticopolítica, caracterizada por el autogobierno, sólo es posible a merced de los agenciamientos globales. Precisamente este cambio inaugura una nueva manera de pensar la ciudadanía. Ya no se trata de una fuerza homogeneizante caracterizada por la operación de tomar una diferencia y convertirla en el modelo, sino en universalizar las diferencias como una estrategia de flexibilización global que posibilite la mayor cantidad de conexiones posibles con aquellas fuerzas y estándares universalizantes que comenta (asociados principalmente a la capacidad de flujo de los mercados).

Aun se trata de cuerpos puestos a producir. Como enseña Foucault, existe una íntima relación entre el surgimiento de las sociedades capitalistas y el nacimiento de la biopolítica. El nacimiento de la ciudadanía no puede pensarse como ajena a estos procesos. Es más, se constituye en el elemento clave de la gubernamentalidad. Pero si, como afirma Rose, el proceso biopolítico se ha agudizado al punto que ahora podemos hablar de una eticopolítica y aquél, como muestra Ong, poco a poco, se ha ido descentrando del estado, redistribuyéndose de manera múltiple por el territorio, no debemos dejar de atender los nuevos procesos de ciudadanía.

He aquí el quid de esta tesis, la ciudadanía ya no puede ser pensada y presentada como una sustancia homogénea, sino como un proceso heterogéneo, deslocalizado cuyo esfuerzo de producción es constante ya no de una vez por todas. Por ende, es dificultoso hablar de ciudadanía cuando a lo que nos enfrentamos es a múltiples procesos de ciudadanía. Esto, desde una perspectiva etnocéntrica puede sonar a revelación, pero a caso, ¿no es lo que han vivido permanentemente las vidas marginales? (el margen aquí no es otro que el que definen los límites de los aparatos de verificación) ¿No es lo que mujeres como Olympe de Gauges o Rosa Parks han denunciado en sus gestos políticos? ¿No fueron los campos de concentración, los Gulags soviéticos, una muestra clara y contundente de esta contingencia?

En el apartado primero hablé de aparatos agóricos así como de dispositivos de verificación. En el ejemplo de Parks presentado por Rancière, intenté explicar cómo la ciudadanía aparece como algo que debe ser disputado, pero no sólo discursivamente, sino de forma material. El ideal moderno insiste en mostrar un mundo natural y social puros, pero lejos de eso, las impurezas forman parte del paisaje cotidiano. Ahora bien, si la ciudadanía es algo que no es dado de una vez por todas, sino algo que hay que demostrar, además de sostener, pero a su vez puede ser algo que no se tenga y que se consiga, ¿cómo ocurre este pasaje, esta transición entre no ser y ser ciudadano?

III. Infraestructuras de ciudadanía

La infrapolítica o pensar la política de manera infraestructural

Como he intentado mostrar, la materia es inherente a la política, al cuerpo y a la ciudadanía. Una contribución de los STS a la Ciencia Política y a la Teoría de la Democracia, debe ir en la siguiente dirección: aportar herramientas conceptuales y empíricas que posibiliten analizar los procesos materiales, semióticos y colectivos que enactan las prácticas políticas, sus sujetos, sus objetos, escenarios y devenires, a la vez que aportar insumos para pensar formas novedosas de involucramiento de actores tanto humanos como no humanos.

La preocupación de los STS por la política no es novedosa. Desde un comienzo los estudios de laboratorio dieron cuenta de cómo la práctica científica era también una práctica política (Latour y Woolgar, 1995); más recientemente, interesados por el involucramiento ciudadano, muchos estudios fueron realizados centrando sus preocupaciones en el involucramiento de la ciudadanía en temas tecnocientíficos, en el denominado giro participativo (Jasanoff, 2003); o a través del seguimiento de grupos de personas movilizadas por su aficción, dieron cuenta de novedosas modalidades de ciencia ciudadana que unían en su hacer ciencia, tecnología y política (Epstein 1996; Callon y Rabearisoa, 2003). Este acercamiento a la política ha abierto varias reflexiones al respecto. Como veíamos en el apartado I, autores como Dewey y Lippmann, ambos preocupados por la cuestión de la democracia, fueron puestos recientemente en diálogo con los desarrollos STS sobre la participación pública (Marres

2005, 2007). Eso ha llevado a redefinir la política más allá de los espacios instituidos políticos hacia otros ámbitos de la vida, especialmente en aquellos que incumben a las prácticas científicas y tecnológicas (Latour 2007b). Si bien los estudios de ciencia y tecnología desde sus inicios han girado en torno a la política como práctica de conformación de mundos comunes, el campo propuesto aun sigue abierto para nuevas especulaciones, preguntas, respuestas y experimentaciones.

Un ejemplo de ello, lo podemos encontrar en la propuesta del parlamento de las cosas de Bruno Latour (2013), en un intento por extender el derecho de la ciudadanía a las cosas. Esta propuesta se deriva de comprender la formulación de los hechos científicos teniendo en cuenta la agencia de los actores no humanos: *"when agencies are introduced, they are never presented simply as matters of fact, but always as matters of concern, with their mode of fabrication and their stabilizing mechanisms clearly visible"* (Latour, 2004: 246). Concebir así el *matter of fact*, trae implícito la inclusión de las cosas en la política. Los STS, en esta dirección, han aportado en demasía para que los objetos devengan "ciudadanos libres" mostrándolos como mediadores (en el apartado IV este aspecto será desarrollado con mayor detenimiento). De este modo, los actores materiales son dotados de la capacidad de traducir aquello que transportan (Latour 2001; 2007). Esta postura golpea en el medio de una perspectiva de la política basada en lo humano, su consecuencia es hacer sensible la capacidad política de las cosas para la composición del mundo. De este modo, una perspectiva política orientada hacia las cosas les dota de voz como cualquier actor político más. Como dice María Puig de la Bellacasa, respaldándose en Latour *"They ask in a more democratic fashion: 'How many are we?' in order to include in this 'we' the often misrepresented non-humans, who are also participants in public life (Latour, 2004c)"* (Puig de la Bellacasa, 2011: 87-88).

Al respecto, Michel Serres aporta su grano de arena a esta declaración de los derechos de las cosas:

"La Declaración de los derechos humanos ha tenido el mérito de decir: 'cualquier hombre', y la debilidad de pensar: 'sólo los hombres' o los hombres solos. Aún no hemos establecido ninguna balanza en la que el mundo sea tenido en cuenta en el balance final" (Serres, 2004: 67)

Siguiendo esta tradición, Marres y Lezaun (2011) proponen hacer lo mismo que hicieron los estudios de laboratorio con la ciencia, pero esta vez con la ciencia política. Su propuesta parte de una perspectiva orientada en objetos que se aleja de las formas tradicionales de entender y hacer política basadas en el predominio del sujeto y de lo discursivo. Así advierten que el tratamiento de la política por parte de los STS, si bien ha sido importante para el reconocimiento político de las cosas, ha girado en torno a una suerte de subpolítica, donde el papel de los objetos ha quedado subordinado a la constitución de sujetos. En esta dirección reclaman que los objetos sean tratados de manera simétrica con respecto a los actores humanos, reconociéndoles sus *capacidades políticas y morales explícitas*. Más allá de si uno puede estar acuerdo con su diagnóstico (por ejemplo, el modo en que conciben ciertos estudios post-foucaultiano o el ímpetu como presentan su propuesta como un planteo novedoso), el lanzamiento de su propuesta, o relanzamiento, insita a pensar nuevas modalidades de involucramiento y participación política no centradas ni en lo humano ni en lo discursivo, incluyendo no sólo a las cosas como actores con capacidades morales y políticas explícitas sino también a los escenarios donde estas situaciones transcurren.

Seguir a los actores y más recientemente seguir a los asuntos (issues), como algo derivado de lo anterior, ha sido la tarea casi obsesiva que se ha impuesto para sí la ANT o al menos parte de ésta. En un movimiento contraintuitivo, a contracorriente de

este afán de rastrear las marcas y los pasos de los actores, me pregunto si todas las cosas pueden seguirse, si no hay cosas que nos siguen y si toda la acción a rastrear transcurre exclusivamente en el espacio de la trayectoria. John Law (2002) introduce un elemento interesante: si el actor-red puede ser seguido es porque lo hace por el espacio euclidiano, espacio que de por sí posee su propia ontología. Del problema de la red como composición del mundo en un solo plano, pasamos a la coexistencia de otros planos a través de la existencia múltiple de espacialidades. Cuando una red avanza en un trayectoria sobre el espacio euclidiano, definido como intersección de líneas, al mismo tiempo ambos son enactados. Los espacios de la fluidez entran en escena. El espacio ya no es el lugar por donde la red transita y se hace, sino aquello que es hecho de manera concurrente.

Hasta ahora hemos visto la cualificación de la vida y los cuerpos, la cualificación de las situaciones o las cosas; ahora me permito adentrarme a un dimensión que me parece importante conceptualizar: la cualificación de los escenarios. Existe una noción que puede ser de utilidad, si la misma es llevada al plano de la ontología relacional, para pensar el problema de la espacialidad en la política y el cuidado. Me refiero a la noción de infraestructura, la que he mencionado en el apartado I de manera lateral. Este término ha sido introducido principalmente por la antropología para estudiar las relaciones y los efectos que producen ciertas infraestructuras materiales y de información en las vidas. Susan Leigh Star (1999) las concibe como aquellas cosas que sostienen nuestras prácticas, generalmente presentadas como escenarios donde la acción transcurre. Por definición las infraestructuras son invisibles, pasan inadvertidas, precisamente porque esa es su función. Prestarles atención, como un aspecto importante de la organización humana, tan valioso como cualquier otro, implica quitarlas de su lugar de invisibilidad.

Al estudiarlas lo que se hace es estudiar una relación o un conjunto de ellas, nunca una "cosa"; infraestructura es un concepto fundamentalmente relacional que deviene infraestructura real en relación a prácticas organizadas (Star 1999). Precisamente, este concepto es operativo para dar cuenta de aquellas relaciones materiales que sostienen nuestras prácticas, dotándolas de durabilidad y permanencia. Estos procesos de duración se vinculan a la estandarización, es decir, a aquellos procesos normativos que sostienen o excluyen cualquier objeto o sujeto en un ensamblaje particular a través de la homogeneización normativa de las entidades (Star and Ruhleder 1996; Star and Bowker 2002).

Las infraestructuras, en tanto que concepto y realidad relacional, poco tienen que ver con la noción marxiana homónima; como Ferguson (2012) afirma, están más próximas a aquella idea que gestionan los ingenieros. En este sentido, las infraestructuras son las redes físicas a través de las cuales diferentes tipos de entidades como palabras, bienes, ideas, poderes, personas y finanzas, circulan. En este sentido, esta noción presta atención a aquellas cosas concebidas como el lugar donde la acción transcurre y los sujetos actúan. Si este concepto me importa es porque permite hacer sensible cómo los escenarios configuran, no sólo relaciones de poder e ideologías, sino también modos particulares de existencia. Prestar atención a las infraestructuras implica un giro conceptual y metodológico que posibilite sacarlas de lo bajo haciéndolas visibles. Este enfoque fue denominado por Bowker (1994) como *inversión infraestructural*. Esta inversión nos permite descomponer las interpretaciones hegemónicas del mundo, poniendo el acento en sus modos de composición. A la vez, posibilita interrogarnos sobre qué cosas hacen durable y perdurable ciertos procesos sociales y sus consecuencias.

Susan Leigh Star, en un artículo publicado en 1999, define las principales características de las infraestructuras. Éstas son las siguientes:

1. *Transparencia.* Las infraestructuras son transparentes con respecto a su uso, en el sentido que no tienen que ser reinventadas cada vez o ensambladas para cada tarea particular; no obstante la invisibilidad ayuda para que esas tareas sean llevadas a cabo.

2. *Alcance y ámbito de aplicación.* Puede ser tanto espacial como temporal, las infraestructuras tienen un alcance más allá de un simple evento o una práctica dada en un sitio particular.

3. *Su aprendizaje forma parte de la condición de membresía.* El tomar por dados los artefactos y los arreglos organizacionales es una condición *sine qua non* de membresía en una comunidad de práctica. Los extraños y los que no forman parte de ellas las encuentran como un objeto que debe ser aprendido. Cuando los nuevos participantes adquieren familiaridad con sus objetos, estos devienen miembros.

4. *Vínculos con convenciones de práctica.* Las infraestructuras tanto configuran como son configuradas por las convenciones de una comunidad de prácticas. Un ejemplo que da Star al respecto es el siguiente: generaciones de mecanógrafos han aprendido el teclado QWERTY; sus limitaciones y potencialidades son heredadas por el teclado del ordenador.

5. *Encarnamiento de los estándares.* Modificadas por sus propios alcances y en ocasiones por convenciones de uso en conflicto, las infraestructuras adquieren transparencia al conectarse a otras infraestructuras y herramientas de manera estandarizada.

6. *Son construidas sobre una base ya instalada.* Las infraestructuras no emergen *ex nihilo* ni surgen *de novo* cada vez. Ellas entran en pugna con las inercias de las bases ya instaladas y heredan sus fortalezas y limitaciones. Un ejemplo de esto puede ser

visto en el cableado transoceánico de Internet que hereda las líneas de cableado del telégrafo.

7. Devienen visibles cuando se rompen. Cuando fallan, se estropean o son rotas, la cualidad invisible de las infraestructuras deviene visible. En este sentido, la infraestructura se desinfraestructura y pasa a ser un problema.

8. Son fijadas en módulos incrementales, no de una vez ni de manera global. Debido a que las infraestructuras son grandes, construidas en capas y complejas, y porque ellas significan cosas diferentes a nivel local, nunca se cambian desde arriba. Los cambios toman tiempo y son producto de negociaciones en las que hay que tener en cuenta otros tantos ajustes con otros aspectos de los sistemas en los que están involucradas. Y lo que es más importante, que se deriva de lo anterior, nadie está realmente a cargo de ellas.

Pero el enfoque propuesto por Star y compañía redundaba en una aceptación tácita de la epistemología. Al ser concebidas la inversión infraestructural como un método de análisis y la infraestructura como una categoría relacional que se diferencia de las infraestructuras reales, se establece una cisura entre el acto de conocer y el objeto de conocimiento. Al mismo tiempo, hay implícitas en ellas una relación central de los aprendizajes. La membresía se define por un conocimiento tácito de su funcionamiento y alcances y el problema de la visibilidad e invisibilidad pasa a ser central para su reconocimiento. El trasfondo es un mismo objeto que es interpretado de múltiples maneras (flexibilidad interpretativa). Mi propuesta radica en pensar las infraestructuras como modos de infraestructuración de manera que nos aproxime a un uso pragmático. En lugar de concebir múltiples interpretaciones flexibles de estos entramados, reconocer la existencia de una multiplicidad de objetos, es decir diversas ontologías (Law y Singleton 2005).

En esta dirección, resalto el carácter relacional de este concepto, las infraestructuras son inseparables de las comunidades de prácticas que las habitan, hacen y son hechas en el uso, sí, pero también para los extraños que no las entienden, que se topan con ellas como objetos extraños o lo que sea, ya que actúan en la configuración de esos mundo singulares. Así como las infraestructuras dan forma a múltiples identidades, por ejemplo a los técnicos que las manipulan o a los diferentes tipos de usuarios que las usan, éstas deben ser mantenidas y cuidadas para posibilitar su existencia infraestructural. Su condición de *infra* es contingente e inestable y responde a un momento dado de su existencia y de las existencias que soporta. De este modo, más que hablar de infraestructuras es conveniente remitirse a procesos de infraestructuración. Aquello que es denominado como infraestructura es un momento dado en la estabilidad de ciertos procesos semiótico-materiales.

La *infrapolítica* es el trabajo de invisibilización material que realizan diferentes entidades, composiciones orgánicas e inorgánicas puestas al servicio para sostener ciertos conjuntos de prácticas. Si la subpolítica prestaba atención al trabajo político de aquellas entidades subordinadas para la producción de sujetos, la infrapolítica llama la atención sobre cualquier entidad, cuasi-objetos o cuasi-sujetos que conforman los escenarios donde otras entidades, sujetos, públicos, asuntos, etc., circularán. En cierto sentido infrapolítica refiere a aquella micropolítica que hace posible que las redes atraviesen los espacios euclidianos o, dicho de otro modo, es la política que las pequeñas cosas realizan para posibilitar el pensar y el desarrollo de los mundos comunes; la escenificación donde se posibilita ponerse en *presencia de* (Stengers, 2005).

Si la política es el trabajo de apertura de nuevos mundos (su desinfraestructuración), el cuidado es el sostenimiento de los mundos que habitamos (su reinfraestructuración). En el apartado dedicado al cuerpo, quise mostrar cómo estos, que no son sólo

entidades subordinadas a los enlaces orgánicos, deben ser cuidados para ser mediante relaciones de conveniencia (composiciones). De este modo, política y cuidado son las dos caras de la misma moneda, se trata de la acción de producir y sostener entornos habitables comunes. A continuación me detendré en definir algunos aspectos que hacen a las infraestructuras de cuidado y a las infraestructuras políticas.

Infraestructuras de cuidado

En los últimos años los cuidados han sido reconocidos e identificados como prácticas de orden político. Esto ha sido debido, sobre todo, a la insistencia del feminismo en denunciar el papel central que ocupan en el sostén de la vida cotidiana. Sus abordajes y análisis constituyen una de las preocupaciones centrales de este movimiento (Precarias a la Deriva 2006). Los cuidados pueden ser concebidos como aquellas prácticas que se realizan para el mantenimiento de la vida, generalmente renegadas al ámbito del hogar y atribuidos principalmente a las mujeres.

En un contexto de crisis de los cuidados (Orozco 2006), ocasionada básicamente por el envejecimiento de la población y por el ingreso masivo de la mujer al mundo laboral, los estados han venido buscando soluciones para enfrentar sus consecuencias. La *ley de Promoción de la Autonomía Personal y Atención a las personas en situación de Dependencia* en España es un claro ejemplo de esta clase de respuestas. Este tipo de acciones refuerzan su carácter político, reconciliándose institucionalmente sus dimensiones económicas y sociales. No obstante el reconocimiento político, la denuncia que hace el feminismo del papel subordinado de la mujer frente a los cuidados y el planteamiento técnico del problema por parte de los estados corren por carriles muy distintos (Abasolo 2010).

Quiero detenerme en los cuidados como prácticas y cómo esos cuidados se realizan en entornos materiales que los constituyen como tales. Precisamente, en el apartado IV, quien lee podrá encontrarse con un análisis acerca de cómo cuidar es una práctica que se realiza en un *agenciamiento*, aunque este concepto no aparece explícitamente. Lo que me interesa aquí resaltar, es que el cuidado es siempre una práctica situada que se vincula directa o indirectamente a otras prácticas. Como sostienen Mari Luz Esteban e Isabel Otxoa, en una entrevista realizada por Olga Abasolo (2010), el feminismo ha desvelado el mito del varón adulto independiente, lo que significa que ha explicado cómo la independencia de ese varón es construida y sostenida a partir de la invisibilización de sus relaciones de interdependencia. Así el cuidado es relegado a las sombras y delegado en actores (generalmente mujeres) que actúan tras ellas.

Dado el carácter invisible y su cualidad de ofrecerse como condiciones para otras cosas, el cuidado se presenta como una actividad infraestructural por excelencia. Desinfraestructurar el cuidado ha sido la estrategia que el movimiento feminista se ha planteado para su devenir político. El caso de la teleasistencia domiciliaria abordado en esta tesis es un ejemplo de infraestructuración que da cuenta de cómo la inclusión de tecnologías en el hogar reconfiguran, no sólo a las personas que lo habitan y que circulan por éste, sino también al propio hogar. Es así como el cuidado no sólo sostiene mundos sino que además los produce. Volviendo brevemente al ejemplo de la polis griega, trabajado en el apartado I, quise mostrar en su momento cómo era necesario la existencia del *oikos* como espacio destinado a la mujer y a la reproducción para que existiera el *ágora* (espacio de la ciudadanía libre masculina y ateniense). La política nace en ese quiebre cuando ciertos ámbitos y situaciones de la vida son cualificados de una manera y otros, de otra. Y en ese mismo instante nace la infrapolítica.

El cuidado no sólo se reduce a personas. Para que haya cuidado de otros se deben cuidar también las cosas. Cualquier práctica de cuidado está hecha de pequeñas cosas

y de pequeñas acciones que deben ser sostenidas a lo largo del tiempo. Uno de los ejemplos que abordaré más adelante, dentro del apartado IV, es, precisamente, cómo las usuarias cuidan de los artefactos que fueron introducidos en el hogar para cuidarlas a ellas. Cualquier práctica de cuidado implica movilizar múltiples objetos y relaciones, implica construir entornos de cuidado, agregando nuevas entidades, reconfigurando las relaciones del conjunto, con el propósito de que un entorno de vida sea sostenido. Cuidar de esos actores materiales es lo que posibilita que una persona pueda cuidar de otra pese a su distancia. En este sentido, la ausencia y la presencia del cuidado, así como la ausencia y la presencia en la política, es un problema de enfoque y de alcance; las prácticas antes de ser locales son localizadas y lo que se interviene en ellas no es una parte sino la totalidad virtual de la red y los espacios que se están enactando.

Hablar de infraestructuras del cuidado implica asumir que si el cuidado es una práctica política invisibilizada (infrapolítica), una vez que es invertida (politizada) es posible describir qué es aquello que la sostiene como tal (su infraestructura) que es a la vez su infrapolítica. Este enfoque infinitesimal (Tarde 2006; 2013) posibilita la apertura de mundos al infinito, ampliando los escenarios y las alternativas de construcción de nuevos mundos. Al dotar a las infraestructuras de política, éstas pierden su carácter de *condición de posibilidad* y devienen actores de pleno derecho en la danza agonista de la política.

Quizá esto es lo que incita a María Puig de la Bellacasa (2011) ha introducir la noción de *matter of care* en la trama de la tecno-ciencia en un intento por fomentar una ética del cuidado en los estudios de ciencia y tecnología. Cuando desde los STS se introduce la noción de *matter of concern*, las prácticas científicas y tecnológicas se reconfiguran como políticas (Latour 2004), favoreciendo una toma de conciencia de sus efectos éticos y políticos. Esta noción, dice Puig de la Bellacasa, nos aproxima a la noción de

cuidado. Sin embargo, advierte, el uso del cuidado en la noción de *matter of concern* de Latour posee un borde crítico que tiende a ser pasado por alto.

Para ello, da un ejemplo dado por el propio Latour, en el que él mantiene un diálogo con unos ambientalistas “enojados” con los conductores de los vehículos deportivos utilitarios. Allí afirma que necesitamos cuidar de nuestras tecnologías, incluso de aquellas que vemos como perniciosas, como frankeinstianas (Latour, 2005; citado en Puig de la Bellacasa 2011), llamando a los activistas fundamentalistas por su postura reaccionaria frente a este tipo de tecnología.

Dice María Puig de la Bellacasa al respecto:

“This dialogue thus also exhibits mistrust regarding minoritarian and radical ways of politicizing things that tend to focus on exposing relations of power and exclusion – here the angry environmentalist. To be fair, in terms of knowledge politics the problem that preoccupies Latour – and for a long time now (see, for example, Latour, 1996: 19) – is wider: the too-eager addition of ready-made causal explanations to local descriptions of a network. This technical argument becomes a tool to oppose descriptions and explanatory strategies that support minoritarian critical standpoints and visions on power dynamics in technoscience. Those that become identified, for instance, to an ‘eulogy of margins’ obsessed with the power of ‘the centre’ or, worst, associated to humanistic technophobia or calls for saving ‘being’ from technology (Latour, 1993: 122–124). Such offhand judgments contribute to form a reductive vision of critical constructivism by ejecting a whole set of concerns from the politics of thinking things” (Puig de la Bellacasa, 2011: 91).

¿Qué justifica y explica que la opinión y posición de ciertos grupos sean excluidas, marginalizadas, puestas en tela de juicio en nombre del cuidado de ciertas cosas? ¿Quién, qué o cómo se definen esos límites de qué es lo que debe ser cuidado? En

cualquier caso, dice Puig de la Bellacasa, aquellas son voces necesarias para sostener y apoyar una visión feminista del cuidado que se comprometa a denunciar formas persistentes de exclusión, poder y dominación en el terreno de la ciencia y la tecnología. Así, en un claro guiño a Latour, "*[t]o promote care in our world we cannot throw out critical standpoints with the bathwater of corrosive critique*" (Puig de la Bellacasa 2011: 91). Basándose en la política del conocimiento feminista, propone tratar las cuestiones de hecho (*matter of fact*) y los ensamblajes sociotécnicos como "*matter of care*". Introducir una visión feminista del cuidado implica siempre el planteamiento de una pregunta: ¿quién importa (*care*) en una relación cualquiera?

Brevemente, explicaré el argumento de Puig de la Bellacasa. Si bien *concern* y *care* parecen cosas similares, ambas expresan cosas distintas. El cuidado no reemplaza a las preocupaciones (*concern*) del centro de la política de las cosas. Lejos de eso, el cuidado posee connotaciones éticas y afectivas más fuertes que lo identifican como algo propio. Mientras que *concern* denota preocupación y un pensar sobre un asunto, *care* agrega un sentido de *attachment* y compromiso mayor con algo, siendo una noción que se acerca a un hacer material. Así se puede resumir su comprensión sobre el cuidado: "*Understanding caring as something we do extends a vision of care as an ethically and politically charged practice, one that has been at the forefront of feminist concern with devalued labours*" (Puig de la Bellacasa, 2011: 89-90).

Lo importante de introducir el *cuidado* en la constitución y en el análisis de los entramados sociotécnicos es que este concepto connota atención y preocupación, pero también un hacer, por aquellos que pueden resultar perjudicados por un ensamblaje cualquiera, cuyas voces son menos valoradas al igual que sus preocupaciones y necesidades de cuidado. Cuidar significa "*an affective state, a material vital doing, and an ethico-political obligation*" (Puig de la Bellacasa, 2011: 90). Así *cuidado* adquiere un doble significado, por un lado, una práctica cotidiana de mantenimiento y, por otro,

una obligación ética: *"we must take care of things in order to remain responsible for their becomings"* (Puig de la Bellacasa, 2011: 90). Pero esto no implica asumir que somos todos responsables de una tecnología cualquiera y que por tanto debemos hacernos cargo de sus monstruosidades como le reclama Latour a los activistas. Como vimos, un enfoque infraestructural no sólo implica explicar cómo los actores cuidan sus entramados sino además cuidar de nuestros propios análisis y de sus consecuencias.

Permítanme utilizar dos citas que ya fueron empleadas con anterioridad en otros apartados, una de Aihwa Ong y otra de John Dewey, para ilustrar aun más claramente la relación entre política y cuidado. Empecemos por la de Ong:

"Government is no longer interested in taking care of every citizen, but wants him/her to act as a free subject who self-actualizes and relies on autonomous action to confront globalized insecurities. There is thus a fundamental shift in the ethics of subject formation, or the ethics of citizenship, as governing becomes concerned less with the social management of population (biopolitics) than with individual self-governing (ethico-politics) (Rose, 1999)" (Ong, 2006: 501).

Y ahora la de Dewey:

"The public consists of all those who are affected by the indirect consequences of transactions, to such an extent that it is deemed necessary to have those consequences systematically cared for ... This supervision and regulation [of these consequences] cannot be effected by the primary groupings themselves. ... Consequently special agencies and measures must be formed if they are to be attended to" (Dewey, 1991 [1927]: 15-16).

El cuidado de uno mismo y el cuidado de las cosas aparecen como lo central en la política, precisamente porque ésta es, en parte, el juego de distribución de los

componentes de un mundo y las formas en que estos serán cuidados. Ya sea el descuido del estado como estrategia, que busca que cada quien cuide de sí mismo, o como incompetencia, cuando sus agencias fallan y el problema se les escapa de las manos, la problematización del cuidado aparece en escena. La mayoría de los asuntos políticos giran en torno a cosas de cuidado, aunque esto no implique que se lo tenga muy presente ni que se le reconozca explícitamente. Cuando colectivos feministas como *Precarias a la Deriva* convocan a una huelga de cuidados, lo hacen sabiendo que sin estos muchas cosas se detendrían. El cuidado es una práctica cotidiana y distribuida en diferentes entornos.

Pondré un ejemplo, de manera sucinta, para ilustrar esto último y extraer algunos conceptos para pensar la noción de infraestructura de cuidado. Denis y Pontille (2013) explican cómo el orden material es sostenido mediante el cuidado de las cosas. El trabajo invisible realizado por los mantenedores del metro de París ilustra con claridad todas las pequeñas acciones que hay que realizar cotidianamente para que una infraestructura central en una ciudad como París, como lo es su metro, funcione. Cuando estudian el cambio de señalética y organización del tránsito de los viajeros realizados por el RATP, se encuentran con dos versiones del sistema de transporte: una estable, basada en procesos de estandarización y armonización (es el trabajo de rediseño y planificación del sistema), otra, vulnerable, inestable, frágil, que coincide con el proceso de mantenimiento. Cuando en la primera versión los diseñadores estandarizan el tipo de letras y los colores, definen abreviaciones o nombres para las estaciones, y delimitan la cantidad de carteles y sus localizaciones en la red, entre otras acciones, estos últimos aparecen como *inmóviles inmutables*. Pero una vez que son puestos en circulación de manera estática, son expuestos a lo salvaje a potenciales amenazas tales como coleccionistas y grafiteros, entre otras. Estos peligros atentan contra su inmovilidad y contra su inmutabilidad. Precisamente el trabajo de los

mantenedores consiste en hacer que las movildades y mutabilidades de los materiales inherentes a sus interacciones con otros actores sea algo momentáneo. Lejos del material durable y estable con el que trabajan los diseñadores del sistema, los trabajadores de mantenimiento se encuentran con uno frágil e inestable. La vulnerabilidad pasa a ser así uno de los modos de existencia de los materiales. De este modo, el mantenimiento puede ser considerado una práctica de cuidado (Mol 2008, Puig de la Bellacasa 2011) ya que como éste, el trabajo de mantenimiento comienza con la fragilidad de la vida. Su vulnerabilidad lejos de ser una desviación, una anomalía, es el estado natural de las cosas. En las prácticas de cuidado, los fracasos y las fragilidades de los cuerpos son las condiciones mundanas de las vidas de las personas y de las cosas (Denis y Pontille, 2013: 14). Esta coexistencia de las dos versiones, la estable y la vulnerable, enseña que los procesos de homogeneización y estabilización no son de una vez por todas sino que precisan de un trabajo constante de reinfraestructuración.

En este sentido, las infraestructuras de cuidado son aquellas prácticas y relaciones, inscriptas en ecologías materiales, en los que los esfuerzos son direccionados para reestabilizar y sostener los entornos que posibilitan la vida. De este modo, las infraestructuras de cuidado operan alrededor de un modo particular de existencia de las cosas y de las personas: la fragilidad. La precariedad forma parte de las relaciones contingentes de los órdenes materiales, todo un trabajo de infraestructuración debe ser llevado a cabo para que los entornos que habitamos y nosotros mismos aparezcamos como estables e incluso idénticos a lo que éramos. Como afirma John Law, "(...) *if things seem solid, prior, independent, definite and sigle then perhaps this is because they are being enacted, and re-enacted, and re-enacted, in practices*" (Law, 2004: 56).

En el apartado V, se presenta una propuesta de adaptación de un mecanismo de participación, conferencia de consenso, a las personas mayores. Este tipo de trabajo dirigido al rediseño de una infraestructura política también conlleva su abordaje como infraestructura de cuidado. A lo largo del estudio y de la implementación de la *Conferència Ciutadana de la Gent Gran*, pudimos detectar y poner en prácticas diferentes procesos vinculados con el cuidado de las cosas y de los participantes. Un ejemplo de ello lo podemos encontrar en estos extractos de los diarios de campo de los participantes:

"También me di cuenta de que los jóvenes estudiantes, además de cuidar de los micrófonos, observaban a la gente y escribían en sus cuadernos" (Extracto del participante 7 diario).

"El desayuno también permite conocer a los estudiantes que nos dan tanto apoyo. Ellos quieren pasar desapercibidos, permanecer ocultos, pero también tienen un papel activo. Tengo que decir que son muy amables"(Extracto del diario del participante 3).

"Los colaboradores hacen esfuerzos para sostener la logística y para ayudar a todo el mundo. Particularmente, me pareció muy interesante el desempeño de la facilitadora. Ha permitido que las personas sin intereses comunes, en poco tiempo, fueron capaces de debatir asuntos y llegar a definiciones y conclusiones" (Extracto del diario del participante 3).

Estos son ejemplos de cómo para que haya política debe llevarse a cabo todo un trabajo de cuidado, no sólo de los participantes, sino también de las cosas. En la primera cita se muestra cómo, a lo largo del trabajo de investigación es imprescindible cuidar del material de grabación. En el segundo extracto, se hace hincapié en cómo una situación como el desayuno se constituye en un espacio donde no sólo se mobilizan alimentos, tan importantes para sostener el trabajo de los cuerpos en el

dispositivo político, sino también afectos. Mientras que en el tercero, se remarca el trabajo de sostenimiento que hicimos los colaboradores para que todo el evento sea posible, así como el rol importante que tuvo la facilitadora para que diversas personas devinieran en un grupo con capacidades de deliberación. Todos los ejemplos dan cuenta de trabajos invisibilizados que no por ello dejan de ser visibles a los ojos de los participantes. Cuidar se constituye en un elemento inherente a las prácticas políticas, así como la política lo es respecto al cuidado.

Infraestructuras políticas

El primer interrogante que surge es si es posible o no hablar de la existencia de infraestructuras políticas de manera explícita. Los parlamentos son presencias materiales que nos permiten pensar acerca de diferentes conjuntos materiales que sirven para una particular función política. Como se ha mostrado en varios ensayos e investigaciones (ver, por ejemplo, el apartado *Parliamentary Technologies* en Latour y Weibel 2005), esta singular arquitectura encarna una concepción y una representación particular acerca del poder y de la política. Sus modos específicos de distribuir los cuerpos en el espacio, la cantidad de ellos dentro de sus muros, y sus articulaciones particulares con otros arreglos materiales hacen que estas edificaciones sean formas paradigmáticas de la representación política. En el caso de los parlamentos, la organización circular o semicircular dominante (actualmente existen otras) opera como el diagrama de la política moderna basada en la representación del cuerpo político, enactando la idea de una multitud que toma parte de la sociedad como un todo unitario. Pero además, esta configuración permite dos aspectos centrales para construir un actor político moderno centrado en una comprensión racional del sujeto. Primero, el diseño arquitectónico debe permitir que todos puedan ser vistos (en un

modo panóptico), performando la idea que la política es apariencia (en sus dos acepciones); segundo, su distribución debe permitir que todos los presentes puedan escucharse entre sí. Ser visto y ser escuchado son las condiciones de posibilidad para la emergencia de un actor político inscripto en un cuerpo humano singular que puede ver, oír y hablar. Éste es un buen ejemplo que muestra cómo un arreglo singular produce un sujeto político específico; la disposición arquitectónica centrada en este cuerpo singular enacta la representatividad de otros cuerpos ausentes. De este modo, puedo afirmar que existen las infraestructuras políticas como un modo de presentación de los entramados materiales.

Otro ejemplo de arquitectura, pero en este caso una que es temporal, es decir cuya permanencia es limitada en el tiempo, puede verse en las asambleas populares. Evidentemente, este modo de organización no es nuevo. Pero recientemente, en los últimos años, diversas asambleas populares han emergido de manera global como alternativa a las lógicas parlamentarias. Desde El Cairo a Nueva York, pasando por Madrid o Estambul, sus características particulares fueron poniendo en escena otra representación política basada en la toma de un espacio público singular: la plaza.

En lugar de un espacio cerrado como lo es el parlamento, tomar la plaza performa la idea de que la política se vincula directamente a un espacio abierto, el espacio público, el cual es construido otro en el acto de la toma. Cualquiera puede participar sin ser elegido por complejos mecanismos de representación como en el caso de los parlamentaristas. Basado además en la puesta en escena de una multitud como un todo, estas asambleas como tecnologías se conectaron con otros arreglos materiales muy diferentes a los de los parlamentos.

El desafío aquí fue transformar una plaza en un escenario deliberativo y habitable. Micrófonos y altavoces, técnicas para organizar las intervenciones, fueron algunas de

las audio-infraestructuras singulares ideadas para que la plaza deviniera un espacio político; twitter y otros medios fueron usados para conectar diferentes plazas y otros lugares en un sentido global. En Barcelona y Madrid, muchos puestos fueron construidos alrededor de las plazas para proveer diferentes recursos, algunos de ellos tan básicos como alimentos y comida, tan necesarios para el cuidado de los participantes.

Estos tipos de infraestructuración fueron concebidos para posibilitar la emergencia del mismo sujeto político moderno, pero por diferentes medios: un ciudadano deliberativo e inteligente, heredero de la Ilustración. Obviamente, existen diferencias entre uno (el de los parlamentos) y otro (el de las plazas) pero ambos comparten la misma matriz: ambos son racionales y deliberativos y la política que producen está basada en lo humano y en el sujeto. La infraestructuración artesanal de las plazas y la infraestructuración técnica y arquitectónica de los parlamentos producen dos versiones del mismo sujeto; y esto ya alcanza para que se trate de dos formas distintas.

Como vimos, la política es más que aquello que ocurre en las instituciones formales como los parlamentos o en las estructuras limitadas en las plazas. Política, a su vez, es algo más que la interacción basada en el habla entre dos sujetos. Los STS han explicado cómo la ciencia y la tecnología hacen política pero por otros medios, comprendida ésta como la definición de un mundo común. Las infraestructuras antes descritas son ejemplos que muestran cómo diferentes arreglos son compuestos y vinculados con otros arreglos en redes complejas, pero ocupando un rol central en el campo político (moderno). El esquema heliocéntrico de nuestro sistema parece operar en esta constelación política. Plazas y parlamentos aparecen como los focos visibles de la representación política de la modernidad.

Otro ejemplo puede encontrarse en los mecanismos deliberativos tales como las conferencias de consenso. Precisamente el apartado V aborda los aspectos de composición que hacen a este tipo de metodología de participación para el involucramiento del público. Cuando uno lee su manual (Nielsen et al., 2006), el armado de las conferencias de consenso aparece como una simple cuestión organizacional. No obstante, este tipo de mecanismo no sólo concierne a aspectos organizacionales y de diseño sino que también involucra interacciones entre diferentes tipos de actores (individuos, instituciones, materiales) y diferentes espacios y tiempos (extensivos e intensivos, por ejemplo). En esta dirección, Laurent (2009) cuestiona que las conferencias de consenso sean un modelo como tantos autores las presentan (Grundahl, 1995; Kleinman, Delborne & Anderson, 2011). Precisamente, las mayorías de las experiencias llevadas a cabo han introducido múltiples cambios para hacer posible la participación local. De este modo, diferentes esfuerzos son hechos para disminuir los eventuales accidentes y para adaptar dicho mecanismo a las realidades locales.

Estas son algunas de las razones por las que he decidido emplear el concepto de infraestructura política no sólo para describir este tipo de mecanismos sino además para pensar modos alternativos de involucramiento, es decir, modos alternativos de infraestructuración. Como vimos, una infraestructura puede ser algo durable en el tiempo (como los parlamentos) o un arreglo material puntual (como las asambleas, las conferencias de consenso o el caso de Rosa Parks analizado al inicio). Considerar los dispositivos de participación como infraestructuras nos permite no sólo poner el acento en las características materiales de la política sino además en los modos de existencia de los actores (humanos y no humanos) y la infrapolítica que los sostiene. Si los dispositivos de participación como las conferencias de consenso son infraestructuras es porque ellos son conjuntos propiamente diseñados que actúan vinculados con otras

infraestructuras. El uso del adjetivo político es para diferenciar una función particular de una infraestructura, el momento particular cuando los escenarios toman parte de una producción política con capacidades políticas y morales (Marres and Lezaun, 2011). Es decir, cuando los escenarios trabajan para posibilitar el trabajo de muchos otros actores en pro de alcanzar el ideal democrático (el mundo común por venir es interpelado por el dónde y el cuándo la imaginación transcurre). Así el adjetivo político refiere a sus metas, objetivos y capacidades, lo cual se espera funcionen sin problemas.

La conceptualización de las infraestructuras políticas es un modo de sostener juntos diferentes infraestructuras y actores. Pero se trata siempre de un modo en construcción que debe ser cuidado, producido y experimentado. Así las infraestructuras políticas no son sólo un espacio o un conjunto de cosas, sino cuando la política emerge. En otras palabras si la política emerge es porque ha sido infraestructurada (como mostré en el caso de Rosa Parks en el apartado I). En este sentido, la clave es girar hacia un enfoque centrado en dispositivos y objetos para explicar cómo los procesos políticos no discursivos componen a los sujetos y a los discursos políticos (Marres and Lezaun 2011; Star 1999). Pero que implique prestar atención no sólo a las trayectorias de los objetos sino sobre todo a las espacialidades que son enactadas.

Esta perspectiva introduce un punto de vista simétrico en la conceptualización de la política más allá de lo humano, una simetría que insita a pensar de igual modos los diferentes espacios que son enactados. Cosas, escenarios y conjuntos materiales adquieren relevancia deviniendo actores políticos junto con los humanos. En estos términos, política es también tecnología. Con esta perspectiva la configuración del cuerpo político cambia su naturaleza social expandiendo su acción en un mundo holístico, más próximo a la propuesta cosmopolítica de Isabelle Stengers (2005). Este

movimiento permite que las cosas sean ensambladas a lo largo de los humanos, reconfigurando las fronteras de la política moderna.

Pero si lo anterior es verdad, es decir, si ellas son políticas cuando son ideadas de ese modo o cuando dentro de ellas emerge un hecho político, ¿podemos hablar acerca de diferentes naturalezas de las infraestructuras políticas?

He afirmado otra cuestión: toda práctica política es infraestructurada. El ejemplo de ocupar la plaza es interesante para explicar este punto. A pesar de compartir con los parlamentos un sujeto similar, su principal diferencia reside en su modo de infraestructuración. Un espacio urbano cotidiano, como lo es una plaza, ideada para circular a través de la ciudad es transformada en un nuevo paisaje. Para que esto sea posible es necesario producir un movimiento de des-infraestructuración. Esto implica desinfraestructurar la función cotidiana de la plaza, desinfraestructurar la circulación normal de los peatones, así como desinfraestructurar las fuentes de agua, el alumbrado público, o lo que sea. Aquello que aparecía como una infraestructura estable es puesto en suspenso. Un intervalo es producido en el medio de esos objetos cotidianos que infraestructuran las plazas. Pero esta fisura identitaria rápidamente adquiere una nueva forma: las luces devienen mástiles y postes para colgar banderas y carteles, el espacio central de la plaza deviene el espacio asambleario, etcétera. Mientras que en el caso del parlamento la infraestructuración es posible en un marco técnico y legal, en las plazas esto es posible en un marco de disputa. ¿Se puede hablar en este sentido, del derecho de infraestructurar? El derecho de la protesta aparece como el marco jurídico para producir cambios ontológicos en ciertos paisajes urbanos. Las infraestructuras ganan así un nuevo significado: una infraestructura cualquiera deviene política cuando es subvertido el orden de la infraestructuración legal. La *inversión infraestructural* adquiere un uso práctico y empírico que se aleja de la epistemología y se aproxima a un plano ontológico. Si las infraestructuras políticas

tradicionales se centran en el protagonismo y el producto de un sujeto político, caracterizado por el habla y por el razonamiento, es porque éste no es más que uno de los modos de existencia para habitarlas.

Las infraestructuras son políticas en un doble sentido, o dicho de otra manera, pueden existir dos versiones políticas de éstas. La primera es una que versa sobre cómo en cualquier infraestructura subsiste un devenir político. No se trata de un orden implícito sino de una posibilidad latente que opera como potencialidad – por ende con la capacidad de obrar de un modo político en el futuro – y que opera como constituyente de su existencia – la instalación de cualquier infraestructura posee un pasado conflictivo expresado en controversias, en debates, e incluso en imposiciones o acciones de cualquier tipo que cancelan o intentan cancelar prácticas políticas. Pero esta versión posee una tercera dimensión, la infraestructura es política por su carácter de re-ligar múltiples modos de vivir juntos, por ofrecer por sí misma un significado de qué es el común vivir. El segundo sentido es cuando las infraestructuras son políticas porque han sido pensadas, construidas y habitadas para producir efectos deliberadamente políticos. Es cuando sus proposiciones operan en dirección de subvertir un orden sensible dominante o un estado de cosas definido con tendencia a permanecer igual a sí mismo, por ende, a no cambiar.

Los modos de infraestructuración ciudadana

¿Qué son los modos de infraestructuración? Si las infraestructuras, en cuanto que modos de relación, son el “cuando” es necesario prestar atención a sus modos de infraestructuración. Es decir, cuando diferentes procesos singulares son activados para producir infraestructuras estables (como es el caso del sistema de transporte de París como muestran Denis y Pontille). En este mismo ejemplo vimos como un orden

material posee diferentes modos de existencia que son posibles en ciertas ecologías materiales; un modo de infraestructuración es cuando una infraestructura cualquiera emerge de un arreglo infraestructural (como Susan Leigh Star nos enseña, una infraestructura nunca surge *ex nihilo*). Las prácticas de mantenimiento que trabajé anteriormente, en el marco de las infraestructuras de cuidado, son un buen ejemplo de un modo particular de infraestructuración. Una vez que una infraestructura es infraestructurada no es abandonada a su propia suerte. Diversas prácticas de mantenimiento son realizadas, diversas prácticas de repetición son hechas para que una infraestructura se sostenga como tal, estable en el tiempo, igual a sí misma. Por su particularidad, a este tipo de procesos los considero como reinfraestructuraciones, reservando el nombre de desinfraestructuración cuando una infraestructura cambia radicalmente. Ambos tipos de procesos, a veces dados en simultáneo, pertenecen al vasto mundo de las infraestructuraciones.

Si las infraestructuras políticas y de cuidado existen, ¿de qué están hechas? La respuesta que propongo es la siguiente: las infraestructuras están hechas de modos de infraestructuración. Es decir, diferentes procesos semiótico-materiales dispuestos para componer arreglos materiales que devienen un conjunto particular delimitado, un mundo que produce mundos. En este sentido, la infraestructuración, considerada como un modo, es una máquina abstracta orientada para construir mundos sostenidos en la experimentación. Hablar de modos implica un acuerdo particular basado en concebir un rol central a las prácticas y, a la vez, asumir las características relacionales de la materia.

En el ejemplo de las infraestructuras políticas quise mostrar cómo al mismo tiempo que los procesos políticos emergen, sus escenarios son enactados. En este sentido, un sujeto político (por ejemplo, un ciudadano) es enactado porque un escenario político lo fue también. Para este enfoque, el desafío es mostrar, describir y explicar los

diferentes modos de infraestructuración que sostienen y hacen posible una infraestructura particular así como las vidas de las personas y las cosas que las habitan. Así el modo de exploración (*inquiry*) toma parte de sus composiciones.

A partir del desarrollo de una noción de infrapolítica, se pueden derivar diversos modos de infraestructuración relacionados con ciertos modos de existencia. Para mantener la atención en el tema que me interesa me centraré en pensar ciertos modos en los que la ciudadanía es infraestructurada. Para que haya ciudadanía debe haber un conjunto socio-técnico dispuesto para que ello ocurra (esa ha sido la preocupación central de los apartados I y II).

Tanto el servicio de teleasistencia domiciliaria estudiado como la conferencia de consenso diseñada, implementada y analizada guardan una relación directa con el concepto de ciudadano. En el último caso es evidente puesto que el mecanismo fue pensado para convocar ciudadanos, más específicamente personas mayores consideradas como ciudadanas (la presencia de esta palabra en su nombre da cuenta de ello). En el ejemplo de la teleasistencia (desarrollado en el apartado IV), muestro cómo a partir de la introducción de ciertas tecnologías en el hogar, el cuidado es posible a distancia, pero para que ello sea posible una serie de transformaciones (traducciones) deben llevarse a cabo. Así la persona mayor deviene usuaria, lo que implica no sólo cambiar su aspecto (a partir de entonces un colgante habitará alrededor de su cuello), sino devenir en un agente activo en su propio cuidado (cuidando de los otros y de las cosas). Este cambio, que no deja de ser conflictivo, se justifica en la actividad como un valor fundamental para el sostenimiento de la condición de ciudadano actual (Ong, 2006: 501). El derecho a envejecer dignamente, se entrecruza hasta confundirse con el problema económico de la crisis de los cuidados. En la línea que plantea Rose, la persona debe hacerse cargo de sí misma. Esto que era impensado en otra época, es posible porque nuevos agenciamientos

socio-técnicos así lo posibilitan. La ley de promoción de la autonomía, concebida como uno de los pilares del estado de bienestar, se presenta como el instrumento jurídico que posibilita el reconocimiento de derechos singulares en las personas dependientes extendiendo y sosteniendo su condición ciudadana mediante el uso del servicio. Así, la figura del ciudadano se funde con la del usuario, sea su prestador público o privado. En esta dirección, la persona mayor deviene usuaria, reforzando su condición de ciudadana, a partir de una serie prácticas emergentes asociadas a la reconfiguración material del hogar, y con ello, la reconfiguración material de las relaciones familiares.

En un artículo que no forma parte de esta tesis, ya que se encuentra en proceso de evaluación para su publicación, presenté tres modos de infraestructuración ciudadana que posibilitaron la construcción del panel ciudadano de nuestra conferencia. Estos tres procesos fueron llamados delimitación de identidades (*delimiting identities*), hibridación de composiciones (*hybridizing composition*) y ciudadanización (*becoming citizen*). Quiero traerlos aquí como ejemplos para ilustrar posibles maneras de indagar los modos de infraestructuración.

El primero de ellos tenía que ver con la disputa y la definición acerca de qué o quiénes son personas mayores. Esto que en un principio parecía sencillo, comenzó a mostrar sus versiones más complicadas. Mediante el cartel de la convocatoria pública, el equipo definió que una persona mayor era cualquier persona mayor de 65 años. Esto se replicó en la web del proyecto y en otros medios. Ya en una de las entrevistas de selección, uno de los participantes aclaró que había mentido en el formulario de aplicación diciendo que tenía 65 cuando en realidad tenía 63. En su argumentación, que giraba en torno a lo injusto que era reducir el ser persona mayor a una edad, comenzó a aportar elementos para la definición de las personas mayores, elementos que tenían que ver con actividades y relaciones que, entendía, definen qué es ser mayor. En otro ejemplo, una participante, en su diario de campo, expresa que no

puede homogenizarse al colectivo. A partir de una lectura de su época de juventud, comienza a distinguir dos tipos diferentes de mujeres asociadas a las prácticas cotidianas, sus intereses e inquietudes. Partes de las conferencias de consenso, en tanto dispositivo, comienzan a operar desde un inicio como modos de infraestructuración de las personas mayores. La duración e intensidad del mecanismo se extendió asumiendo que las personas mayores no tolerarían físicamente este tipo de dinámicas; se les proveyó de tarjetas rosadas de transporte asumiendo que todas serían jubiladas. Para inscribirse se estipularon tres formas, una a través de un formulario web, otra a través del teléfono y otra a través de una carta, suponiendo que ciertas personas mayores prescindían de las dos primeras tecnologías. Diferentes estrategias fueron puestas en juego para enfrentar esta narrativa dominante (Star 1999) sobre la definición de las personas mayores dando como resultado la infraestructuración de un modo particular de ser mayor.

El segundo modo de infraestructuración tiene que ver con la estabilidad y con la identidad del panel ciudadano. El panel se presenta como un conjunto hecho de algo más que personas. En primer lugar, el sitio donde se realiza la actividad de preparación (central para la conformación del grupo) se constituye en un set destinado para la actividad política y para la actividad de investigación. En dicho entorno coexisten dos espacialidades muy diferentes que operan activamente para la conformación del panel. Para que ello sea posible el espacio fue intervenido prestando cuidadosamente atención al orden de las mesas y sillas, el lugar de los cables, micrófonos y cámaras, entre otros. A continuación, presento un fragmento de cómo traté al asunto.

El primer problema al cual el equipo se enfrentó fue la disposición de las mesas en la sala. Los empleados del hotel habían preparado las mesas colocándolas todas juntas, conformando una inmensa mesa (cada una de las mesas medía cerca de 1.5 metros de largo y 0.5 metros de ancho, aproximadamente). Con esta configuración la habitación parecía más pequeña de lo que era. La

mesa grande ocupaba mucho espacio, lo que generaba una sensación de agobio y malestar. Dado su tamaño, los participantes quedarían muy lejos unos de los otros. Este diseño causaba otro problema. El equipo de filmación requería espacio para mover los equipos. Los organizadores nos preguntamos cómo reagrupar ese orden para reducir las distancias físicas y posibilitar la movilidad. La solución fue transformar la gran mesa cuadrada en una con forma de U. Eso significaba remover las mesas, desagrupar el centro del cuadrado y reducir su ancho. La parte central, un gran vacío, devino el territorio de los micrófonos y sus cables así como el corredor por donde circularía la cámara (llamada “cámara 2” por el equipo de filmación) (ver figura 2). La consecuencia directa de este cambio fue un nuevo diagrama espacial que posibilitaba la co-existencia de dos territorios diferentes. Por un lado, la habitación para llevar a cabo la instancia de preparación y, por otro, el laboratorio social donde el equipo de investigación podría producir sus “datos”. Es necesario subrayar que alrededor de la “U” que formaba la mesa, el equipo de investigación permaneció sentado tomando notas, configurando una “U” invertida. Esta nueva ‘U’ estaba compuesta de sillas, investigadores, focos de luz y cámaras. Uno de los participantes reflexionó sobre esto en su diario:

"También me di cuenta de que los jóvenes estudiantes, además de cuidar de los micrófonos, observaban a la gente y escribían en sus cuadernos" (Extracto del participante 7 diario).



Figure 2. Picture taken by researchers.

La co-existencia de ambos territorios fue posible por el orden material del espacio. La presencia caótica de los cables que conectaban los micrófonos con la mezcladora lo evidenciaba. Como

un matter of care, los cables debían ser ordenado, atados, para devenir menos visbles, no sólo para evitar accidentes (al estar sueltos en el piso se constituían en una amenaza para los participantes que debían cruzarlos para retirar sus abrigos) sino además por una razón estética.

El trabajo invisible debía permitir a los cables, la mezcladora y los micrófonos trabajar mejor por un simple motivo: los participantes podrían olvidarlos y de este modo hablar y comportarse de un modo más “natural”. Los efectos que la presencia de los artefactos de grabación producen en los participantes son un asunto a ser considerado para evitar posibles malestares. De hecho, uno de los indicadores de que todo está bien, que el grupo está siendo formado como tal es, precisamente, el olvido de este segundo territorio (el de la experimentación).

El segundo aspecto de esta hibridación de las composiciones es la preparación de los panelistas para debatir con expertos. Diversas técnicas de facilitación fueron desarrolladas, diversos documentos y sus múltiples versiones fueron puestos en circulación, incluso se realizó una prueba de debate invitando especialistas el último día de la jornada de preparación. De este modo, esta suerte de expertización formaba parte de una serie de conjuntos materiales que se fueron enactando para posibilitar la composición híbrida del panel. Un panel hecho de materiales diversos, de procesos múltiples, cuyo resultado esperado y alcanzado fue la construcción de un grupo capaz de autodenominarse y ser reconocido como panel ciudadano.

El tercer proceso fue llamado ciudadanía. Para que el mecanismo funcionara era necesario hacer que ciertos cuerpos devinieran ciudadanos. A modo de resumen, el primer proceso implicaba estabilizar una condición de persona mayor que posibilitara la interacción con otros actores (muchos de ellos no humanos) para devenir panel. Estos procesos no fueron secuenciales, sino simultáneos y todos ellos se presentaron como condiciones de posibilidad para que aquellas personas mayores devinieran ciudadanas. Evidentemente, los participantes fueron considerados ciudadanos desde un comienzo. Pero, a efectos materiales, el reconocimiento no era suficiente, ellos debían demostrar que efectivamente podrían perfomar su ciudadanía, es decir, demostrar que ellos podían desempeñar y desarrollar capacidades cívicas. Durante la etapa de preparación

ellos fueron equipados con un repertorio de herramientas conceptuales e informacionales para llevar a cabo la tarea que se les encomendó. Este conjunto incluyó un importante apoyo afectivo y cognitivo, pero también, trabajo y esfuerzo de parte de los participantes para demostrar sus habilidades cívicas. En este sentido, la conferencia operó como un aparato de verificación (Agamben, 1998) y de performatividad de la ciudadanía.

Ser ciudadano implicó, como he mostrado, estabilizar ciertos cuerpos como "personas mayores", constituyéndose en los sujetos de reconocimiento. Pero eso no era suficiente, era preciso dotar a esos cuerpos designados de ciertas asignaciones vinculadas con una tarea concreta. El panel ciudadano, hecho de personas mayores en este caso, se constituyó en la composición resultado de una serie de attachments que posibilitó el logro y la puesta en escena de ciertas capacidades cívicas (deliberación, constatación de ideas, escucha, diálogo argumentado, etcétera). Esta composición hecha de documentos, mesas, grabadoras, serie distribuidas de cuerpos, entre otras cosas, lograba estabilizarse como un sujeto colectivo. La ciudadanía fue el reconocimiento pero también la puesta en acción de que un conjunto de personas mayores cualquiera podían ejercer su ciudadanía sobre un asunto cualquiera (en este caso la digitalización de la sociedad) en un espacio propicio para ello, la instancia pública de la Conferència Ciutadana de la Gent Gran de Barcelona.

IV. Care Networking: A Study of Technical Mediations in a Home Telecare Service

Article

Care Networking: A Study of Technical Mediations in a Home Telecare Service

Gonzalo Correa * and Miquel Domènech

Departament de Psicologia Social, Universitat Autònoma de Barcelona, Barcelona 8014, Spain;
E-Mail: miquel.domenech@uab.cat

* Author to whom correspondence should be addressed; E-Mail: gonzalo.correa@uab.cat;
Tel.: +34-935-812-353; Fax: +34-935-812-125.

Received: 22 May 2013; in revised form: 5 July 2013 / Accepted: 9 July 2013 /

Published: 22 July 2013

Abstract: This article examines the processes of technical mediation within familial care networks based on a study of home telecare targeted at older people. Supported by contributions from the actor–network theory as part of the social psychology of science and technology, these processes of technical mediation are analyzed using a qualitative approach. The data were gathered through six focus groups and four in-depth interviews; the participants in the study included users, relatives and formal carers. Thematic analysis techniques encompassing the information were used, revealing the effects on the patterns of caring relationships. The results show the interplay between presence-absence made possible by the devices; the two-way direction of care between the older people and the artifacts; and the process of sustaining care using the technology. We conclude that care should be seen as a socio-technical network where technology plays an active role in sustaining family relationships.

Keywords: older people; technical mediation; interdependence

1. Introduction

Family plays a central role in the care of older people. Over the course of the past few decades, especially in Europe, family lifestyles have undergone major transformations that hinder caregiving practices, including a drop in family size, an increase in geographic family mobility and a massive

incorporation of women into the job market. These changes have been suggested as leading to a decrease in the capacity to provide care, something that has coincided with an increasing number of older people. Although this does not necessarily have to involve an increase in the need for care support, many Western governments have foreseen a risk for social welfare, even speaking of a future crisis of care [1].

However, the modern family still plays a prominent role in caring for those members that need help or attention [2–4]: relatives are still the main actors for both hiring services (traditional and/or innovative), and providing care and economic resources [5]. Family members are, in short, the main caregivers in informal care (a provision of care without any economic compensation for the aid offered). The scope and diversity of this kind of care has been discussed in numerous studies [6,7]. Informal care is regarded as an important predictor of institutionalization given that good family support (in the broad sense) can avoid or delay this process [8–10]. The successes and failures of care practices depend on the qualities of family networks, which may or may not be limited to relatives. Several studies report the difficulties its members may suffer in situations where one of them endures chronic illness or severe dementia [11–15]; the most frequently mentioned negative effects are the sense of loneliness, isolation, boredom and frustration [14,16,17]. Even if these studies are not representative of all care practices, they still highlight the vulnerability of informal networks exacerbated by changes in the constitution of families.

Despite Western governments' attempts to promote formal care, there is a series of obstacles linked to economic issues (high costs), demographic considerations (a low number of young workers willing to take on these jobs) and issues regarding respective political administrations (state reforms unable to keep up with the accelerated pace of the transformation of the family, and the increasing incorporation of women into the workforce) [4]. As a consequence, it can be said that there is a lack of support for caregivers overcome by the demands of the role [18], which means that the people who truly need care are not receiving it. In this sense, it is acknowledged that social services and family exchanges play a fundamental role in the welfare of those involved in care [2].

As a complex practice, care involves an assortment of actors, processes, resources and regulations, as well as diverse, disparate forms of knowledge [2,19,20]. This has led to questioning the simplistic ways of addressing caring relationships, such as the ones implicit in the triangular model of care (users-relatives-service providers) [21], and to instead focus on another more polygonal model, which includes not only the traditional actors, but also professional caregivers, institutions, the market and others [22]. This would confer a more marked interrelational nature on care [18].

Technology has come onto the scene as a possible solution to the apparent care crisis. Several studies have paid special attention to the role it plays in the care of older people, stressing its active role in caregiving processes [17,23–32]. Different devices have appeared—and continue to appear—that have become new aids in fulfilling this job [33,34]. Home telecare appears as a principal solution to this demand. The version of telecare we refer to is the Spanish one: a monitoring system that involves the installation of a domestic terminal through which the user can communicate with an alarm center 24 h a day. All users have to do is to press the red button on their terminal, or one on a pendant around their neck, to get in touch with a teleoperator. They can then ask for immediate help or talk about anything, even if it's not particularly urgent. If help is needed, the teleoperator will call the most appropriate resources (relatives, ambulances, firefighters, *etc.*).

Teleoperators have access to a database that contains all the medical and personal details of the user to decide which resources are the most suitable.

Among a variety of benefits, home telecare service is considered a good solution for the care of older people due to both cost reduction [35] and a positive view of active ageing [23,24,36,37]. Occasionally, telecare is presented as a decisive step towards replacing residential forms of care [38–40] and the promotion of “ageing in place” policies [41].

To address how technologies relate to people in care practice, we propose to use the concept of technological mediation. Latour [42] defines mediation as something that happens that is neither fully the cause nor fully the consequence; something that occurs without being either totally a means or totally an end. The distinction between subject and object becomes moot, since these entities are dissolved into networks of mediations in which different agents take part without necessarily having to be human beings [43]. These agents are mediators given their capacity to translate and let themselves be translated by others. Translation is viewed as a displacement whose outcome is the creation of a new bond which previously did not exist, and which prompts an ontological change in the agents in the specific network where the shift takes place, thus creating new entities. Indeed, translation can be defined as all the negotiations and acts of persuasion through which the actors manage to attain the adhesion of other actors, reorganizing the entities and their relations, and thus shaping a network [44].

In view of the dissolution of the subject and object, and in view of the redistribution of agency (which used to be a solely human monopoly), the concept of *actant* emerges, extracted from Greimas’ semiotics [45]. Greimas refers to those entities (previously subjects and objects) that try to translate each other, remarking that someone or something’s capacity to operate always refers to a relational network [27]. Thus, the role of *actant* cannot be attributed to a subject or object a priori, since the action is always the result of the ties that emerge among the different components of the network. As Latour notes, action is a property of associated entities [42], and objects thus take on an active role. To Latour, a mediating entity is one that is capable of producing translations in the other actors in the network.

In this paper, we analyze the role of technology in family care relationships. Based on a qualitative study of home telecare service, we argue the mediating quality of technology; that is, the effects it produces in family interactions. Far from applying an aprioristic view in terms of good or bad—which used to be the consequence of a deterministic analysis—we state that the technology is not neutral [46] when the evidence is considered. To demonstrate this, we analyze various forms of technical mediation appearing in the interactions of carers, home telecare users and relatives.

2. Experimental Section

2.1. The Aim of the Study

The literature surveyed shows the predominant role of the family in the care of older people despite the increasing inclusion of technology and other agents in caregiving practices. The purpose of this study is to explore the processes of technical mediation in the family setting in relation to home telecare targeted at older people. More specifically, the study aims to boost our understanding of the day-to-day relationships between technological devices, older people and their families.

2.2. Method and Design

This study was part of a research project focused on the inclusion of home telecare in the caregiving processes targeted at older people in Spain. This project received financing from the Ministry of Science and Innovation, and was entitled “Science, technology and the care of dependence: the transformation of care in the knowledge society.” Although the project comprises data from participant observation, semi-structured interviews and focus groups, we have focused the analysis on a group of data from the first period of the research (2009) to achieve the objective of this study, which corresponds to 57 people as informants.

Participation was voluntary, and we gathered the respective informed consent forms in which the subjects were told about the anonymity of the participants, the purpose of the study and the reserved use of the information, and which gave their authorization to record and make transcriptions of the events. The different sessions were held in both Spanish and Catalan, and the use of these languages was respected for both the transcription and the analysis of the material.

2.3. Selection of Participants

All 57 participants were asked to participate because of their status as either users of home telecare, family members who cared for home telecare users or formal carers. For older people, the requirement was that they lived in their own homes and had been using the service for at least one year; for the family caregivers, they had to be in charge of older people; for formal carers, they simply had to work in a home telecare service regardless of the job they performed. After the four interviews and the six focus groups it was concluded that we had reached a point of saturation, and that there was rich enough data to explore the issues at hand in this study.

2.4. Data Collection

We employed a purposive sample [47], which ensures the necessary diversity of the participants; this provides a structured sample instead of a random one. In this sense, we developed a sampling strategy based on the topic at hand, which basically aimed to ensure that the participants had different geographical origins, ages, genders and positions in the relation of care.

First, four in-depth interviews were held with older people who use the home telecare service and their respective relatives [48–50] to explore the topics of care relationships and technological frames in the family. In the interviews, we further explored the effects of telecare in the care network by inquiring into the following topics: (i) how caring relationships are defined and described; (ii) how they shape and establish relations of dependence, independence and interdependence, as well as processes of autonomy and/or heteronomy; (iii) forms of socialization that take place around these networks; (iv) the use of time and space; (v) the most significant relationships established with artifacts; (vi) the effect on the interpersonal relationship of older people and carers; (vii) the changes that have taken place in caring relationships as a result of the home telecare device; and (viii) the role assigned to technology in caring relationships.

Later, six focus groups were used, which included older people and informal and formal carers, with a total of 53 participants. The focus groups were held in six towns in Catalonia—Badalona,

Barcelona, Granollers, Igualada, Mataró and Vic—in 2009, and they yielded approximately 12 h of recorded material (Table 1).

Table 1. Composition of the focus group.

Town	Date	Participants	Composition
Igualada	27/04/2009	8	Older people
Mataró	11/05/2009	8	Formal carers
Badalona	14/05/2009	11	Older people/Informal carers/Formal carers
Granollers	23/09/2009	9	Older people
Vic	01/12/2009	8	Formal carers/Informal carers
Barcelona	15/05/2009	9	Formal carers

The participants were asked to talk about their experiences and opinions regarding telecare. The main goal was to ascertain the social perception of how telecare services promoted autonomy, with the care dimension as the backbone. Unlike other researchers who have used this technique to measure attitudes towards technology or services [25,26], the focus groups were envisioned more as informal talks guided by a specific task [51]. This enabled the participants to share their different points of view, mining their immediate experiences while also producing discussion and debate.

2.5. Analysis

For this analysis we used literal transcriptions of the focus groups and in-depth interviews, which were verified with the corresponding recordings and later analyzed using thematic analysis techniques [44]. The job of analyzing entailed an initial pre-analysis stage [52] in which the entire corpus was studied in detail, which enabled us to identify a series of subjects referring to caring relationships. Later, excerpts from the material were chosen in which the actors reported on different topics related to technology and care's relationship; these were taken as units of meaning following the procedure used by Fex and colleagues [53]. In these excerpts, meanings were identified that revealed the different directions and trajectories taken in the family care network. Based on this identification, we began to establish a series of thematic fields in direct relation with the themes that had initially been identified, each of which was named with their most salient characteristic in mind.

The successive interpretations enabled us to modify these themes, and with them the organizing criteria and location of the different units of meaning. Following Coffey and Atkinson [54], we identified a series of key themes and patterns by assigning labels to the data which kept in mind the words of the participants. Setting up these labels or codes helped us to group them into categories based on their similarities and differences: the first step involving decontextualization was necessary to make way for a second step involving recontextualization [54]; this, in turn, led to the merger of different units of meaning that arose in the interviews and focus groups, bearing in mind the objectives of the research and the novel aspects emerging from the discourses analyzed. The categories with similar content were grouped together and summarized. They were then adjusted and reformulated in a lower number of categories through an inductive, repetitive process, which implied an exchange between the data, and consultations of the literature on the subject and the conceptual framework proposed to address technical mediation [19]. Finally, the emergent themes were described in depth based on a semiotic

understanding of human (and non-human) relations, which views them as “webs of meanings” [55]. In this sense, the analysis consisted of unraveling these meanings and their scopes, further deepening the existing relations between the statements and the emerging categories, and debating the paradoxical aspects that appeared in the discourses of the participants. This enabled us to enrich the analysis of the data to reach a series of findings.

3. Results and Discussion

3.1. Findings

Below we present the study’s findings based on identification of the ties existing among older people, their relatives, formal carers and telecare artifacts. The following dimensions were examined: the presence-absence made possible by the devices; the two-way direction of care between older people and artifacts; and the interrelational and interdependent nature of the network of care. We present the home telecare devices as one more actor in the care network; for that, we need to describe how the devices play a part in a technical network of family care.

3.1.1. The Presence of Others through the Presence of Artifacts

In care mediated by technology, a new agent joins the family: a set of artifacts whose aim is to guarantee the presence of others. The active role of the technological agents (pendant alarm and terminal) in the home telecare service can be seen in the processes of mediation, which make it possible for the family members to remain present even in their absence. Although relatives are not at home, they can rest assured knowing that if something happens they will be notified.

P1: Well, peace of mind, sure! Of course! If there is no one at home and we see that grandma is wearing the pendant alarm in case she falls, or for any reason [...], I don't know. Or, I mean, or that, even if she gets dizzy, something that she herself might find, just push the button and that's it. I mean not [...]. And even for her, too. For her [...] at least every month and a half or two months, they call from the device to see if everything is working properly, I mean even she feels less alone in case anything happens, I mean [...]. I see that it gives us a lot of peace of mind. (Relative in focus group 6, lines 224–229).

The silent presence of the artifacts brings to the home the possibility for the constant presence of others. It is this which leads to the construction of security in terms of peace of mind and trust as a stabilized result of a series of arrangements [56]. In this way, the artifacts are not mere intermediaries that connect the user to an alarm center; their purpose is not limited to this (although this is the prescribed script), but their presence provides the possibility of immediate connection for the human care agent. The absence of the family member translates into the presence of the pendant alarm and home terminal. Bruno Latour termed this process as “delegation”. By virtue of it, an object replaces an actor and redistributes the relative ordering of presence and absence: actors can be remote in time and space yet simultaneously active and present [42]. This is certainly a virtual presence. According to Lèvy, when a person, a community or an act are virtualized, they are placed “out there”, they are deterritorialized. They suffer a kind of detachment from the ordinary physical or geographical space

and from the temporality linked to the clock and the calendar. It cannot be said that they are completely independent of the space-time reference, as they always have to materialize here or elsewhere, now or later, but they subvert the ordinary meaning of presence and absence [57].

Even though these artifacts appear as simple intermediaries which connect the user to the alarm center, their place in the network of care enables new movements to be established. The mediation of the process of keeping someone company is an important aspect of home telecare in constructing a sense of security. The device guarantees that both the family members and users will not be alone; their presence boosts the security of all parties, distributes responsibility and expands the possibilities for care as soon as it sets up the connection with other agents. The inclusion of the pendant alarm and home terminal into the family setting (in the generic sense) and the home (in the specific sense) enables potential risks to be prevented by guaranteeing the presence of others (family members, service providers, health-care services, *etc.*) in their absence. This process is sustained precisely by the interplay between absence and presence, in which the circumstantial absence of family members is translated by the artifacts into a permanent presence.

P4: You see, it's for the person when they're alone and as long as that person is there, it is also a resource that you need: telecare and that's all. The children are at ease and the caregivers are as well, because you know [...]. (Woman user in focus group 4, lines 1,638–1,640).

As the above quote reveals, the presence of the artifact must be constant when the person is alone and when the caregivers are with them in order to sustain the care in the way it is supposed to. The issue is not only whether or not it is used in emergencies—its usefulness lies in its mute, permanent presence. This silent participation of the artifact enables the home to be connected to a series of resources, and for users to feel accompanied even when alone, thus making them feel more secure. As a result of this first translation, the artifacts make the constant presence of the family possible.

Communication with the family is often mediated through objects. The users communicate with the alarm center before they communicate with their family members, shifting the role of the family in resolving emergencies or urgent situations.

P2: Sometimes they say: "Mama, but if something happens to you call us first, eh? Don't be silly!" And I say: "Good lord, I have to call you first?" I'll call the Red Cross and be done with it. "Oh, but it's a snap to call, Mama." Fine, but look.

I: So you would call the Red Cross before calling your children?

P2: Of course I would because you can't imagine the fuss it would raise if I call them, but if I call the Red Cross you see they'd come and do what they have to do, and then I'd let them know that I'm there, right? (Interaction between the interviewer and a woman user in focus group 2, lines 919–927).

The silent presence of objects enables several different actors to exchange, interact and mobilize, shifting their initial positions and shaping a new kind of network. As expressed in the excerpt above, home telecare envisages a shift in how emergencies are handled within the family, displacing the family members' prescribed function. The tension that arises between the daughter's request and the mother's alignment with the purposes of the device reveal a second translation: the shift from being a mother to being a user.

This translation implies a change in the quality of the agents, and with it a reconfiguration of the entire network, each with displacements. The commotion that might occur if she calls her daughter translates into the technical know-how of the home telecare operators. This translation is necessary for other agents to enter the home, as well as for the presence of the family to be constant despite their absence. At first glance, the above quotes certainly seem to indicate that the system works very well in getting the family out of the way of the older people, as well as in making the family absent. Our point here is that this is only a formal absence, and that the system makes it possible because the family's presence becomes delegated into the artifact.

3.1.2. Another One to be Cared for

All caregiving practices entail a two-way relationship in which the person being cared for cares for their caregivers; in the case of the home telecare, the artifacts play a very important role in this interchange of care, enabling the caregivers to be cared for. In our corpus we have identified how users take care of their caregivers, artifacts included. As we shall see, caring for the latter is an important task for the service to achieve.

A clear expression of how users care for others is through trying to resolve the situations themselves without bothering them. This implies evaluating the damages, and considering whether or not to push the alarm button based on this evaluation.

U1: [O]ne day, not too long ago, a month or month and a half ago, I fell here. I fell, I tried to support myself on this chair and I got up and of course [...] I put my weight on the chair, but when I did it the chair fell, of course, so I couldn't, with my weight, the chair fell down over that way and I fell the other way. Whew, my arm still hurts. I said, "God, God, how am I going to get up now...? Shhh, stay calm, stay still, stay here a minute, calm down, calm down, relax," I said, [...]. And after resting a while I was sitting down, resting on this wall here, I said, "Ok, everything hurts but no, I haven't broken anything because the fall was soft. No, so get up," and of course I wasn't going to call because you're not going to stir things up just for something like this. So I got up, I sat down for a while the way I am now, I calmed down, let's see what's going to happen to you tonight [...]. Because, of course, after the fall you're all worked up [...]. (Interview 1, lines 134–148).

In home telecare service, the possibility of "not disturbing" others and evaluating when one should do so is possible thanks to the presence of the artifacts. The care of others takes place through the particular use the person gives to the artifacts. In the solitude of the home, people and pendant alarms encounter each other; not pushing the button translates into not bothering other absent people. Since the family members and telephone operators are far away, not pushing the button on the pendant alarm is one of the forms of telecare that the person being cared for uses to care for their carers.

But, furthermore, the presence of home telecare devices brings new agents to be cared for. The home terminal and the pendant are not only good caregivers; they are also the object of care by users and their relatives. Caring for the object implies directly caring for others and for oneself. The users are accustomed to receiving periodic phone calls (every 15 days or monthly) which fulfill a

twofold purpose: to check on their state of health; and to determine whether the home terminal is working properly.

P1: Yes, yes, yes. And she says: "I got a call from the Red Cross." Or then she tells me, about a month later, she says: "I got a call to check on it. I got a call from the alarm center to check to see whether..." She says it. [...] Well, you know, if the device is working. They tell her what to press and then that's all. So she tells us about it if we are not at home. (Relative in focus group 6, lines 345–351).

This movement is part of the transition from an older person to a user. Being a user means accepting the accomplishment of a set of actions, including the care for the artifacts. The protocol stipulates periodic calls and this repetition maintains the position, highlighting the active role of the people being cared for in this maintenance. The same happens with those agents that participate in the care of older people, now mobilized to care for the devices. As a result, older people have their pendant and home terminal, and the latter have its user. The active nature of the users provokes a particular responsibility through which care is sustained into the care process. For care mediation to be effective, it is necessary to take care of the artifacts. In the system, users play a key role in monitoring the performance of the pendant alarm and home terminal. Malfunction of the devices can be bothersome to the users in a minor sense, and in the major sense it can be a risk that can leave them totally cut off. Certain flaws that trigger discomfort are recurrent.

P4: Sometimes it used to make noise.

I: The device? It made noise?

P4: Yes, well I came here and they fixed it for me, well they told me, they said: "If it makes noise push the green button," but I didn't remember that they'd told me that.

I: Ah!

P4: And, I don't know, later it might happen again, because that noise is awful, eh? (Interaction between researcher and user in focus group 2, lines 1,105–1,114).

The encounter between the agents in certain conditions of uncertainty leads to varied actions: there are attempts to respond to the unknown, promote particular relations with the artifacts and step up the mobilization of other agents. When the home terminal breaks the silence, when it ceases to be what it used to be and is no longer recognized by its behavior, the actions of all the actors involved revolutionize, and the *a priori* meaning of their behaviors destabilize. These situations reveal our current lack of knowledge regarding the mediating role of the device given its stabilization and presentation as a mere intermediary. An effort is needed by the family members and users to maintain the stability of the artifacts. Just like humans, the composition and behavior of objects are variable. Users' care of the pendant alarm and home terminal reveal the two-way direction of the caregiving practice, in which the person being cared for must also take care of the thing that helps them to be cared for—in this case an artifact. These caregiving practices on devices, expressed in the periodical phone calls and alerts in case of flaws, entail permanent action by the human caregiving agents, whose purpose is nothing more than guaranteeing certain conditions of stability so that the pendant alarm and home terminal can work as mediators.

3.1.3. Technology as a Support for Care

The presence of artifacts in the household plays an active role in supporting care. More than the actual caring per se, their role is to support the caring relations of other agents. In this sense, their inclusion exemplifies the socio-economic transformation of the family in recent decades: as an actor that contributes to a new configuration of older people's care; one which allows more actors to be included and promotes changes in the actions of present agents.

P4: I don't think that it replaces others, which you said that it brings compared to other forms of care. I don't see it as a, I mean, this telecare changes ways of caring for people, because it replaces, I think that telecare is a consequence of the fact that the way care is provided has changed. Now we women work outside the home [...] and we're not there. Before [...] the entire family lived together, we were all together. Now we're not; everyone has their own house, their schedule, their own obligations and we all have to look for our own solutions to deal with everything; to be able to fill the gaps; no, to be able to get through daily life better. But I don't [...] I don't think that they offer anything that the work, I mean family, setting could offer in a much better way. (Relative in focus group 4, lines 439–447).

In view of the dispersion of the family and the obstacles and solutions formulated (“we have to look for our own solutions”), home telecare service appears as a technical network that helps maintain current agents' caregiving conditions. It is true that we have shown several changes in familial situations, but it is equally true that telecare becomes a way to make it possible for some features of pre-existing relations to continue. In this vein, the device takes on a central role in the family architecture (considering the transformation of family care in today's context) by promoting the constitution of a socio-technical network of care.

P6: In fact, they have a social commitment as children. “I'm calling you not because I don't want to do my job but because you're also part of the chain.” (Formal carer in focus group 5, lines 304–305).

The responsibility and commitment of the older people's children is key to this process. Being “part of the chain” means accepting the new shape, and ultimately the reconfiguration, of the family and technology in the care of older people. At the same time, it reveals the impossibility of care without the presence of the family, and in doing so it demonstrates the device's function of support within the network of care. Even though home telecare appears as a consequence, or response to, the new family configuration, more than anything it is a producer of new forms of interaction and treatment for family caregiving. However, for this to be possible, the goals of all the actors involved must be translated. This leads to the establishment of negotiation relations, which directly involve older people and their relatives.

P6: You find, percentage-wise, that the majority of users have this problem when a family member requests the service. If the user requests the service, you know that they're going to use it. However, when a son or daughter requests it, which happens a lot, either by telephone or they come to the office to ask for information, you end up saying look, the service [...] I want it for my father or my mother, but do they want it? No, no. So, let's see. The service is for them, right?

The person who has to want it is them, because if you want it we're going to set it up and they're going to say, "Yes, yes, yes," so we shut up, so that we leave them alone, and when we leave they're going to take it off or leave it on top of the nightstand. And this percentage is on the rise [...]. If the user him- or herself requests the service, it's to be expected more than [...].

P1: Than when it seems that the children want to tell them what to do?

I1: Right, of course. And how do you deal with this?

P2: The only thing that happens is that older people probably don't even want to bother their children, right? So the children, and here things change, set up this device to keep an eye on them. They think their parents are better watched over. But there are people who don't want it and others who do. The people who don't want it, when something happens, I have a user who this happened to and then she did start wearing it. But if nothing happens to them, I mean if nothing happens to them, well [...] I mainly think that it is the children who want to keep an eye on their parents and that's why they get it. (Interaction between researcher and formal carers in focus group 3, lines 331–352).

In the midst of these negotiations, the artifacts silently operate as connectors between the several interests. The discussion around the introduction of home telecare translates the actors involved, allowing their goals to be brought to the forefront while producing a new collective at the same time. Pendant alarms and home terminals are mediators because they have the ability to align the different interests at stake: relatives are worried about the welfare of older people living alone; older people want to be quiet and maintain their autonomy; home telecare services want to obtain more customers, and so on. The negotiation is a process where the beginning and end are not determined beforehand. It implies several changes: the actors modify their initial positions; conflicts emerge; acts of persuasion, confrontation or acceptance appear in the network. But the result is unpredictable; the telecare artifacts can or cannot remain at home. Involvement implies all the parties' acceptance of wanting to be part of the new set-up being proposed. This initial process is necessary for the telecare network be formed. When older people accept its introduction, the previous network of care is translated to a new composition thanks to the pendant alarm and the home terminal.

3.2. Discussion

The verbatim seem to point to a view of technology as something not neutral. We mean that technology produces effects and helps to shift and (re)build networks; that is, family life changes once technology is introduced. This is precisely what we have tried to show with the presented data. In order to understand these effects, we have proposed the notion of mediation.

Our point of departure was to conceive caregiving practices as complex relations involving interrelation, interaction and interdependence among human actors (caregivers, older people, service providers, *etc.*) and a diversity of objects that are an inherent part of the caregiving network (from the materiality of the household to communication technologies, and the specificity of the pendant alarm and the home terminal in the home telecare service). In this way, we can define care as a network of mediations, one of whose prominent agents is the set of technical elements which are inherent in it; hence the importance of studying the processes of technical mediation in familial caring relationships and our proposal to do so, given that it is the result of the combined interests and goals of the different

actors. In this sense, care is mediated by technologies, producing a socio-technical network in which a diversity of actors takes part—both human and non-human. The relations established among the participants are characterized by interdependence as part of an ecology of action that stabilizes and destabilizes relations, abilities and inabilities [27], and that sustains and reassembles the care in a constantly dynamic interplay.

Following Latour [42], there are different forms of mediation; that is, there are several ways to produce alliances between human and material actors. In our research, we identify three mediations acting in and defining the care relations: the presence-absence of actors (delegation); the two-way direction of care (translation of goals); and the interrelational and interdependent nature of the network of care (composition).

One of the most significant effects of technology's inclusion in care is the interference in traditional notions of it. Care is no longer defined as a two-way practice upheld on the caregiver-cared dichotomy; rather it has become an ecology of multidirectional action in which a range of human and non-human agents take part [27]. As Molyneaux, Butchard, Simpson and Murray [58] state, it is necessary to question the concept of "caregiver," since its use may have a negative effect on the person being "cared for," particularly when dealing with a joint effort among the participating agents. In order to avoid the use of this binomial, they propose speaking simply about "caring relationships."

In this sense, the active efforts of older people, their relatives and the home telecare personnel show how caring relationships are sustained by technology. Care mediated by technology turns into a socio-technical network that folds into a single movement towards protection and care [27–30,59]. In order for it to work, the agents must act out certain established roles. We can no longer talk about caregivers and the cared for; rather, functional subjects of the home telecare device emerge. The transformation of older people into users is one of the main translations in the socio-technical network. This translation implies letting oneself get involved via the device and thus exchanging competences and goals. Older people become "users" as soon as their actions reflect the guidelines of the device. This translation modifies the distances and relations within the family, displacing responsibilities and distributing new scripts: being a user implies communicating with the central office periodically; ensuring the soundness of the artifacts; wearing the pendant alarm; and, in case of emergency, having the service as the reference instead of family members. Likewise, being a family member implies being "also part of the chain", and becoming a contact in the circuit of the device's information. In order for this to occur, both the users and the family members go through the telephone exchange as an *obligatory passage point* [42]. Although it is not the focus of this paper, another line of analysis derived from the translations described refers to autonomy, a specific supposed benefit of home telecare service. While numerous studies have conceptualized autonomy from an individual perspective, and from this approach considered ageing as a gradual loss of this autonomy [36,59–61], studies from critical gerontology have defined it as a result of relations of interdependence [12,26,60,62,63]. Our analysis of mediation provides evidence along the same lines. The relation of both autonomy and heteronomy emerging from the care network does not depend on a merely individual issue, nor solutions strictly associated with the context. The important thing to bear in mind is which mediations take place, and therefore what new relations and possibilities emerge, as well as to clearly understand what is being sustained. The quantity and quality of agents needed to promote relations of interdependence tending towards

autonomy must be analyzed in light of each unique familial situation and their hybrid relations with the other agents involved.

The inclusion of technical caregiving artifacts in this interdependence grants a central role to the notion of practice and the processes of technical mediation [27,53]. Family configurations are a complex web of actors and actions, movements and distances, which must be taken into account when offering solutions. We can no longer talk about a network of family care and circumscribe it exclusively to the family: it is hybrid and takes shape within a network of networks that possess a major connective potential. Just as the family has readily accepted home telecare as a network (there is a significant process of naturalization, and ultimately of acceptance and inclusion), it also has the potential to incorporate other networks that may transform its goals in relation to providing care. It should come as no surprise that forthcoming generations of older people and their relatives will increasingly and even more readily incorporate more technology into the job of providing care. The presence of these networks, as well as the greater possibilities of producing new additions, mean that more and more agents are joining the game, including family members, neighbors, doctors, firemen, computers, mobile telephones, formal carers, keys, telephone operators, and others. The more actors that join, the more the responsibilities and actions will be distributed.

Care as a socio-technical network has altered space and time, as well as the roles assigned to family members: in the former, distances and response capacities have been turned into a quick and accessible point through a codification system based on the transit of information, leading to environments that are more reliable for action [30]; the latter shows a change in the role of family members, who acquire functional roles as circuits of information at the service of home telecare. Both transformations are made possible by the presence of the artifacts, which are not limited to the pendant alarm and home terminal, but also include telephone exchanges, computers, helmets and thousands of kilometers of cables. The presence and strategic distribution of the artifacts shape a system of protection and vigilance—such control being possible by the cooperation of human and non-human actors.

4. Conclusions

The core of our argument rests in the mediating role of technology. Alongside this paper we have shown different realizations of the latter through an analysis of familial changes and continuities enabled by a home telecare service.

Our analysis explains care as an active practice that requires the involvement of many different actors, both human and non-human. Our interest has been to show that these non-human actors are not mere instruments of human agents. On the contrary, this case study has allowed us to appreciate the active role of artifacts in a network of care. Sometimes they act instead of human carers, sometimes they translate previous goals, and sometimes they sustain the very network of care. In all cases, anyway, they have an active role whose outcome is a kind of durability through change.

Finally, we have also questioned traditional notions of care and its role in family settings. As the analysis has evidenced, the mediating activity of artifacts produces several translations in family relationships. In this respect, we should ask what these translations mean in the family setting, and where the family is heading in its alliance with technology. These developments show that the family is changing, and that the technified family is emerging as the possible future norm for family relations.

In order to go deeper into the effects of technologies of care, more research is needed to evaluate the extent to which these translations contribute to the welfare of people involved, and to promote the consensual construction of new compositions.

Acknowledgments

Special thanks to the National Agency for Research and Innovation (ANII) of the República Oriental del Uruguay, which funds the main author's scholarship.

This study has been financed by the Ministry of Education and Science. Project: 'Tecnología y atención a la dependencia: análisis de los efectos Psicosociales de la implementación de la teleasistencia (Ref. CSO2008-06308-C02-01/SOCI).

Conflict of Interest

The authors declare no conflict of interest.

References

1. McGlone, F.; Cronin, N. *A Crisis in Care? The Future of Family and State Care for Older People in the European Union*; Family Policy Studies Centre: London, UK, 1994.
2. Bazo, M.T.; Ancizu, I. El papel de la familia y los servicios en el mantenimiento de la autonomía de las personas mayores: Una perspectiva internacional comparada (in Spanish). *Revista española de investigaciones Sociológicas* **2004**, *105*, 43–77.
3. Molina Sena, C.; Meléndez Moral, J.C.; Navarro Pardo, E. Bienestar y calidad de vida en ancianos institucionalizados y no institucionalizados. *Anales de psicología* **2008**, *24*, 312–319.
4. Outshoorn, J. The provision of home care as a policy problem. *J. Comp. Policy Anal.* **2008**, *10*, 7–27.
5. Albertini, M. What childless older people give: Is the generational link broken? *Ageing Soc.* **2009**, *29*, 1261–1274.
6. Jamieson, A. Atención informal en Europa. In *Comparación de Políticas Europeas de Atención a las Personas Ancianas* (in Spanish); Jamieson, A., Ed.; SG: Barcelona, Spain, 1993; pp. 13–32.
7. Bazo, T.; Domínguez-Alcón, C. Los cuidados familiares de salud a las personas ancianas y las políticas familiares (in Spanish). *Revista española de investigaciones sociológica* **1995**, *73*, 1–22.
8. Durán, M. La mediación invisible: De las utopías sociales a los programas políticos en materia de salud. In *El Futuro de la Salud* (in Spanish); De Miguel, J., Ed.; Centro de Estudios Constitucionales: Madrid, Spain, 1998.
9. Álvarez Hernández, J.; Sicilia Molina, M. Deterioro cognitivo y autonomía personal básica en personas mayores. *Anales de psicología* **2007**, *23*, 272–281.
10. Roca Roger, M.; Úbeda Bonet, I.; Fuentelsaz Gallego, C.; López Pisa, R.; Pont Ribas, A.; García Viñets, L.; Pedreny Oriol, R. Impacto del hecho de cuidar en la salud de los cuidadores familiares. *Atención primaria* **2000**, *26*, 53–67.
11. Kuuppelomäki, M.; Sasaki, A.; Yamada, K.; Asawaka, N.; Shimanouchi, S. Coping strategies of family carers for older relatives in Finland. *J. Clin. Nurs.* **2004**, *13*, 697–706.

12. Montorio Cerrato, I.; Fernández de Trocóniz, M.I.; López López, A.; Sánchez Colodrón, M. La entrevista de carga del cuidador. Utilidad y validez del concepto de carga. *Anales de psicología* **1998**, *14*, 229–248.
13. Coen, R. Individual quality of life factors distinguishing low-burden and high-burden caregivers of dementia patients. *Dement. Geriatr. Cogn. Disord.* **2002**, *13*, 164–170.
14. Rawlings, J.; Spencer, M. Daughters and wives as informal care givers of the chronically ill elderly in trinidad. *J. Comp. Fam. Stud.* **2002**, *33*, 125–137.
15. Robinson, K.; Steele, D. The relationship between health and social support in caregiving wives as perceived by significant others. *J. Adv. Nurs.* **1995**, *21*, 88–94.
16. Chambers, M.; Ryan, A.A.; Connor, S.L. Exploring the emotional support needs and coping strategies of family carers. *J. Psychiatr. Ment. Health Nurs.* **2001**, *8*, 99–106.
17. Samuelsson, A.; Annerstedt, L.; Elmstahl, S.; Samuelsson, S.M.; Grafström, M. Burden of responsibility experienced by family caregivers of elderly dementia sufferers. *Scand. J. Caring Sci.* **2001**, *15*, 25–33.
18. Hill, M.; Bramley, G. *Analysing Social Policy*; Blackwell: Oxford, UK, 1992.
19. Kontos, P.C.; Naglie, G. Tacit knowledge of caring and embodied selfhood. *Sociol. Health Illn.* **2009**, *31*, 688–704.
20. Roberts, C.; Mort, M. Reshaping what counts as care: Older people, work and new technologies. *Alter Eur. J. Disabil. Res.* **2009**, *3*, 138–158.
21. Gadrey, L. *L'économie des Services* (in French); Editions la Découverte: Paris, France, 1996.
22. Djellal, F.; Gallouj, F. Innovation in care services for older people. *Serv. Ind. J.* **2006**, *26*, 303–327.
23. Brownsell, S.; Bradley, D.; Porteus, J.; Hawley, M. *Assistive Technology and Telecare: Forging Solutions for Independent Living*; Policy Press: Bristol, UK, 2003.
24. Fisk, M.F. *Social Alarms to Telecare: Older People's Services in Transition*; Policy Press: Bristol, UK, 2003.
25. Hanson, J.; Percival, J. Differing perspectives on telecare: An attitudinal survey of older people, professional care workers and informal carers. In *Designing Accessible Technology*; Clarkson, J., Langdon, P., Robinson, P., Eds.; Springer: London, UK, 2006; pp. 215–225.
26. Hanson, J.; Percival, J.; Aldred, H.; Brownsell, S.; Hawley, M. Attitudes to telecare among older people, professional care workers and informal carers: A preventative strategy or crisis management? *Univers. Access Inf. Soc.* **2007**, *6*, 193–205.
27. Sánchez-Criado, T.; López, D. La traducción del cuidado: La teoría del actor-red y el estudio de la interdependencia en la teleasistencia para personas mayores (in Spanish). *Estudios de psicología* **2009**, *30*, 199–213.
28. López Gómez, D. Aplicación de la teoría del actor-red al análisis espacial de un servicio de teleasistencia domiciliaria (in Spanish). *Revista de Antropología iberoamericana* **2005**, *2*, 1–19.
29. *Ageing, Technology and Home Care*; Mort, M., Milligan, C., Roberts, C., Moser, I., Eds.; Presses de l'Ecole des Mines de Paris: Paris, France, 2008.
30. Tirado, F.; López, D.; Callén, B.; Domènech, M. La producción de fiabilidad en entornos altamente tecnificados. Apuntes etnográficos sobre un servicio de teleasistencia domiciliaria (in Spanish). *Papeles del CEIC* **2008**, *2*, 38–40.

31. López, D. Securizing care: Networks, immediacy and independence in a home telecare service. *Athenea Digit.* **2009**, *164*, 185–193.
32. Mort, M.; Roberts, C.; Milligan, C. Ageing, technology and the home: A critical project. *Alter Eur. J. Disabil. Res.* **2009**, *3*, 85–89.
33. Sparrow, R.; Sparrow, L. In the hands of machines? The future of aged care. *Minds Mach.* **2006**, *16*, 141–161.
34. Novais, P.; Costa, R.; Machado, J.; Neves, J. A memory assistant for the elderly. *Intell. Distrib. Comput.* **2009**, *237*, 209–214.
35. Sixsmith, A.; Sixsmith, J. Ageing in place in the United Kingdom. *Ageing Int.* **2008**, *32*, 219–235.
36. Rojas Ocaña, M.J.; Toronjo Gómez, A.; Rodríguez Ponce, C.; Rodríguez Rodríguez, J.B. Autonomía y estado de salud percibidos en ancianos institucionalizados (in Spanish). *Gerokomos* **2006**, *17*, 8–23.
37. Van der Pas, S. Living arrangements, ageing in place, and wellbeing among older New Zealanders. In *Enhancing Wellbeing in an Ageing Society: 65–84 Year Old New Zealanders in 2007*; Koopman-Boyden, P., Waldegrave, C., Eds.; The Population Studies Centre, University of Waikato, Hamilton and the Family Centre Social Policy Research Unit: Waikato, New Zealand, 2007; pp. 133–152.
38. Schaie, K.W.; Wahl, H.W.; Mollenkopf, H.; Oswald, F. *Ageing Independently: Living Arrangements and Mobility*; Springer: New York, NY, USA, 2003.
39. *Ageing and Place: Perspectives, Policy, Practice*; Andrews, G.J., Phillips, D.R., Eds.; Routledge: London, UK, 2005.
40. IMSERSO. Cuadernos: El modelo residencial a debate (in Spanish). *Revista sesenta y más* **2008**, *14*, 31–39.
41. Cutchin, M.P. The process of mediated aging-in-place: A theoretically and empirically based model. *Soc. Sci. Med.* **2003**, *57*, 1077–1090.
42. Latour, B. *Pandora's Hope: Essays on the Reality of Science Studies*; Harvard University Press: Cambridge, MA, USA, 1999.
43. Loredó Narcandi, J.C. Sujetos o actantes? El constructivismo de Latour y la psicología constructivista (in Spanish). *Aibr. Revista de Antropología Iberoamericana* **2009**, *4*, 113–136.
44. Latour, B. *Science in Action: How to Follow Scientists and Engineers Through Society*; Harvard University Press: Cambridge, MA, USA, 1987.
45. De Oliveira Texeira, M. A ciência em ação: Seguindo Bruno Latour (in Spanish). *História ciências saúde* **2001**, *8*, 265–272.
46. Kranzberg, M. Technology and history: “Kranzberg’s Laws”. *Technol. Cult.* **1986**, *27*, 544–560.
47. Vaughn, S.; Schumm, J.S.; Sinagub, J.M. *Focus Group Interviews in Education and Psychology*; Sage Publications: Thousand Oaks, CA, USA, 1996.
48. Denzin, N.K.; Lincoln, Y.S. *Collecting and Interpreting Qualitative Materials*; Sage Publications: Thousand Oaks, CA, USA, 1998.
49. Denzin, N. The reflexive interview and a performative social science. *Qual. Res.* **2001**, *1*, 23–46.
50. Potter, J.; Hepburn, A. Qualitative interviews in psychology: Problems and possibilities. *Qual. Res. Psychol.* **2005**, *2*, 1–27.
51. Puchta, C.; Potter, J. *Focus Group Practice*; Sage Publications: London, UK, 2004.

52. Bardin, L. *El Análisis de Contenido* (in Spanish); Akal Ediciones: Madrid, Spain, 1996.
53. Fex, A.; Ek, A.C.; Söderhamn, O. Self-care among persons using advanced medical technology at home. *J. Clin. Nurs.* **2009**, *18*, 2809–2817.
54. Coffey, A.; Atkinson, P. *Encontrar el Sentido a Los Datos Cualitativos: Estrategias Complementarias de Investigación* (in Spanish); Editorial Universidad de Antioquía: Medellín, Colombia, 2003.
55. Geertz, C. *The Interpretation of Cultures: Selected Essays*; Basic: New York, NY, USA, 1973.
56. Callon, M.; Lascoumes, P.; Barthe, Y. *Acting in an Uncertain World: An Essay on Technical Democracy*; MIT Press: Cambridge, MA, USA, 2001.
57. Pierre, L. *Qu'est-ce Que Le Virtual* (in French)? Éditions de la Découverte: Paris, France, 1995.
58. Molyneux, V.; Butchard, S.; Simpson, J.; Murray, C. Reconsidering the term “carer”: A critique of the universal adoption of the term “carer”. *Ageing Soc.* **2011**, *31*, 422–437.
59. Katz, S. *Cultural Ageing: Life Course, Lifestyle, and Senior Worlds*; Broadview: Peterborough, UK, 2005.
60. Neugarten, B.L. *Los Significados de la Edad* (in Spanish); Herder: Barcelona, Spain, 1999.
61. Reindal, S.M. Independence, dependence, interdependence: Some reflections on the subject and personal autonomy. *Disabil. Soc.* **1999**, *14*, 353–367.
62. Hockey, J.; James, A. *Growing Up and Growing Old: Ageing and Dependency in the Life Course*; Sage: London, UK, 1993.
63. Camdessus, B. *Crisis Familiares y Ancianidad* (in Spanish); Paidós: Barcelona, Spain, 1995.

© 2013 by the authors; licensee MDPI, Basel, Switzerland. This article is an open access article distributed under the terms and conditions of the Creative Commons Attribution license (<http://creativecommons.org/licenses/by/3.0/>).

V. Hackear la ciencia y la democracia.

Decodificación y recodificación de un
mecanismo de democracia deliberativa



Hackear la ciencia y la democracia. Decodificación y recodificación de un mecanismo de democracia deliberativa

Gonzalo Correa

Programa de Doctorado de
Psicología Social de la
Universitat Autònoma de
Barcelona, Ayudante de la
Facultad de Psicología de la
Universidad de la República,
Uruguay.

gonzalo.correa@uab.cat
gcorrea@psico.edu.uy

Miquel Domènech

Departamento de Psicología
Social de la Universitat
Autònoma de Barcelona.
Director del GESCIT (Grup de
Estudis Socials de la Ciència i
la Tecnologia), España

miquel.domenech@uab.cat

Recibido: Nov. 2013.

Aprobado para publicación:
Dic. 2013.

Resumen

Las sociedades del conocimiento se caracterizan por el abordaje de temáticas de alta complejidad que involucran a expertos, representantes y ciudadanos comunes. En las últimas décadas ha surgido una preocupación cada vez mayor por el involucramiento del público en la evaluación de las tecnologías. Diversos mecanismos de participación, inspirados en los supuestos de la democracia deliberativa, se han llevado a cabo en el mundo entero, resaltando entre éstos las conferencias de consenso (CC). A partir del análisis de los componentes de este dispositivo proponemos introducir una serie de cambios con el propósito de superar el problema de la legitimación democrática y problematizar la democratización de la democracia como objetivo de la participación. El presente artículo analiza las condiciones necesarias para hacer de las CC un foro híbrido, es decir una instancia que supere la doble brecha instalada en la modernidad que separa expertos de legos y representantes de ciudadanos ordinarios.

Palabras clave

Foro híbrido, conferencia de consenso, participación ciudadana.

Hacking science and democracy. Decoding and recoding of a deliberative democratic device

Abstract

Knowledge societies are characterized by addressing highly complex issues involving experts, representatives and ordinary citizens. In recent decades, there has emerged a growing concern for public involvement in the evaluation of technologies. Various mechanisms for participation, inspired by the assumptions of deliberative democracy, have been conducted around the world, highlighting among them the consensus conferences (CC). From the analysis of the components of this device, we propose to introduce a number of changes in order to overcome the problem of democratic legitimacy and to problematize the democratization of democracy as an aim of participation. This paper examines the conditions necessary to make the CC an hybrid forum, namely, an instance that exceeds the double gap that separates lay people and citizen of experts and representatives.

Keywords

Hybrid forum, consensus conference, citizen participation.

Introducción

La participación de personas "ciudadanas no expertas" en instancias de evaluación sobre temáticas de ciencia y tecnología es un fenómeno reciente de las últimas décadas. El campo de estudios de ciencia y tecnología (STS) ha mostrado interés por estudiar los procesos de participación y movilización de ciudadanos en controversias tecnocientíficas, en un contexto de creciente preocupación por el fomento y estudio de su participación en el seno de la ciencia y la tecnología denominado "giro participativo" (Jasanoff, 2003).

Gobiernos y otras entidades como ONGs y universidades han desarrollado diversas experiencias de participación que han reunido a ciudadanos legos y expertos en instancias de evaluación basadas generalmente en los principios de la democracia deliberativa. En ese repertorio de mecanismos sobresalen las conferencias de consenso, los paneles ciudadanos, los juicios ciudadanos, los *scenario workshops*, entre otros, los cuales se presentan como alternativas a los modos tradicionales de evaluación e involucramiento ciudadano habitualmente empleados, como lo son los grupos de discusión o las encuestas de opinión.

En este artículo abordaremos uno de esos mecanismos en particular, la conferencia de consenso (de aquí en más CC), por varios motivos. En primer lugar, porque es un dispositivo de participación abocado al debate sobre asuntos tecnocientíficos diseñado para tratar temas controversiales de actualidad y de fuerte implicación social; en segundo lugar, porque es una instancia que reúne ciudadanos expertos y legos en un mismo espacio, posibilitando y promoviendo instancias de diálogo entre estos actores inicialmente separados; en tercer lugar, por el papel que se le adjudica a la opinión pública en la construcción de soluciones tecnocientíficas; en cuarto lugar, porque el dispositivo prevé un producto final, la realización de un informe por parte de los ciudadanos participantes con recomendaciones y sugerencias al sistema político, hecho que lo diferencia de otras instancias deliberativas; y en quinto lugar, por un motivo práctico, se trata de uno de los mecanismos deliberativos más estabilizados y nos interesa probar su implementación en el contexto español y su adaptación para la participación de personas concernidas.

La conferencia de consenso es un mecanismo que ha sido diseñado e institucionalizado por el *Danish Board of Technology* que, aunque no vinculante, ha formado parte del proceso de toma de decisiones sobre temas de ciencia y tecnología del Parlamento Danés. Asimismo, rápidamente se ha extendido en muchos países del mundo presentándose como un modelo capaz de ser replicado en diversas realidades. Precisamente esa cualidad de "modelo" es la que proponemos discutir. Para ello presentaremos de forma sistemática, basándonos en una revisión sobre distintas experiencias realizadas, los rasgos que contribuyen a pensarle de esa

forma, resaltando sus principales componentes y su relación directa con el paradigma de democracia deliberativa. Así como en el *hacking*, basada en una ética particular (Himanen, 2002), un código informático es modificado con el propósito de hacerlo accesible a todos, como *hackers*, nos proponemos aventurarnos al interior del modelo, identificar los códigos que le componen y recodificar algunos de éstos, introduciendo algunos cambios orientados por la premisa de hacer más democrática la ciencia y la propia democracia.

Punto de partida. La ciencia y la tecnología deliberadas: la Conferencia de Consenso como mecanismo de la democracia deliberativa

Las transformaciones producidas en la sociedad del conocimiento, caracterizadas por la proliferación masiva de nuevas tecnologías de la comunicación y la presencia cada vez más visible de la tecnología en la vida cotidiana de las personas, vienen modificando las condiciones de participación en la vida pública y política de los ciudadanos. Este fenómeno ha motivado diversas reflexiones acerca de la calidad de los dispositivos democráticos actuales (Marres, 2007; Barthe, 2006; Callon, Lascoumes & Barthe, 2009). Entre estos cambios sobresale el rol cada vez más destacado que se le asigna al conocimiento experto (científicos y técnicos) en los procesos deliberativos y de toma de decisiones políticas, detectándose un proceso creciente de expertización de estos debates que tiene como consecuencia el alejamiento de los ciudadanos de la participación en la vida pública (Aceros & Domènech, 2010; Domènech et al. 2002). No obstante este escenario negativo para el involucramiento de la ciudadanía, los últimos años vienen signados por un fuerte interés, por parte de investigadores, de incluir a la ciudadanía en el proceso de toma de decisiones sobre temáticas que conciernen al campo de la ciencia y la tecnología (Lengwiler, 2008; Jasanoff, 1999). En la misma dirección, comienza a aparecer como preocupación en las agendas gubernamentales el incremento del involucramiento del público y la discusión sobre cómo llevar a cabo los procedimientos de toma de decisiones políticas en los debates tecno-científicos (Brown, 2009; Callon, 2003). Lo que está en juego en estos procesos de inclusión ciudadana es la manera de conectar la producción científica con los ideales democráticos (De Vries, 2007), fomentando la participación de ciudadanos no expertos en la producción de conocimientos.

Los procesos de comunicación de la ciencia no han sido ajenos a estos cambios de perspectiva; han pasado de un estilo basado en la información unidireccional, la participación y el diálogo a la idea de un involucramiento del público cada vez más temprano y democrático

(Kurath & Gisler, 2009). En este cambio la conferencia de consenso ha jugado un papel clave o, al menos, ha sido parte de este nuevo paradigma.

El objetivo de las CC es generar un diálogo informado que permita al público en general la comprensión de temas relacionados con ciencia y tecnología (Lach & Stanford, 2010). Con este conocimiento la sociedad en general puede participar de la evaluación de los desarrollos en ciencia y tecnología, dejando atrás la idea de que sólo las élites de expertos pueden ser parte del proceso de toma de decisión (Lach & Standford 2010; Guston, 1999). Esto, a su vez, permite reducir las barreras existentes entre los ciudadanos y los temas de ciencia y tecnología y al mismo tiempo disminuir la brecha que se ha generado entre ciudadanos, expertos y políticos (Petts, 2004; Kleinman, 2000; Grundahl 1995).

La idea de conferencia de consenso surge en Estados Unidos, en el año 1977. Bajo la consigna de discutir sobre Biotecnología, emerge como una instancia necesaria para reunir a expertos con el cometido de debatir en el seno de controversias emergentes en sus disciplinas y alcanzar acuerdos generales entre los miembros de su comunidad (Kelly, 1999; Guston, 1999; Joss & Duran, 1995). El ámbito médico ha sido por excelencia el que más ha empleado este tipo de instancias para dirimir cuestiones asociadas con la precisión de los diagnósticos clínicos, de ahí que sea común encontrar con el nombre de conferencia de consenso instancias de reunión exclusivas para especialistas. La emergencia de un espacio para discutir sobre aspectos que despiertan el disenso dentro de una comunidad demuestra que la ciencia, lejos de ser exacta y objetiva como se muestra, da lugar a márgenes de incertidumbre y apertura para la discusión y el debate de opiniones. Será precisamente este carácter debatible de lo científico y lo tecnológico lo que animará al *Danish Board of Technology* a introducir, en la década de 1980, a ciudadanos legos en la evaluación tecnológica y en el debate de controversias tecnocientíficas modificando radicalmente la propuesta estadounidense (Kleinman, Delborne & Anderson, 2011).

La primera conferencia de consenso, tal como la conocemos, fue realizada en 1987 en Dinamarca invitando a participar a ciudadanos legos y no expertos para debatir sobre el tema *"Gene technology in industry and agriculture"*. El mecanismo fue pionero en tanto medio de comprensión de la perspectiva ciudadana sobre el desarrollo tecnológico y como receptor de la opinión de la ciudadanía relacionada con asuntos políticos (Sclove, 2000). A partir de entonces se presentó al mundo lo que luego se denominaría con el tiempo como el modelo danés (Grundahl, 1995). Debido a sus resultados, valorados como positivos, enseguida se replicó en distintos países (Goldberg, Pasher & Levin-Sagi, 2006; Einsiedel & Easlick, 2000).

Según Hamlett (2003) la conferencia de consenso es la técnica participativa en ciencia y tecnología más ambiciosa y compleja en la actualidad. Uno de sus objetivos es reducir las

barreras que obstaculizan el involucramiento ciudadano en las decisiones científicas y tecnológicas (Petts, 2004; Kleinman, 2000), mediante la producción y el fortalecimiento de la confianza en los ciudadanos al ser escuchados y valorizados en la toma de decisiones (Andersen & Jaeger, 1999), creando puentes para disminuir la brecha existente entre el público general, los expertos y los políticos (Grundahl, 1995). Se funda en la idea de que la evaluación científico-tecnológica necesita ser negociada socialmente entre distintos grupos en lugar de ser definida exclusivamente por grupos de expertos. En ese sentido, es un método diseñado para crear diálogo informado, procurando hacer a la ciencia y a la tecnología comprensibles para el público en general, aunque éste posea perspectivas y prioridades que puedan diferir radicalmente de las de la comunidad experta (Lach & Stanford, 2010).

Las características que distinguen al modelo danés de otras experiencias participativas son cuatro y son precisamente éstas, en parte, las que coadyuvan a sostener su estatus de modelo. Se selecciona un panel compuesto por ciudadanos (elegidos azarosamente mediante criterios de representatividad demográfica), se desarrolla un programa de entrenamiento e información sobre la temática a tratar, se promueve y alcanza la interacción con expertos y finalmente se redacta un informe final con recomendaciones (Kleinman, Delborne & Anderson, 2011; Laurent, 2009).

En 2006, un equipo de investigación del instituto LEI confeccionó un manual sobre conferencias de consenso donde reúnen y sistematizan los componentes y procedimientos imprescindibles para el montaje del mecanismo (Nielsen et al., 2006). Este manual establece pasos muy precisos para su implementación: selección del tema, financiamiento, organización y lugar, contratación de miembros –dirección, moderador e instructores–, elaboración y diseño del material introductorio, selección de miembros del panel, preparación de legos, fase pública de la conferencia, deliberación del grupo lego, difusión de los resultados del informe, rendición de cuentas y evaluación. Este tipo de sistematizaciones y criterios claros son los que permiten que el dispositivo sea fácilmente replicable. La simple existencia del manual nos habla del grado de institucionalización y modelación que ha sufrido el dispositivo.

Vale la pena subrayar que el mecanismo halla en el asunto uno de sus puntos claves. Según Grundahl (1995) existen seis criterios claros para delimitarlo: 1) actualidad, 2) temática no muy compleja, 3) controversia, 4) necesidad de experticia para aclarar puntos, 5) disponibilidad de conocimiento y experiencia y 6) necesidad de clarificar objetivos y actitudes. A partir de la identificación del asunto es que se monta el mecanismo de participación.

Una vez delimitado el asunto se reúne un panel entre 12 y 15 ciudadanos (en ocasiones más) que al cabo de tres fines de semana, deliberan sobre un asunto, siendo ellos los encargados de diseñar la agenda de discusión y la selección de expertos participantes en el

último fin de semana (Hamlett, 2003). Es así como las conferencias de consenso se componen de dos etapas, la primera de preparación y la segunda de deliberación. En la primera etapa se reúnen a los ciudadanos seleccionados previamente y se desarrolla un proceso de información y entrenamiento sobre la temática a debatir y las formas de hacerlo en la etapa ulterior. Esta etapa de entrenamiento o formación (el nombre varía a lo largo de la literatura, en nuestro caso hemos decidido llamarle "de preparación") responde a la ausencia de conocimiento e involucramiento de los ciudadanos con la temática; que los ciudadanos no tengan una influencia sobre el tema es parte de la característica de neutralidad de la conferencia de consenso, con lo cual se asegura que las conclusiones sean lo más racionales posible, sin involucrar intereses previos y personales (Chavot & Masseran, 2002). La segunda etapa es la "conferencia de consenso en sí", donde los expertos desarrollan sus ponencias y los ciudadanos tienen la posibilidad de abordarlos e interactuar con ellos; al final se desarrolla un informe por parte de los ciudadanos el cual retoma las principales conclusiones y recomendaciones que surgen durante todo el proceso.

Queremos subrayar que más allá de los aspectos formales y procedimentales, existen otros elementos que inciden en el desarrollo del proceso y que tienen que ver con el papel que juega la materialidad y el desempeño de ciertos roles durante el proceso deliberativo. Uno de esos aspectos importantes que es escasamente discutido en la literatura, pero que se ha comprobado tiene influencia en el desempeño de los participantes en los procesos participativos, son las condiciones de confort y la distribución del espacio. Un ejemplo es la existencia de incentivos (alimentos, transporte, compensaciones) que permiten a los participantes sentirse atendidos y valorados, lo cual incrementa su atención y disposición ante la participación (Kleinman et al., 2007). En cuanto a la organización del espacio existen estudios que demuestran que la ubicación de las sillas, los espacios entre paneles y la existencia de barreras centrales (mesas, adornos, proyectores) generan o eliminan sentimientos de confianza, asignan jerarquías así como acentúan la brecha experto-lego (Kelly, 1999). Del mismo modo también resulta importante la selección de aquellos actores que dinamizarán las distintas instancias. Estos son los facilitadores de la primera etapa de entrenamiento y el moderador que dirige la discusión durante la etapa de deliberación. Estos personajes al tener un contacto directo con los participantes deben cuidar de no influir en la toma de decisiones o en la construcción de argumentos para la discusión o elaboración del reporte. A su vez, deben promover la participación, la confianza y el intercambio de posturas entre los diversos participantes (Laurent, 2009; Nielsen et al., 2006).

A lo largo de este estudio hemos identificado 82 conferencias realizadas en todo el mundo. Las temáticas abordadas por las distintas conferencias de consenso en el mundo han sido muy variadas, sobresaliendo aquellas en las que se pone a consideración del público los

efectos de determinadas tramas tecnológicas en la vida cotidiana. Éstas pueden englobarse en cinco grandes conjuntos: Alimentos genéticamente modificados (en adelante OGM), Medio ambiente y agricultura, Genética y biología, Tecnología y Urbanismo. A nivel mundial, la temática que más resaltan son los OGM y Medio Ambiente y Agricultura (ver figura 1). Para el caso de Europa, el más destacado es el campo de temas relacionados a Genética y Biología con un 30% de los datos analizados.

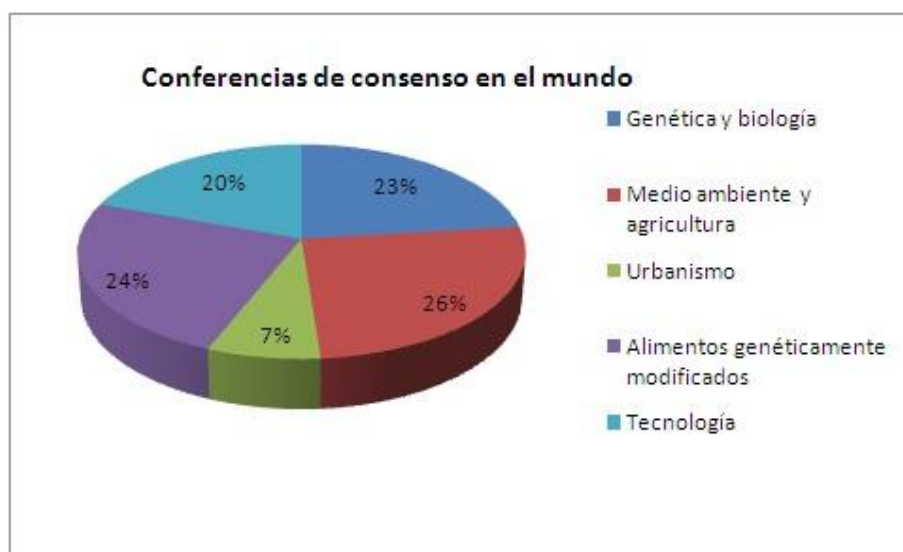


Figura 1: Temáticas de las CC a nivel mundial.

De los datos obtenidos también se puede observar que la aplicación de CC transcurre en 25 años, siendo el año de 1999 el que sostiene una mayor cantidad de CC registradas, destacando la temática de los OGM, los cuales a partir de 2004 dejan de tener presencia en las temáticas de las CC (ver figura 2). Estas conferencias han sido realizadas en más de 20 países, siendo Dinamarca y Estados Unidos los que más han utilizado este mecanismo. En el caso danés, las CC son institucionalizadas, mientras que en el estadounidense son llevadas a cabo por académicos u organizaciones no gubernamentales (Kleinman, Delborne & Anderson, 2011). Si bien esta información puede ser localizada en la página web del Instituto Loka (www.loka.org), hemos constatado la ausencia de algunas conferencias y la inclusión de algunas actividades que, propiamente, no entran en dicha clasificación. A efectos de este artículo, hemos tomado como base la información mencionada, complementándola con el rastreo bibliográfico de producciones académicas sobre conferencias de consenso según el modelo danés.



Figura 2: Realización de CC año por año desde 1987 al 2011.

Con respecto a la evaluación de las conferencias, existen muchos criterios a veces explícitos pero a menudo implícitos (Rowe & Frewer, 2005). La mayoría de las veces se focaliza en el impacto en el debate público y político concluyéndose en que posee escasos o nulos efectos en estas arenas (Guston, 1999). Pese a esta tendencia, existen experiencias que atestiguan el impacto potencial de las conferencias como lo demuestran Hudspith y Kim (2002) quienes identifican cómo fueron seguidas gran parte de las recomendaciones de un panel ciudadano en Ontario, Canadá. Por otra parte, Kleinman y colaboradores (2007) proponen una serie de metas y criterios para evaluar el éxito de la conferencia, entre ellas se destaca la diversidad de los participantes, la calidad del proceso del debate, el empoderamiento de los ciudadanos participantes y el impacto en el debate público y en la política.

A lo largo de su implementación en el mundo, se han realizado algunos cambios en el modelo danés, con la finalidad de adaptarlo a los diversos contextos en donde se ha aplicado. A modo de ilustración, presentaremos tres ejemplos: uno referido al cambio de nominación (a), otro referido a la fusión con otros mecanismos deliberativos (b) y un tercero que da cuenta de la realización simultánea de varias conferencias (c), algunas de ellas a través de internet, buscando hacer más representativo el mecanismo.

a) El primer ejemplo es el caso francés, donde los organizadores decidieron nombrarlo Conferencia Ciudadana debido a que el término "consenso" podría evocar a una conferencia basada en un compromiso ambiguo. Aunado a ello, el objetivo de este proceso en dicho país era comparar los puntos de vista de los participantes y no precisamente llegar a un acuerdo. Por otra parte, la palabra ciudadano le permitiría al participante, según los organizadores, adoptar un papel más activo como lego dentro del proceso (Chavot & Masseran, 2002). En otros contextos francófonos pasa lo mismo, como es el caso de Canadá (Hudspith & Kim, 2002).

b) Otra de las modificaciones que se ha realizado es la mixtura con otro tipo de mecanismos. Lach y Stanford (2010) dan cuenta de la construcción de un "workshop

conference” a partir del modelo danés de conferencia de consenso, como una variante de este proceso, al suprimir la instancia final de la conferencia y remitir el informe a un taller. Esta modificación fue justificada por el objetivo de su investigación que era observar un proceso social que permitiera la comprensión de la información científica, en lugar de conocer cómo las decisiones políticas pueden ser informadas por una conferencia pública.

c) En relación al tercer ejemplo, Hamlett (2003) registra una experiencia llevada a cabo por un grupo de investigadores de la Universidad Estatal de Carolina del Norte mediante un programa de investigación que estudió la aplicabilidad del modelo danés en Estados Unidos. Así, en 2001, se llevaron a cabo dos conferencias de consenso. Ambos paneles ciudadanos examinaron el mismo asunto, la modificación genética de alimentos (GMF), trabajaron con los mismos materiales e interactuaron con los mismos expertos. Cada uno de estos paneles trabajó independientemente uno del otro, elaborando cada uno sus respectivos informes y recomendaciones. La única diferencia fue que uno de los paneles trabajó de la manera tradicional, cara a cara, mientras que el otro lo hizo enteramente por internet, lo que constituyó la primera experiencia conducida de esta manera. Posteriormente, en este mismo programa se realizaron ocho conferencias más, seis a través de la modalidad *on line* y dos de manera mixta. El objetivo a largo plazo era probar la realización simultánea de diversas conferencias conjugando el trabajo de grupos pequeños con el trabajo a gran escala. En 2011, se registra un informe basado en una de estas conferencias realizadas en 2008. Se trata de una CC en versión *online* sobre el tema de nanotecnología, la cual intentaba congrega diversos condados que podrían reunirse virtualmente. A nivel teórico la propuesta parecía abarcar un espectro mayor en dimensiones, sin embargo se presentaron dificultades de coherencia, autonomía y grado de compromiso, en gran parte debido a la falta de recursos tecnológicos adecuados para las necesidades producidas. Ante esta situación se concluyó que para el caso de las CC son preferibles las sesiones cara a cara (Delborne et al., 2011).

Estos son algunos ejemplos de modificaciones realizadas al modelo. Sin embargo, lo que siempre predomina en este tipo de proceso son los cuatro componentes antes mencionados: la formación de legos, la discusión entre ciudadanos, la interacción legos-expertos y el desarrollo de recomendaciones (Kleinman, Delborne & Anderson, 2011). Quizá este último componente sea el más significativo y el que diferencia sustancialmente a las conferencias de consenso de otros mecanismos deliberativos similares (Hörning, 1999). No obstante, el modelo danés no sólo se constituye sobre esos cuatro ejes fácilmente reconocibles sino sobre todo en la separación tácita de actores (ciudadanos, expertos, políticos y grupos de presión), algunos de los cuales son incluidos en el propio dispositivo y otros abiertamente excluidos o, en el mejor de los casos, colocados en un sitio marginal. La caracterización positiva de un ciudadano ideal que

oficia de medida para la elección de ciudadanos singulares contribuye a la producción de un no ciudadano, precisamente aquel que tiene intereses propios, aquel ciudadano concernido.

Operación 1. Decodificar el dispositivo: de la democracia deliberativa a la democracia dialógica

A pesar de la insistencia en denominarlo como modelo danés, hemos identificado algunas variaciones que tienen en cuenta la singularidad del sitio y del momento donde se realizan. Laurent (2009) insiste en cuestionar la idea del modelo danés, dado que en términos estrictos sólo se preservan cuatro componentes, siendo lo común la modificación del dispositivo y además su estabilidad es relativa en tanto suceden en su interior diversos acontecimientos que no se pueden controlar. Pero sería ingenuo pensar que el carácter de modelo se reduce a éstos y que nada tiene que ver con la fuerza que reúne esos componentes. Así Laurent identifica el esfuerzo sistemático del dispositivo por construir la imagen de un ciudadano ideal que no tiene más intereses que los de la sociedad toda, y excluye los propios en nombre del interés general para preservar el bien común. Todo esto mediante una serie de acciones posibilitadas por la disposición y los guiones asignados a los actores en el entramado y una fuerza de trabajo denominada democracia deliberativa.

En este sentido, proponemos decodificar el "modelo danés" con el propósito de introducir posteriormente algunas variaciones sustanciales de cara a profundizar la democratización de la ciencia, la tecnología y la propia democracia. La decodificación implica identificar los componentes de un modelo que aparece como dado y que la propia puesta en marcha de las diversas experiencias desmiente (Laurent, 2009). No se trata de un simple mecanismo fácilmente transportable de un sitio a otro, por el contrario su translación sólo puede hacerse a fuerza de mantener sus cajas negras bien preservadas, o a fuerza de negar sus alteraciones simplificando lo que éstas implican. La CC, en tanto modelo, no puede escapar al influjo de su fuerza de trabajo, la democracia deliberativa.

El diseño de la conferencia de consenso no es ingenuo. Quiénes pueden participar, cómo se los selecciona, cómo se organiza el debate y las sucesivas etapas que se plantean responden a una concepción particular de democracia. Las conferencias de consenso son presentadas como un mecanismo deliberativo, operando bajo el supuesto de que la gente puede y debe hacer a un lado sus compromisos e intereses personales previos antes de entrar en la discusión. De hecho, en el caso ideal, se presupone que los participantes deben comenzar el proceso

libres de intereses personales y no estando previamente involucrados y comprometidos, de un modo profundo, con el asunto a tratar (Einsiedel & Eastlick, 2000; Sclove, 2000). El participante ideal debe ser guiado exclusivamente por razones y argumentos y, a través de un debate abierto, libre y justo, desarrollar una perspectiva razonable y representativa acerca del asunto (Bohman, 2000). Es por ese motivo que se excluyen personas con posiciones preformadas. Tomando como medida aquel ciudadano ideal, los organizadores suelen excluir a ciudadanos que tienen posiciones previas o intereses directos, ya sea financieros, profesionales o personales, con el asunto a tratar pero también políticos (Kleinman et al., 2011). De esta manera se busca que la *gran mayoría silenciosa* (Neuman, 1986) participe de los debates. Así como la ciencia produjo su testigo modesto (Haraway, 2004), ¿se puede decir que la política, por su parte, instauró un *ciudadano modesto*? ¿Podemos hablar de un ciudadano que ha sido invisibilizado con el propósito de dar fuerzas a la autoridad trascendental; cuya invisibilidad es la forma política moderna, masculina y europea? Si existe, ¿es el ciudadano modesto aquel actor legítimo autorizado para hablar en nombre del Bien Común, del cuerpo social, sin la necesidad de agregar ni sus opiniones singulares ni su corporeidad y que mediante la pérdida de su historia personal proyecta su testimonio objetivo, imparcial y neutro como ideal de política?

Para que se lleve a cabo un proceso deliberativo son necesarios una serie de criterios. El primero, que la deliberación pública sea comprendida como no partidista, es decir, debe ser concebida como autónoma, independiente y no atada a ningún interés previo; que el panel de deliberación sea representativo, no debe tener relaciones con quienes deciden ni con la temática, así como debe representar el amplio espectro de la comunidad, teniendo en cuenta nivel educativo, género, etc.; que la información compleja sea presentada de modo comprensible para los no-expertos; que los expertos participantes contemplen un amplio espectro de perspectivas sobre la temática; que la deliberación evite la manipulación estratégica; y que el rol de un facilitador profesional juegue un papel importante para transmitir confianza y libertad en el panel de ciudadanos (Hamlett, 2003).

Estos elementos descritos con anterioridad responden a las premisas conceptuales de la democracia deliberativa o discursiva. El centro de esta propuesta se basa en cómo hacer legítimos los procesos democráticos, contraponiéndose a la idea, de la teoría democrática hegemónica, de que la legitimidad de los gobiernos se encuentra en la voluntad de los individuos organizados por el principio de la mayoría (Faria, 2000). En esa dirección, parte del supuesto que la construcción de decisiones colectivas en las sociedades complejas se constituye en el fundamento clave para la legitimación del orden democrático. Sin cuestionar los procedimientos propios de organización del poder de ese tipo de sociedades (sobredimensión de las mayorías, elecciones periódicas, división de poderes, entre otros), la teoría sostiene que

el proceso de decisión del gobierno debe sustentarse a través de la deliberación de individuos racionales en foros amplios de debate y negociación. Dicha deliberación es el resultado de un proceso de comunicación dado en el espacio público, que antecede y da soporte a la formación de la voluntad de los ciudadanos. No se trata de un proceso agregativo de preferencias fijas e individuales, he ahí su principal crítica a la democracia vista como el gobierno de las mayorías y su separación operativa de la democracia representativa, sino que se basa en procesos discursivos complejos.

La preocupación central de esta teoría, expresada en los aportes de su principal referente, Jürgen Habermas, tiene que ver con la pregunta acerca de cómo los ciudadanos fundamentan racionalmente las reglas del juego democrático. Partiendo del supuesto de que el voto no es suficiente para legitimar la democracia, la teoría deliberativa propone un procedimiento ideal para la deliberación y toma de decisión que oficie de fundamento y legitimación de tales reglas (Cohen, 1999). Siguiendo a Habermas, este procedimiento que conjuga consideraciones pragmáticas, compromisos e intereses, discursos de autocomprensión, democracia y justicia, entre otros, se fundamenta en el presupuesto de que por medio de un flujo de información relevante es posible obtener resultados racionales y justos. Es así como, a partir de los postulados de la teoría del discurso, la razón práctica pasa de cuestiones generales y universales (derechos humanos universales, ideas de bienestar, justicia social, etc.) a cuestiones prácticas y concretas a través de las reglas del discurso y a las formas de argumentación. Dichas reglas extraen su contenido normativo de la acción orientada por el entendimiento, es decir de la estructura de la comunicación lingüística y del orden de la socialización comunicativa, ambos componentes previos al debate (Habermas, 2010).

La puesta en marcha de ese procedimiento ideal de deliberación y toma de decisiones dependerá del grado de institucionalización de las condiciones de comunicación, así bien como de la relación entre los procesos deliberativos institucionalizados y la opinión pública informalmente construida (Habermas, 2010). De este modo, la legitimación del proceso democrático deriva de los procedimientos y de los presupuestos comunicativos de la formación democrática de la voluntad y de la opinión. Tanto la una como la otra funcionan como canales para la racionalización discursiva de las decisiones del gobierno y de la administración. Será precisamente aquella voluntad, en vinculación directa con el poder administrativo, quien vigilará y controlará el ejercicio del poder político. Si bien el sistema político es el único con la potestad de tomar decisiones vinculantes, las estructuras comunicativas de la esfera pública oficiarán de indicadores de las presiones que se viven en la sociedad sobre diferentes tópicos, promoviendo la emergencia de opiniones influyentes. Si bien la opinión pública, en tanto poder comunicativo, no puede gobernar sobre el sistema administrativo, sí puede direccionarlo mediante el ejercicio de su opinión en tanto presión (Habermas, 2010).

Para entender mejor esta idea, es pertinente describir cómo Habermas explica los procesos de comunicación. A partir de una relación de tipo centro-periferia, ubicará en el centro a aquellas instituciones formales de gobierno que forman el núcleo del sistema político (parlamento, elecciones políticas, partidos) y en la periferia, a la esfera pública, compuesta por asociaciones formadoras de opinión con cierto grado de especialización en el tratamiento de temas y en el ejercicio de influenciar al público (grupos de interés, sindicatos, ONG, iglesias, asociaciones culturales, entre otras). Con esa imagen presente, Habermas definirá la política deliberativa a través de la interrelación de nodos, la formación de voluntad construida en los espacios institucionales y la construcción de opinión informal en los espacios extra-institucionales. Será precisamente, en la interrelación de dichos espacios donde se halla la posibilidad de construir la legitimidad de un gobierno. Según Cohen, otro de los referentes de esta teoría, la democracia deliberativa está ligada directamente a un ideal de una asociación democrática cuya justificación y condiciones proceden de argumentos públicos racionales entre ciudadanos iguales. La democracia deliberativa se conecta a la comunidad política porque proporciona razones para el ejercicio del poder político, expresando la adhesión plena y equitativa de todos en el órgano soberano responsable de autorizar el ejercicio de ese poder y estableciendo la razón común y la voluntad de ese cuerpo. De este modo, estos ciudadanos, quienes comparten un compromiso para la solución de problemas de naturaleza colectiva, han de considerar sus instituciones fundamentales como legítimas, en la medida en que ellas establecen el marco para la deliberación pública libre (Cohen, 1999).

Pero ¿qué pasa con aquellos ciudadanos que cuestionan la legitimidad de las instituciones existentes o desconfían de éstas o con aquellos que viven el problema de forma encarnada y no sólo como una cuestión de argumentos justos y racionales? Como hemos visto hasta el momento, la conferencia de consenso sigue las directrices de la democracia deliberativa, en el siguiente sentido. Por un lado, el debate que promueve se inscribe en el proceso de formación de opinión, con el cometido de incidir en la opinión de aquellos que tomarán las decisiones, siendo los actores claramente ubicados en los espacios formal e informal descritos por Habermas (la conferencia de consenso opera como un nodo interrelacional de estas dos esferas). En segundo término, se seleccionan actores (no expertos), sin intereses previos con la temática, como forma de garantizar las condiciones necesarias para la construcción de una solución justa y racional. Y en tercer lugar, se asume que hay que buscar una solución para una resolución definitiva del problema por parte de los actores del sistema político, quienes tienen la potestad de tomar decisiones vinculantes. Bien podríamos agregar un cuarto término referido a la construcción de legitimidad de las propias instituciones democráticas y de la ciencia. Pero el punto central de la propuesta deliberativa reside en cómo se concibe el asunto. La estructura trascendental de la esfera pública pre-existe a éste, configurándose a partir del lugar central

dado al sistema político. Asumiendo dicha delegación –el sistema político como representante de la ciudadanía– atribuye el lugar de los actores ante un conflicto que nada parece tener que ver con ellos. Como una entidad independiente, el asunto ha de ser abordado de manera justa y racional por los ciudadanos, a través de la construcción de opinión.

El diseño y la concepción no son cuestiones separadas. La materialidad de la concepción se halla precisamente en la cualidad de las técnicas y procedimientos que se emplean para reunir o segregar a los actores en torno a un asunto. La democracia deliberativa si bien se presenta como alternativa o complemento a la democracia representativa (todo indica más lo segundo), mantiene y, en alguna medida refuerza, la separación entre políticos y ciudadanos, mediante la centralidad dada al sistema político para la distribución de la deliberación. Esto no quiere decir que al interior de los dispositivos deliberativos no existan otras lógicas, como puede ser la del diálogo, capaz de revertir dichas traducciones mediante la colocación en suspenso de las identidades previamente asignadas.

La descripción de los componentes del “modelo danés” nos permite comprender la justificación y ordenación de cada uno de éstos a partir de una fuerza de trabajo particular, la democracia deliberativa. Más preocupada en la legitimación democrática que en la democratización de la democracia, la teoría discursiva centra sus esfuerzos en la búsqueda de un consenso mediante la comunicación y deliberación del público a través de juicios y argumentos racionales. Su lógica es la resolución del conflicto por medio de la construcción del consenso deliberado en el marco institucional existente. Precisamente, la creencia a priori de la legitimidad de las instituciones es lo que autores como Callon, Lascoumes y Barthe (2009) cuestionan. Según su análisis, la modernidad ha separado en dos a expertos y legos y a ciudadanos y representantes. Esta doble cisura, establecida en el dominio de la ciencia y de la política, no es más que un proceso de purificación que distribuye identidades previas. A partir de la noción de foros híbridos, espacios donde se reúnen una diversidad de actores, de perspectivas y enfoques, donde se ponen en suspenso las identidades y se construyen nuevas, es que elaboran su concepción de democracia dialógica. Se trata de una práctica democrática que intenta reunir los dominios separados así como construir sus propias instituciones a través del diálogo entre los actores afectados. Será la distribución de lo institucionalmente repartido lo que debe cuestionarse, los productos delegados de la doble brecha, así como el carácter trascendental dado al conflicto. Con el propósito de profundizar la democracia, propondremos algunas modificaciones: donde antes aparecía la deliberación ahora interponemos el diálogo como método para el rebasamiento de las identidades inicialmente asignadas y por ende la reunión de los actores separados en la doble cisura de legos-expertos y ciudadanos ordinarios-políticos; asimismo, proponemos pensar de un modo diferente la emergencia del asunto, no como un problema de naturaleza claramente definida el cual tiene solución, sino como un

conflicto inmanente de actores que debe ser negociado permanentemente. Es decir, proponemos pensar la conferencia de consenso como un foro híbrido.

Operación 2. Recodificar el dispositivo: radicalizar la democracia para democratizar la ciencia

Más allá de la deliberación y del diálogo está el conflicto y no porque éste sea ajeno al campo de tensiones sino porque ha sido desplazado a un segundo plano, negándose en ocasiones, o intentándose resolver en otras como si fuera una entidad pasible de resolución. El carácter negativo que se le ha dado responde más a un intento por sostener las relaciones de poder dadas que a un intento por preservar la propia vida, como si el conflicto fuera antagónico a ésta. En este movimiento de recodificación proponemos algunas consideraciones sobre el papel del asunto y el lugar del conflicto, siguiendo a autores como Marres, Stengers y Rancière. En un segundo momento, haremos propuestas específicas de modificaciones para probar una conferencia de consenso que se acerque más a lo que Callon, Lascoumes y Barthe definen como foro híbrido.

La naturaleza del asunto (*issue*) ha despertado no poco interés en el campo de la teoría política. Quizá hayan sido los filósofos pragmáticos norteamericanos quienes más hayan abordado este problema. Marres (2005), siguiendo los aportes de Dewey y Lippmann, en una idea bastante contra intuitiva, afirma que la democracia no es sólo cuestión de sujetos sino que además participan objetos, siendo precisamente el asunto, que aúna tanto a humanos y a cosas, lo que producirá al público. Por asunto entiende a aquellas acciones indirectas que afectan a una comunidad que no era tal hasta entonces, acciones que afectan tanto a las personas como sus cosas. Así, público y asunto se presentan como cuestiones inseparables, en constante relación recíproca. En vez de ser dos instancias independientes y dadas, serán emergentes de efectos sobre la vida y los entornos de las personas. Contrario a muchos debates recientes sobre la democracia, que la suponen como un proceso particular que permite a la gente transformarse en ciudadanos mediante opiniones articuladas basadas en pruebas y apoyadas en buenas razones, la implicación en el asunto será lo que encienda el involucramiento del público en la política. Siguiendo a Dewey y Lippmann, la política democrática no podría ser sentida si el contenido de la política (las cosas, los hechos, las relaciones, los efectos...) quedase por fuera. El público no puede entenderse como algo

radicalmente opuesto a las personas y a los intereses que lo integran, así, del mismo modo, el acuerdo público no puede distinguirse de las cosas con que la gente trata cotidianamente.

Esta perspectiva se aleja de la concepción tradicional de política y se aproxima a lo que Stengers (2005) definió como cosmopolítica. Si la noción moderna de política refiere a valores, intereses y relaciones de fuerzas entre actores humanos, ésta situará en un primer plano los efectos producidos por cualquier tipo de relación entre cualquier clase de cuerpo –tanto humanos como no humanos– (Rodríguez, Tirado & Domènech, 2001). La propuesta cosmopolítica no refiere a la búsqueda de un bien común trascendental que sólo se logra a través de una buena voluntad, sino que hace referencia a la gestión del común vivir, donde los actores implicados por derecho propio tienen la posibilidad de definir cuál es el significado de “bien” (Stengers, 2005). En este sentido la ciencia, a pesar de haber sido tradicionalmente concebida como apolítica, también hace política, aunque por otros medios (Latour, 2007). Stengers llama a los científicos a dar explicaciones frente a sus propias víctimas, ya sean éstas humanas o no humanas, y mediante la figura del diplomático busca generar puentes entre expertos y no expertos para la definición del común vivir. Así dirá que cualquier científico que asuma estos supuestos, la primera pregunta que deberá realizar frente a un problema es *¿dónde están mis co-expertos?*, en relación directa con los afectados.

Desde estas perspectivas, la política democrática emerge cuando las cosas no parecen funcionar bien, es ahí cuando se prueba su verdadero valor. En esta línea, los desarrollos de la democracia radical pueden aportar para la comprensión del papel del conflicto en la producción de la política. Rancière (2006) sostiene que la política sólo puede emerger cuando hay democracia. Así definirá a ésta, no como un régimen o sistema de gobierno, sino como el fundamento igualitario que advierte que no existe ningún fundamento *a priori* para definir quién debe gobernar, es decir la democracia entendida como el gobierno de cualquiera. Esto quiere decir, que no existe ningún principio previo que defina quién debe gobernar, no hay fundamento ni por nacimiento, ni por competencia, ni por riqueza. Ante esta ausencia de fundamento irrumpe la política concebida como la emergencia del sujeto político frente al conflicto, siendo el conflicto precisamente la desigualdad en la igualdad (Rancière, 1996). La disputa, la diferencia percibida y su confrontación, será el motor de la política, la cual sólo puede emerger en condiciones democráticas. En temas tecnocientíficos el principio de competencia es el que opera para la clausura de la política en la ciencia, e incluso en la propia democracia ocurre algo similar cuando acontece el proceso de profesionalización de los políticos. Asumiendo que el conflicto es el motor de la política, la situación que produce al sujeto político, y que éste emerge sobre cuestiones particulares que tienen que ver con cosas que implican a las personas podemos afirmar que no hay nada negativo en su definición. Por el contrario, el asunto y el conflicto aparecen como elementos positivos para la profundización

democrática. Lejos de ser algo que resolver, se trata de aquello que hay que estimular. El sujeto político emergerá a partir del conflicto, entre el intervalo de una identidad asignada y otra por lograr.

Es así como proponemos ciertas modificaciones al mecanismo conferencia de consenso para hacer del mismo una experiencia de foro híbrido. En este sentido nos proponemos dialogar con la democracia deliberativa polemizando acerca de los alcances de la democracia dialógica, poniendo en un primer plano tanto al conflicto como al asunto. Existe un primer punto de acuerdo entre estas dos perspectivas: la opinión pública no se produce por una cuestión agregativa –sumatoria de voluntades individuales– sino por procesos discursivos complejos que se dan en espacios públicos y también materiales desde la óptica de la segunda. Como hemos visto las diferencias radican en la asignación *a priori* de los actores y en la manera en cómo es concebido el asunto. Será precisamente este último, el componente que nos permitirá rastrear cómo se gestiona la incertidumbre y por ende cómo se define el mundo común (Latour, 2007).

Recapitulando, la definición de democracia dialógica nos da ciertas claves para promover un proceso radical de democratización de la ciencia, la tecnología y la democracia. En vez de ser la controversia algo a zanjar a través de argumentos razonables, se trata de un proceso interminable, en el que los diversos actores realizan esfuerzos colectivos por normalizar y politizar, abriendo paso a nuevas controversias. Siguiendo a Callon, Lascoumes y Barthe (2009), éstas se erigen como grandes laboratorios en lo salvaje y de puertas abiertas que contribuyen a darle forma al mundo. Así, cada vez que aparece una, diversos actores surgen como representantes de entidades invisibles hasta el momento, dándole voz a éstas de cara a explorar posibles preguntas y respuestas. Se trata de una forma de toma de decisión que no se centra en un único actor aislado, sino que se inscribe en una trama de actores distribuidos en el tiempo y en el espacio (de ahí el carácter interminable de la controversia), en la que se negocian las identidades de cada uno de éstos. La propuesta de la democracia dialógica se presenta como una práctica que ocurre en el encuentro con otros (tanto humanos como no humanos) mediante el diálogo y que, lejos de la estabilización de las controversias, apuesta por la experimentación de mundos posibles.

Ahora bien, a continuación presentamos algunas modificaciones que pueden permitir hacer la conferencia de consenso un foro híbrido, aunque reconociendo ciertas limitaciones. Éstas tienen que ver, principalmente, con el mantenimiento de las identidades previamente asignadas; ya que este tipo de dispositivo, sobre todo por una cuestión de intensidad, tiende a hacerlo (Callon, Lascoumes & Barthe, 2009). Atendiendo a las mismas es que hacemos las siguientes modificaciones:

1) En primer lugar, que sea el asunto el que convoque a los actores. En vez de reclutar actores a partir de criterios demográficos y de su no vinculación con la temática, proponemos que el panel sea conformado a partir de una selección de ciudadanos que formen parte del público del asunto. Siguiendo a Marres (2007), el público es el resultado de la afección directa o indirecta de un asunto sobre sus vidas y sus cosas. Teniendo en cuenta los diferentes grados de afección y contemplándolos al momento de la selección es posible conformar un panel heterogéneo en su afección. Esto implica romper con la creencia de que los afectados sólo defenderán sus propios intereses y no los del bien común. En términos cosmopolíticos sería ir en la dirección de que los expertos puedan hablar en presencia de quienes sufren los efectos de sus acciones (Stengers, 2005), constituyéndose el dispositivo conferencia de consenso en una red de diplomacia que posibilite procesos de co-experticia y, por tanto, procesos de negociación de las identidades iniciales.

2) En segundo lugar, ligado a lo anterior, proponemos ampliar los límites conceptuales de la experticia, incluyendo diferentes tipos de saberes en todas las instancias formales de la CC (panel ciudadano, grupo asesor, panel de expertos). Es decir, no sólo incluiremos una diversidad de disciplinas y enfoques, como recomienda el modelo danés (Nielsen et al., 2006); sino que serán tenidos en cuenta otros tipos de saberes no institucionales, vinculados con las trayectorias de vida de sus actores. Esto implica no restringir la participación de los grupos de presión en el debate público de la conferencia, sino introducirlos en las sucesivas etapas, es decir en la instancia de preparación y en la conferencia. Este movimiento introduce un componente transversal donde el concernimiento atraviesa los diferentes estadios del proceso, y donde el lugar de la experticia previsto por el modelo es hibridado, acentuando las posibilidades de negociación en este cruzamiento. En definitiva, es lo que muchos autores denominan conocimiento encarnado (Epstein, 1996; Haraway, 1991; Harding, 1987).

3) En tercer lugar, proponemos que la facilitación, en la etapa de preparación, y la moderación, en la etapa de la conferencia, sean llevadas a cabo por personas cercanas a los panelistas. No concebimos estas tareas como neutras, sino por el contrario creemos que el papel activo de estas figuras son claves para producir confianza y pertenencia al grupo. Con esto tampoco queremos decir que se busque inducir a los participantes, por el contrario creemos que la clave de este proceso es la construcción de pautas comunes que les permitan llevar a cabo un trabajo de empoderamiento y desarrollo de la confianza. Una persona cercana, un común, posibilita que este proceso se dé de manera más rápida (más teniendo en cuenta que el tiempo en este tipo de procesos es finito y muy acotado). Asimismo, es una manera de reconocer experticia en los colectivos de personas afectadas, hecho que contribuye a visibilizar diferentes tipos de saberes y a reconocer experticia donde generalmente no se reconoce. En este sentido, como se dijo antes, hemos propuesto modificar el nombre de la etapa de

entrenamiento o formación (como se expresa en la bibliografía) por el de preparación. Este cambio se fundamenta en la reducción del componente pasivo que supone un ciudadano carente de conocimientos expertos que debe ponerse a la altura de las circunstancias cuando debate con las personas especialistas.

4) Y por último, para contrarrestar la intensidad que caracteriza a este tipo de dispositivo proponemos extender en el tiempo las diferentes etapas de la conferencia. Esto quiere decir que la instancia de preparación se realice en más días que lo recomendado y que el tiempo de deliberación y de redacción del documento sean días y no simplemente horas. Con esto último se busca hacer del proceso una instancia extensible para facilitar la negociación de las identidades tan caras para los procesos de hibridación. El tiempo, la intensidad y extensión del proceso, debiera girar en torno a las características y disponibilidades de los panelistas, teniendo en consideración el criterio de adaptar el mecanismo a los participantes y no al revés, como generalmente ocurre, que sean éstos los que se adecuen a los dispositivos participativos.

Lejos de ser respuestas adecuadas a las posibles brechas que se pueden producir en el seno del mecanismo, son propuestas que, siguiendo los postulados de la democracia dialógica y la democracia radical, intentan probar si la conferencia de consenso puede constituirse en un foro híbrido, un espacio abierto para la exploración de mundos posibles, donde aquellos actores inicialmente separados puedan cooperar en la búsqueda de soluciones.

Conclusiones. De la lógica del consenso a la lógica del conflicto

Como *hackers* nos hemos propuesto descomponer el dispositivo y reprogramar algunos de sus componentes. Al final de cuentas, *hackear* no se reduce al mundo informático de la programación sino que es un verbo que se inscribe en una ética y unas acciones basadas en la liberación de las tecnologías que sostienen nuestras vidas y en unos esfuerzos dirigidos a reprogramar lo ya programado con miras a esa emancipación (Stallman, 2003); toda acción de *hacking* es siempre social, no sólo por sus efectos sino también por las intenciones que la movilizan (Aceros & Domènech, 2006). Llamarle conferencia de consenso al mecanismo resulta acertado siempre y cuando el consenso se limite a una cuestión funcional. A fin de cuentas el consenso aparece en el dispositivo en dos momentos: cuando se acuerdan las preguntas a realizar a los expertos y cuando se redacta el informe final. Pero no es este consenso el que nos ocupa sino la lógica de consenso que bordea, organiza, da forma, limita, la producción de los colectivos que participan. Ésta es el objeto de nuestro *hackeo*. Dicha lógica forma parte de una

concepción particular que entiende al conflicto como aquello a superar y a resolver, mediante la clausura definitiva de la controversia. En este artículo hemos analizado el papel que juega la democracia deliberativa en la construcción del modelo danés. En ese sentido subrayamos dos elementos antes que el consenso, por un lado, la conferencia como una reunión pública donde un colectivo de personas se reúne para discutir un asunto y, por otro, la noción de ciudadanía que remarca el derecho y la capacidad de poder decidir en los asuntos públicos.

Introduciendo ciertos cambios, inspirados en los aportes de la democracia dialógica, la cosmopolítica y la democracia radical, hemos optado por pensar la conferencia de consenso no como el final de un proceso sino como un medio de intensificación del debate reconociendo la historia del asunto. Como si fuera una caja de resonancia, apuntamos a que el mecanismo participativo se constituya en un espacio programático para la construcción de proyectos de co-experticia. Imaginar este nuevo uso sólo es posible tras comprender las conferencias de consenso no como un modelo, ni como un dispositivo dado, definido por una serie de procedimientos y conceptos *a priori*, sino como un dispositivo que tiene en cuenta la singularidad del asunto y que no se limite a sus fronteras establecidas. Así es que proponemos pensar el dispositivo desde una concepción que ve en el conflicto, no lo que hay que detener, lo que hay que consensuar, sino el origen de la propia política, incluyendo a la ciencia y a la tecnología en dicha negociación.

Priorizar el conflicto en lugar del consenso, nos permite dar luz al interés por explorar los límites y las posibilidades de las conferencias de consenso, concibiéndola como un esfuerzo y un intento por dar un paso más allá de la democracia representativa y, sobre todo, como una posibilidad para cuestionar la doble delegación que produce la cisura entre legos y expertos y ciudadanos comunes y políticos. La conferencia de consenso, expresada a través del modelo danés ha dado un paso importante al demostrar el carácter debatible de lo científico y lo tecnológico (y, por qué no, también de lo objetivable). Ahora bien, es la oportunidad por demostrar si este tipo de mecanismos pueden contribuir a pensar la democracia más allá de la representación posibilitando que cualquiera pueda formar parte no sólo del problema sino también de la solución.

Bibliografía

- Aceros, J. C. & Domènech, M. (2010). La mancomunidad de política hidrológica española. Sectores y trayectorias políticas en Internet. *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 132, 11-34.
- Aceros, J.C. & Domènech, M. (2006). Solidaridad virtualizada y virtualizante. El movimiento hacker y la sociedad de la información. En F. Tirado & M. Domènech (Eds.), *Lo social y lo virtual. Nuevas formas de control y transformación social*, (pp. 94-113), Barcelona: Editorial UOC.
- Andersen, I. & Jæger, J. (1999). Danish participatory models. Scenario workshops and consensus conferences: towards more democratic decision-making, *Science and Public Policy*, 26 (5), 331-340.
- Anthony, R. (2004). Risk communication, value judgments, and the public-policy maker relationship in a climate of public sensitivity toward animals: revisiting Britain's foot and mouth crisis. *Journal of agricultural and environmental ethics*, 17, 363-383.
- Barthe, Y. (2006). Comment traiter les débordements des sciences et des techniques? Une brève histoire du 'technology assessment. En O. Ihl (Ed.), *Les á Sciences á de la action publique* (pp. 245-262). Grenoble: Presses universitaires de Grenoble.
- Bohman, J. (2000). *Public Deliberation: Pluralism, Complexity, and Democracy*. Cambridge: The MIT Press.
- Brown, M. (2009). *Science in democracy. Expertise, institutions, and representation*. London: the MIT Press.
- Callon, M. (2003). Research "in the wild" and the shaping of new social identities. *Technology in Society*, 25 (2), 193-204.
- Callon, M., Lascoumes, P. & Barthe, Y. (2009). *Acting in an Uncertain World: an Essay on Technical Democracy*. London: MIT Press.
- Chavot, P. & Masseran, A. (2002). *Public consultation and foresight exercise in France: In search of hybrid fora*. Vienna: OPUS Report University of Vienna.
- Cohen, J. (1999). Reflections on Habermas on Democracy. *Ratio Juridis*, 12 (4), 385-416.
- De Vries, G. (2007). What is Political in Sub-politics? How Aristotle Might Help STS. *Social Studies of Science*, 37(5), 781-809.

- Delborne, J., Anderson, A., Kleinan, D., Colin, M. & Powell, M. (2011). Virtual deliberation? Prospects and challenges for integrating the Internet in consensus conferences. *Public Understanding of Science*, 20 (3), 367-384.
- Domènech, M., Feliù, J., Garay, A., Íñiguez, L., Peñaranda, M. C. & Tirado, F. (2002). Movimientos sociales y conocimiento científico: el impacto del activismo contra el SIDA sobre las prácticas científicas. *Revista de Psicología Política*, 25, 69-84.
- Einsiedel, E. & Eastlick, D. (2000). Consensus conferences as deliberative democracy: a communications perspective. *Science Communication*, 21(4), 323-243.
- Einsiedel, E.; Jelsoe, E. & Breck, T. (2001). Publics at the technology table: the consensus conference in Denmark, Canada, and Australia. *Public Understanding of Science*, 10, 83-98.
- Epstein, S. (1996). *Impure Science: AIDS, activism, and the politics of knowledge*. Berkeley: University of California Press.
- Faria, C. F. (2000). Democracia deliberativa: Habermas, Cohen e Bohman. *Lua Nova*, 50, 47-68.
- Fischer, F. (2000). *Citizens, experts and the environment: the politics of local knowledge*. Durham and London: Duke University Press.
- Goldberg, M., Pasher, E. & Levin-Sagi, M. (2006). Citizen participation in decision-making processes: knowledge sharing in knowledge cities. *Journal of Knowledge Management*, 10 (5), 92-98.
- Goven, J. (2003). Deploying the consensus conference in New Zealand: democracy and de-problematization. *Public Understanding of Science*, 12 (4), 423-440.
- Grundahl, J. (1995). The danish consensus conference model. En S. Joss & J. Duran (Eds.), *Public participation in science: the role of consensus conferences in Europe* (pp. 31-40). London: Science Museum.
- Guston, D. (1999). Evaluating the first U.S. consensus conference: the impact of the citizens' panel on telecommunications and the future of democracy. *Science, Technology & Human Values*, 24 (4), 451-482.
- Habermas, J. (2010). *Facticidad y validez. Sobre el Derecho y el Estado democrático de derecho en términos de teoría del discurso*. Madrid: Trotta.
- Hamlett, P. W. (2003). Universities and public deliberation: bringing expertise to the people. *On the horizon*, 11 (4), 15-24.

- Haraway, D. (1991). *Ciencia, cyborgs y mujeres: la reinención de la naturaleza*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Haraway, D. (2004). *Testigo_Modesto@Segundo_Milenio: HombreHembra@_Conoce_Oncorotón@. Feminismo y tecnociencia*. Barcelona: Editorial UOC.
- Harding, S. (1987). *Is There a Feminist Method? Feminism and Methodology*. Bloomington/Indianapolis: Indiana University Press.
- Himanen, P. (2002). *La ética del hacker y el espíritu de la era de la información*. Barcelona: Editorial Destino.
- Hörning, G. (1999). Citizen panels as a form of deliberative technology assessment. *Science and Public Policy*, 26 (5), 351-359.
- Hudspith, B. & Kim, M. (2002). Learning from a university sponsored regional consensus conference. *Bulletin of Science, Technology & Society*, 22 (3), 232-238.
- Irwin, A. & Wynne, B. (1996). *Misunderstanding science? The public reconstruction of science and technology*. Cambridge, UK: Cambridge University Press.
- Jasanoff, S. (1999). The Songlines of Risk. *Environmental Values*, 8 (2), 134-152.
- Jasanoff, S. (2003). Technologies of Humility: Citizen Participation in Governing Science. *Minerva*, 41 (3), 223-244.
- Joss, S. & Duran, J. (1995). *Public participation in science: the role of consensus conferences in Europe*. London: Science Museum.
- Kelly, M. T. (1999). *Frankenfood: Risk and Ritual in Biotechnology*. Master dissertation, Master of Arts in Communication Studies, University of Calgary, Calgary, Alberta.
- Kleinman, D. L. (2000). *Science, technology & democracy*. Albany: State University of New York Press.
- Kleinman, D. L., Delborne, J. A. & Anderson, A. A. (2011). Engaging citizens: the high cost of citizen participation in high technology. *Public Understanding of Science*, 20 (2), 221-240.
- Kleinman, D. L.; Powell, M., Grice, J., Adrian, J. & Lobes, C. (2007). A Toolkit for Democratizing Science and Technology Policy: The Practical Mechanics of Organizing a Consensus Conference. *Bulletin of Science Technology & Society*, 27, 154.
- Kluver, L. (1995). Consensus Conferences at the Danish Board of Technology. En S. Joss & J. Duran (Eds.), *Public participation in science: the role of consensus conferences in Europe* (pp. 41-59). London: Science Museum.

- Kurath, M. & Gisler, P. (2009). Informing, involving or engaging? Science communication, in the ages of atom-, bio- and nanotechnology. *Public Understanding of Science*, 18 (5), 559-573.
- Lach, D. & Stanford, S. 2010. Public understanding of science and technology embedded in complex institutional settings. *Public Understanding of Science*, 19 (2), 130–146.
- Latour, B. (2007). Turning Around Politics: A Note on Gerard de Vries' Paper. *Social Studies of Science*, 37, 811.
- Laurent, B. (2009). Replicating participatory devices: the consensus conference confronts nanotechnology. *Papiers de Recherche du CSI*, 18. París: Centre de Sociologie de l'Innovation, Mines ParisTech.
- Lengwiler, M. (2008). Participatory approaches in science and technology. Historical origins and current practices in critical perspective. *Science, Technology and Human Values*, 33 (2), 186-200.
- Marres, N. (2005). *No Issue, No Public: Democratic Deficits after the Displacement of Politics*. Doctoral Dissertation, University of Amsterdam.
- Marres, N. (2007). The Issues Deserve More Credit: Pragmatist Contributions to the Study of Public Involvement in Controversy. *Social Studies of Science*, 37 (5), 759-780.
- McCormick, S. (2007). Democratizing science movements: a new framework for mobilization and contestation. *Social Studies of Science*, 37 (4), 609-623.
- Neuman, W. R. (1986). *Paradox of Mass Politics: Knowledge and Opinion in the American Electorate*. Editorial: Harvard University Press.
- Nielsen, P., Hansen, J., Skorupinski, B., Ingensiep, H., Baranzk, H., Lassen, J. & Sandoe, P. (2006). *Consensus Conference Manual*. The Hague: LEI.
- Petts, J. (2004). Barriers to participation and deliberation in risk decisions: Evidence from waste management. *Journal of Risk Research*, 7 (2), 115-133.
- Rancière, J. (1996). *El desacuerdo. Política y filosofía*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Rancière, J. (2006). *El odio a la democracia*. Buenos Aires: Editorial Amorrortu.
- Rodríguez, I., Tirado, F. y Domènech, M. (2001). Los nuevos movimientos sociales: de la política a la cosmopolítica. *Persona y Sociedad*, XV (3), 193.
- Rowe, G. & Frewer, L.J. 2005. A typology of public engagement mechanisms. *Science, Technology & Human Values*, 30 (2), 251-290.

- Sclove, R. (2000). Town meetings on Technology: Consensus Conference as Democratic Participation. En D. L. Kleinman, (Ed.), *Science, Technology and Democracy* (pp. 33-44). Albany, NY: SUNY Press.
- Shapin, S. (1992). Why the public ought to understand science in-the-making. *Public Understanding of Science*, 1, 27-30.
- Stallman, R. M. (2003). El software libre como movimiento ético. Entrevista con Richard Stallman. *Revista Archipiélago*, 55, 52-57.
- Stengers, I. (2005). A Cosmopolitical Proposal. En B. Latour & P. Weibel, *Making Things Public: Atmospheres of Democracy* (pp. 994-1003). Cambridge: MIT Press.

Agradecimientos

Los autores agradecemos al Ministerio de Economía y Competitividad del Estado Español por financiar el proyecto del cual se nutre este artículo (CSO2011-29749-C02-01). Asimismo, agradecemos a la Agencia Nacional de Investigación e Investigación (ANII) de la República Oriental del Uruguay por financiar la beca doctoral del autor principal y también a la Facultad de Psicología de la Universidad de la República (Uruguay) de la cual forma parte.

Por un último agradecemos a los colegas del Grupo de Estudios Sociales de Ciencia y Tecnología (GESCIT) con los que compartimos esta investigación y cuyos aportes, en los sucesivos seminarios, han sido fundamentales para la redacción de este artículo. En especial agradecemos y reconocemos el trabajo realizado por la Mag. Paula González quien colaboró directamente en la recopilación y sistematización de información referida a las Conferencias de Consenso.

VI. Conclusiones

Si una pregunta rondó a lo largo de esta tesis es la siguiente: ¿qué hace que las prácticas de cuidado y las prácticas políticas sean políticas? La noción de política no es unívoca y encierra -o abre, según el punto de vista, diferentes significados que giran en torno a la composición de mundos habitables y sus formas de sostenerlos. Pero esos mundos que se construyen no son de una vez por todas. Sus fragilidades y sus estabilidades forman parte de sus múltiples modos de existencia. Precisamente de eso están hechas las composiciones, "(...) *una composición es siempre un conjunto, una estructura, pero desequilibrándose o desagregándose*" (Deleuze, 2012: 23).

Introducir la infrapolítica como concepto explicativo y de exploración posibilita abrir nuevas especulaciones en torno al papel activo de esas entidades actuales o virtuales que llamamos mundos. En el comienzo de *El contrato natural*, Serres nos desafiaba a prestar atención a un actor que hasta ahora había pasado desapercibido, aquel barro donde los dos peleadores de Goya se debatían en un incesante duelo. ¿De qué está hecho ese barro? ¿Cuánta agua y cuánta tierra le compone? ¿Tiene la suficiente fuerza para tragarse a los contrincantes? Un barro que en ciertas condiciones de sequía puede devenir la tierra más árida que cualquier dúo de combatientes haya pisado jamás, o en épocas de abundancia de aguas, un tormentoso río como aquel que devoraba ejércitos en la *Ilíada*. Un combatiente más que no es tenido en cuenta como tal.

Ya no se trata de pensar el mundo que habitamos, los escenarios donde nos movemos como condiciones de posibilidad sino como actores de pleno derecho. La infrapolítica

que presenté en estas páginas apunta en esa dirección. Cuidado y política aparecen como dos modos de existencia particulares que de manera simultánea coadyuvan para sostener y construir lo común. Mientras que la política son todas aquellas prácticas de cualificación pero no sólo de vidas y asuntos, sino también de entornos, el cuidado son todas aquellas prácticas de afectación que posibilitan que las cosas se mantengan unidas.

Si la infrapolítica adquiere sentido y emerge en esta tesis es porque es un concepto que me ha sido de utilidad para pensar el involucramiento de las personas legas en los asuntos tecnocientíficos. Ya sea en el entramado técnico de la teleasistencia, ya sea en el dispositivo de participación para debatir asuntos complejos, la participación y el involucramiento de estos actores es posibilitado por diferentes procesos de traducción que implican directamente un conjunto de arreglos materiales, muchos de ellos dispuestos como escenarios. El mundo por el que reclamaba Serres, el hogar en la Teleasistencia o el auditorio en la conferencia, todas las formas múltiples concebidas como entornos donde la acción transcurre han de ser tratados simétricamente con respecto a los procesos agonistas que éstos soportan. Si la ANT ha podido radicalizar el principio de simetría para atacar los dualismos naturaleza-sociedad, humano-no humano, entre otros, es precisamente porque la tierra, el cuerpo lleno de la tierra dirían Deleuze y Guattari, aparece como el principio, el medio y el fin de la acción monista.

Como quise mostrar, ser ciudadano es un modo de habitar un mundo posible pero no el único y, para que ello sea posible, diversas prácticas infrapolíticas, que incluyen política y cuidado, deben ser realizadas. Si nos atenemos al argumento de esta tesis, la ciudadanía no es algo que se obtenga de una vez para siempre sino que es algo que debe ser infraestructurado en circunstancias particulares. Otros tipos de sujetos o procesos de subjetivación pueden ser puestos en escena; pero como nos recuerda

Deleuze no hay que olvidar que aquellos siempre vienen acompañados de objetos y, por ende, de procesos de objetivación (Deleuze 1990). Incluso la propia condición de lego y la condición de experto son infraestructuradas. A caso, ¿no es sabido que ser lego es relativo al lugar que se ocupe con respecto a otro actor? Pero como he querido mostrar en esta tesis esta posición no tiene que ver con una cuestión de simple relatividad, sino en todo caso de un relacionismo que involucra a los materiales, los signos y los eventuales procesos de composición-descomposición-recomposición que los enactan.

Si he dedicado tantas páginas a las relaciones entre la política y la materia, el cuerpo y la ciudadanía, y las infraestructuras que las posibilitan es porque los artículos presentados adquieren el sentido que quiero darles sólo de esta forma. Esta suerte de meta relato que los rodea no es más que la síntesis de una intuición que me ha venido acompañando a lo largo del trabajo de investigación y que hoy puede ser expresada con estas palabras. Cuando en *Hackear* (apartado V) se presentaba a la conferencia de consenso no como un modelo, sino como un arreglo material pasible de ser adaptado a los participantes, se subrayaba el carácter arquitectónico del consenso y no sólo su aspecto ideológico. Así, se concluía en la posibilidad de pensar otro tipo de arquitectura, esta vez basada en el conflicto, posibilitando y generando condiciones para el cambio de identidades de los actores participantes, como un rasgo claramente político. Precisamente, el consenso era la arquitectura que se proponía hackear para posibilitar procesos de hibridación que posibilitaran romper la dicotomía experto-lego. Asimismo, se hacía hincapié en una política basada en las personas y no así en entidades abstractas como el ciudadano modesto que se desprende de la conceptualización habermasiana. En el caso de *Care networking* (apartado IV), el hogar era reconfigurado y con ello las relaciones familiares. La instalación de los aparatos sólo era posible por relaciones de conveniencia de múltiples actores, entre

ellos las instalaciones arquitectónicas. De este modo el hogar se convertía en un nodo de una red más amplia de cuidados. Pero ese nuevo hogar, hidridado con los artefactos de la telasistencia, precisaba de ciertos cuidados. Ahí aparecía con fuerza el trabajo de sostenimiento y cuidado de los artefactos que realizaban las propias usuarias. La disposición de los ensamblados resultantes posibilitaba mayor grado de autonomía o heteronomía, siendo éstos, efectos del orden material de las cosas y las relaciones establecidas entre esas multiplicidades de actores.

Las infraestructuras aparecen como entidades estabilizadas que deben ser sostenidas permanentemente, pero de manera silenciosa e invisibilizada. Precisamente, para que ciertos actores puedan trabajar, para que ciertos procesos puedan ser movilizados, este trabajo oculto, aunque no por ello desapercibido debe ser realizado. Los modos de infraestructuración son las formas en que los mundos que habitamos son construidos, sostenidos, enactados y performados. Pero estos modos sólo son posibles en arreglos materiales e infraestructurales que deben ser activados. Las infraestructuras nacen de otras infraestructuras, infraestructuras que han sido cualificadas como tales.

La acción política, y no sólo de este tipo, puede llevarse a cabo en sustratos materiales estables, estabilidad que es lograda mediante una serie de repeticiones pero también a través de pequeñas discontinuidades artesanales. Cuando una infraestructura ha adquirido cierta estabilidad, no sólo se logra su anclaje repetitivo, sino también se logra la automatización de la acción, en serie itinerantes, momento en que los actores performan modos de existencia. Pero cuando lo que está en juego es la invención, la inversión infraestructural para la desinfraestructuración de una infraestructura cualquiera y su posterior reinfraestructuración, la acción propositiva de los actores involucrados (humanos y no humanos) producen nuevas formas de mundos mediante prácticas de *enactment*. Una versión monológica es puesta en diálogo con otras versiones de las mismas entidades involucradas.

Tal como la he definido en esta tesis, la política puede ser significada como una serie de prácticas de cualificación que van desde la cualificación de la vida, pasando por la cualificación de las situaciones hasta la cualificación de los escenarios. Precisamente, la infrapolítica que he mostrado tiene que ver con este último orden de cualificación, imprescindible para la producción de los otros órdenes, todos simultáneos y complementarios entre sí.

Un dispositivo de telecuidado y una conferencia de consenso han sido tomadas como el punto de inicio para mostrar dos diferentes maneras de componer mundos comunes, uno explícitamente de cuidado, otro explícitamente político. A pesar que estos pueden ser tomados como singularidades, política y cuidado estuvieron presentes en ambos arreglos. El punto de esta tesis es que tanto la política como los cuidados son las dos caras de la misma moneda. De acuerdo a mi argumento, infrapolítica podría ser el término para expresar tal relación así como un modo de extender nuestra comprensión acerca de la construcción de los mundos comunes, en un sentido cosmopolítico.

Enactar espacios es además enactar sujetos y objetos. Como Deleuze (1990) afirma cualquier dispositivo es hecho de líneas de subjetivación y de objetivación, pero además, podemos ahora agregar, líneas de espacialización. Estos tres tipos de ontologías son irreducibles entre sí, pero cuando una nueva forma emerge (sea ésta sujeto, objeto o espacio), la distinción no es clara, sus identidades son canceladas y compuestas de una manera complementaria. En este sentido, un sujeto es producido en la interacción entre objetos y espacios: un objeto es hecho como resultado de complejas relaciones entre espacios y sujetos; y un espacio cualquiera es configurado en la interacción entre sujetos y objetos. Precisamente la política aparece como una ruptura ontológica basada en la suspensión de cualquier identidad y la emergencia de nuevas entidades. Evidentemente, esta descripción corresponde a una versión

topológica. En un sentido topográfico, una multiplicidad de objetos, sujetos y espacios intercambian propiedad y atributos en la acción, de una manera entreverada.

A lo largo de esta tesis, he mostrado tres procesos de cualificación diferentes: la cualificación de los seres vivos, la cualificación de las situaciones y la cualificación de los escenarios. La política significa una traducción particular basada en la cualificación de entidades fruto de relaciones complejas. Pero, no alcanza sólo con cualificar, es necesario además cuidar de esos singulares arreglos donde la cualificación toma lugar. En este sentido, política y cuidado fueron presentados como dos modos complementarios para hacer mundos comunes. Si he puesto el énfasis en el tercer proceso, es porque es el menos visible y desarrollado de los tres. La noción de infraestructura nos permite pensar sobre las características ontológicas de los escenarios políticos pero como actores.

Como he intentado mostrar, la infraestructuración es hecha de prácticas de cuidados y prácticas políticas. La ruptura de las identidades es una acción violenta que requiere de un trabajo de sostén, cuidado y preocupación. Infrapolítica es cuando la política y el cuidado toman lugar porque los espacios han sido configurados y están siendo sostenidos como tales. En este sentido, cuando la política emerge es posible identificar los procesos políticos y materiales que diagramaron lo escenarios políticos. Como he mostrado, uno de los significados de política es cuando, de una manera radical, son producidas nuevas relaciones infraestructurales.

Este enfoque infraestructural nos ha permitido ver que nunca se empieza de cero. Como hemos visto, siempre hay un sustrato infraestructural que posibilita que la política suceda. En el servicio de telecuidado, el hogar es un espacio enactado en la acción, pero lo suficientemente estable para permitir que algunos artefactos entren en él. Asimismo, una sala puede devenir un auditorio para recibir una conferencia de

consenso, porque su sostenimiento previo así lo permite. Las infraestructuras tienen que estar previamente a disposición, aunque siempre es necesario realizar un proceso de adaptación (reinfraestructuración). Así, infrapolítica es el pasado litigioso de las infraestructuras pero también el modo de infraestructuración que permite que cualquier acción transcurra. Cuerpos, cosas y lugares aparecen como diferentes materias cualificadas. Sus identidades son definidas en el interjuego de estos tres tipos de presentación de la materia. He intentado contribuir con un enfoque simétrico para pensar sobre la política en un sentido no-moderno. Este esfuerzo se justifica por un trabajo particular dirigido a descentrar la política de la prevalencia del sujeto y los discursos. Si esto es un objetivo a alcanzar lo es porque al hacerlo nuevas posibilidades se abren para incluir diferentes seres vivos, cosas y espacios, previamente excluidos de la construcción de los mundos comunes.

VII. Bibliografía

Abasolo, O. (2010) Diálogo: Mari Luz Esteban e Isabel Otxoa. El debate feminista en torno al concepto de cuidados. *CIP-Ecosocial – Boletín ECOS* 10, enero-marzo 2010

Agamben, G. (1998) *Homo Sacer. El poder soberano y la nuda vida*. Valencia: Pre-Textos.

Agamben, G. (1999) *Remnants of Auschwitz: The Witness and the Archive*. New York: Zone.

Beck, U. (2002) *Macht und Gegenmacht im globalen Zeitalter* [Power in the Global Age: A New Global Political Economy] (Frankfurt am Maine: Surkamp).

Butler, J. (2007) *El género en disputa: Feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona: Paidós.

Callon, M. y Rabeharisoa, V. (2003) Research "in the wild" and the shaping of new social identities. *Technology in Society* 25: 193–204

Csordas, T.J. (ed) (1995) *Embodiment and Experience. The Existential Ground of Culture and Self*. Cambridge: University Press.

Deleuze, G. and Guattari, F. (1987) *A Thousand Plateaus: Capitalism and Schizophrenia*. Minneapolis: University of Minnesota Press.

Deleuze, Gilles (1987) *Foucault*. Barcelona: Paidòs

- Deleuze, Gilles (1990) ¿Qué es un dispositivo? En Varios Autores, *Michel Foucault: filósofo*, Barcelona: Gedisa.
- Deleuze, G. (2004) *Spinoza: filosofía práctica*. Buenos Aires: Tusquets editores.
- Deleuze, G. (2012) *Pintura. El concepto de diagrama*. Buenos Aires: Cactus.
- Deleuze, Gilles (2014) *El poder. Curso sobre Foucault. Tomo II*. Buenos Aires: Cactus.
- Dewey, J. (1916) *Democracy and education*. New York: Macmillan.
- Dewey, John (1991 [1927]) *The Public and Its Problems*. Athens, OH: Swallow Press/Ohio University Press.
- Epstein, S. (1996). *Impure Science: AIDS, activism, and the politics of knowledge*. Berkeley: University of California Press.
- Ferguson, J. (2012) Structures of responsibility. *Ethnography* 13: 558-562
- Foucault, M. (1975) *Vigilar y castigar. El nacimiento de la prisión*. México DF: Editorial Siglo XXI
- Foucault, M. (1989) *El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica*. México DF: Editorial Siglo XXI.
- Foucault, M. (2000) The birth of Social Medicine. En: Michel Foucault, *Essential Works III: Power*. New York: The New Press.
- Foucault, M. (2001) *Defender la sociedad*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- González Hernández, D. (2011) El público y sus problemas. John Dewey en los estudios de comunicación. *Razón y palabra* 75.

Grosz, E. (1994) *Volatile bodies: toward a corporeal feminism*. Bloomington: Indiana University Press.

Grundahl, J. (1995). The danish consensus conference model. En S. Joss & J. Duran (Eds.), *Public participation in science: the role of consensus conferences in Europe*. London: Science Museum, pp. 31-40.

Haraway, D. (2004) *Testigo_Modesto@Segundo_Milenio: HombreHembra@_Conoce_Oncorotón®. Feminismo y tecnociencia*. Barcelona: Editorial UOC.

Jasanoff, S. (2003) Technologies of Humility: Citizen Participation in Governing Science. *Minerva* 41 (3): 223-244.

Kleinman, D. L., Delborne, J. A. & Anderson, A. A. (2011). Engaging citizens: the high cost of citizen participation in high technology. *Public Understanding of Science* 20(2): 221–240

Latour, B. y Woolgar, S. (1995) *La vida en el laboratorio. La construcción de los hechos científicos*. Madrid: Alianza.

Latour, B. y Weibel, P. (eds) (2005) *Making Things Public. Atmospheres of Democracy*. Cambridge/London: The MIT Press.

Latour, B. (1993) *We Have Never Been Modern*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

Latour, B. (2001) *La esperanza de Pandora. Ensayos sobre la realidad de los estudios de la ciencia*. Barcelona: Gedisa.

Latour, B. (2004) Why Has Critique Run out of Steam? From Matters of Fact to Matters of Concern. *Critical Inquiry* 30(2), 225–248.

- Latour, B. (2004b) How to Talk About the Body? The Normative Dimension of Science Studies. *Body & Society* 10(2): 205-229.
- Latour, B. (2004c) *Politics of Nature: How to Bring the Sciences into Democracy*. Cambridge, MA: Harvard University Press.
- Latour, B. (2005) Victor Frankenstein's real sin. *Domus* (February). Available at: www.bruno-latour.fr/presse/presse_art/GB-DOMUS%2002-05.html.
- Latour, B. (2007) *Nunca fuimos modernos. Ensayo de antropología simétrica*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Latour, B. (2007b) Turning around politics. A Note on Gerard de Vries' Paper. *Social Studies of Science* 37: 811
- Latour, B. (2013) *Políticas de la naturaleza. Por una democracia de las ciencias*. Barcelona: RBA libros.
- Latour, B.; Jensen, P.; Venturini, T.; Grauwin, S. y Boullier, D. (2012) 'The whole is always smaller than its parts' – a digital test of Gabriel Tarde's monads. *The British Journal of Sociology* 63 (4):590-615.
- Laurent, B. (2009) Replicating participatory devices: the consensus conference confronts nanotechnology. *Papiers de Recherche du CSI*, 18. París: Centre de Sociologie de l'Innovation, Mines ParisTech.
- Law, J. (2002). Objects and spaces. *Theory, Culture and Society* 19: 91-105.
- Law, J. (2004) *After Method: Mess in Social Science Research*. London / New York: Routledge.

- Law, J. y Singleton, V. (2005) Object Lessons. *Organization* 12: 331.
- Locke, J. (1990) *Tratado sobre el Gobierno Civil*. Madrid: Alianza Editorial.
- Martínez, I. (2008) El tamaño importa. Política multiescalar en entornos post-humanos. *Política y Sociedad* 45 (3): 29-43.
- Marres, N. (2005) *No Issue, No Public: Democratic Deficits after the Displacement of Politics*. Doctoral Dissertation, University of Amsterdam.
- Marres, N. (2007) The issues deserve more credit: Pragmatist contributions to the study of public involvement in controversy. *Social Studies of Science* 37(5): 759–780.
- Mol, A. y Law, J. (2002) "Complexities: An Introduction." En John Law y Annemarie Mol (eds) *Complexities: Social Studies of Knowledge Practices*. Raleigh, NC: Duke University Press, pp 1–22.
- Mol, A. (2008) *The Logic of Care: Health and the Problem of Patient Choice*. New York: Routledge.
- Mol, A. y Law, J. (2004) Embodied action, enacted bodies: the example of Hypoglycaemia. *Body and Society* 10: 43-62.
- Netz, R. (2013) *Alambre de Púas. Una ecología de la modernidad*. Buenos Aires: Eudeba.
- Nielsen, P., Hansen, J., Skorupinski, B., Ingensiep, H., Baranzk, H., Lassen, J. y Sandoe, P. (2006). *Consensus Conference Manual*. The Hague: LEI.

- Nyers, P. (2004) Introduction: What's left of citizenship? *Citizenship Studies*, 8(3), 203–215.
- Ong, A. (2006) Mutations en citizenship. *Theory, Culture and Society* 23 (2-3): 499-531.
- Ong, A. (2007) Neoliberalism as mobile technology. *Transactions of the Institute of British Geographers* 32 (1): 3-8.
- Pérez Orozco, A. (2006) Amenaza tormenta: La crisis de los cuidados y la reorganización del sistema económico. *Revista de Economía Crítica* 5, 7-37.
- Precarias a la Deriva (2006) A very careful strike. En: Holdren N and Shukaitis S (eds) Re(in)fusing the Commons, special issue. *The Commoner* 11 (Spring/Summer): 33–45.
- Puig de la Bellacasa, M. (2011) Matters of Care in Technoscience: Assembling Neglected Things. *Social Studies of Science* 41 (1): 85–106.
- Rancière, J. (2006) *El odio a la democracia*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Rodríguez-Giralt, I.; Rojas, D. y Farías, I. (2014). Cosmopolíticas. *Revista Pléyade* 14: 1-15.
- Rose, N. (1998) *Inventing ourselves. Psychology, power and personhood*. New York: Cambridge University Press
- Serres, M. (2004). *El contrato natural*. Valencia: Pre-Textos.

- Star, S. L., y Ruhleder, K. (1996). Steps toward an ecology of infrastructure: Design and access for large information spaces. *Information Systems Research* 7(1), 111-134.
- Star, S.L. (1999). The ethnography of Infrastructure. *American Behavioral Scientist* 43 (3):377-391
- Star, S. L., & Bowker, G. C. (2002) How to infrastructure? In L. A. Lievrouw & S. L. Livingstone (Eds.), *The handbook of new media. Social shaping and consequences of ICTs* . London: Sage Publications, pp. 151–162.
- Star, S.L. (2010) This is not a boundary object: reflection on the origin of a concept. *Science, Technology and Human Values* 35(5): 601-617.
- Stengers, I. (2005). A Cosmopolitical Proposal. En B. Latour & P. Weibel, *Making Things Public: Atmospheres of Democracy*. Cambridge: MIT Press, pp. 994-1003.
- Stengers, I. (2010). Including non-humans. En: Bruce Braun and Sarah J. Whatmore (Eds) *Political Matter Technoscience, Democracy, and Public Life*. Minneapolis – London : University of Minnesota Press.
- Tarde, G. (2006) *Monadología y Sociología*. Buenos Aires: Cactus.
- Tarde, G. (2013 [1865]) *Las leyes sociales*. Barcelona: editorial Gedisa.
- Thompson, P. (2002) 'Pragmatism, Discourse Ethics and Occasional Philosophy'. En J. Keulartz, M. Korthals, M. Schermer & T. Swierstra (eds), *Pragmatist Ethics for a Technological Culture*. Dordrecht: Kluwer Academic Publishers, pp. 199-216.
- Tresch, John (2005) 'Cosmogram'. En M. Ohanian y J. C. Royoux (eds), *Cosmograms*. New York: Lukas and Sternberg, pp. 67–76.

Virilio, P. (2006) *El accidente original*. Amorrortu: Madrid.

Walker, R.B.J. (2002) 'After the future: enclosures, connections, politics'. En R. Falk, L.E.J. Ruiz and R.B.J. Walker (Eds), *Reframing the International: Law, Culture, Politics*. New York, Routledge.